

José Sandoval

UNA LARGA CAMINATA
MEMORIAS DE UN VIEJO COMUNISTA



Muñoz Moya
Editores Extremeños

Colección: Política y Sociedad
Serie: Historia

UNA UNA LARGA CAMINATA
RECUERDOS DE UN VIEJO COMUNISTA
José Sandoval Moris

Primera edición española: septiembre 2006
Muñoz Moya Editores Extremeños.
Apartado 46
41310 Brenes
tfno.: 95 565 30 58
email: editorial@mmoya.com
<http://www.mmoya.com>

© de la presente edición: Muñoz Moya Editores Extremeños.

ISBN-13: 978-84-8019-163-9
ISBN-10: 84-8010-163-6
DL:
Hecho en España

No está permitida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.
© 2006. Primera edición.

Índice

Prólogo, <i>Armando López Salinas</i>	9
Nota preliminar	13
Primer Cuaderno: De la infancia a la mili	
I. Infancia en Gijón	15
II. De las pedreas a la pintura	18
III. Segunda República.	22
IV. La mili en Ceuta	27
Segundo Cuaderno: En la guerra civil	
V. De compañero de viaje a militante	31
VI. El asalto al Cuartel de la Montaña.....	33
VII. El Cerro del Lobo	36
VIII. La defensa de Madrid.....	40
IX. Instructor político en la Once. Herido en Brunete	44
X. Conversación con Togliatti. Teruel y otras batallas	49
XI. La escuela de cuadros. La pérdida de Cataluña. Exilio.....	57
Tercer Cuaderno: Guerrillero en tierras lejanas	
XII. Dos acogidas: de Francia a la Unión Soviética	62
XIII. Otra vez la guerra. La Cuarta Compañía	69
XIV. La muerte de Armando.....	73
XV. Guerrillero por tierras de Ucrania	75
XVI. La salida del gran bosque	79
XVII. En el levantamiento de Eslovaquia.....	83
XVIII. Las peripecias de un radista sin radio	86
XIX. El fin de la guerra en Bratislava	93

Cuarto Cuaderno: Años de trabajo político

XX.	Educador con “los niños de la guerra”	99
XXI.	El trabajo en REI. Viraje táctico del PCE	103
XXII.	Sospechas y procesos estalinistas	106
XXIII.	Contra el culto a Stalin	109
XXIV.	La crisis húngara. Adiós Bucarest	113
XXV.	En Moscú con Dolores. La comisión de historia	117
XXVI.	Madrid, la actividad clandestina	123

Quinto Cuaderno: La clandestinidad y la cárcel

XXVII.	Intelectuales en lucha. Muerte de Grimau .	126
XXVIII.	Discrepancias y coincidencias	130
XXIX.	La caída	134
XXX.	En la cárcel de Carabanchel	137
XXXI.	Empiezan las sanciones. Nuestras heroínas	141
XXXII.	Por el estatuto del preso político. Nueve días de ayuno	145
XXXIII.	La última y la peor de mis prisiones	149

Sexto Cuaderno: La conquista de la legalidad

XXXIV.	De la Junta a la “platajunta”	158
XXXV.	Centros de investigación: CEISSA y la FIM	
XXXVI.	Carta del Rey, reunión en un molino y otros episodios	163
XXXVII.	La matanza de los abogados. La legalidad del partido	166

Índice general de nombres	171
--	-----

A Mary, mi mujer.

A mis hijas Elena y Natalie.

A mis nietas Natalia, Teresa y Amalia.

Agradezco la colaboración de Elena Sandoval en la terminación de este libro, agradecimiento muy sincero porque me consta que hubo de robar horas de sueño para ayudar al autor con sus inteligentes observaciones.

Gracias a Natalia Cabrera por su esforzado trabajo ante el ordenador.

Mi agradecimiento a Manuel Bueno, Daniel Lacalle, Armando López Salinas y Miguel Angel Muñoz por su colaboración, sus lúcidos consejos y su aliento para llevar estas páginas a buen fin.

Madrid, 6 de junio de 2006.

Prólogo

Robándole las palabras a Heinrich Böll he dicho y escrito en muchas ocasiones que la historia del progreso es también la historia de la ingratitud. Y ello porque la gratitud no es una categoría política que se cotice y el olvido es moneda corriente. Por eso no está de más el ejercicio de la memoria porque ésta, la memoria, es un asidero de la conciencia de lo vivido y por tanto un instrumento esencial en esta larga guerra del tiempo que es la lucha de clases.

Lo cierto es que la democracia en que hoy vivimos, manifiestamente mejorable, fue antes dictadura fascista. Y que las libertades actuales no vinieron llovidas del cielo, sino que fueron conquistadas día a día, palmo a palmo, sangre derramada por medio, a lo largo de muchos años por gentes que tuvieron la gallardía de mantener encendida la llama de la esperanza empeñando en ello la propia vida. La democracia era algo a conquistar, algo por lo que bastantes españoles se jugaron la vida y siempre la libertad.

Una libertad que, valga la paradoja, podía habitar entre rejas carcelarias.

*“No, no hay cárcel para el hombre
no podrán atarme, no
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior”*

diría Miguel Hernández.

Y quiero decir que en estos tiempos de almonedas ideológicas, en los establecimientos políticos del todo a cien, donde el olvido programado por los sacristanes del poder y sus expresiones mediáticas estimula la indiferencia de las gentes españolas hacia su propia historia, parece que empieza a quebrarse esa indiferencia en los últimos tiempos: las memorias de Sandoval

son una pedrada en la charca del conformismo, que desearía pasajero, que aún invade a las fuerzas políticas y sociales de la izquierda española.

Durante años y años los españoles, sobre todo los de izquierda, sobre todo los comunistas, hemos sido convocados al silencio, esa perversión, esa amnesia de la democracia de nuestro tiempo. Se nos dice que, enfermos crónicos, padecemos el incurable mal de la nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue, que la época de las revoluciones ha terminado, que sentemos la cabeza y marchemos todos juntos por las sendas de la moderación marcadas por la “tercera vía” de Bad Godesberg. Pero, llegados a estos extremos, cabe decir –eso sí con toda modestia–, que la cabeza no está hecha para “sentarla”, sino para pensar. Entre otras cosas, en cómo acabar con el injusto sistema social y político vigente. Así que los comunistas tenemos trabajo para rato.

Esta larga caminata antifascista por tierras de España y por tierras de medio mundo, que, entiendo, llaman a nuestra rebeldía porque es de notar una cierta derechización de la vida en nuestro país y más allá de nuestras fronteras, porque cierta es la presencia de nuevas y viejas tramas fascistas, “*Una larga caminata*” llama a nuestros recuerdos personales, a nuestra memoria colectiva diciéndonos de algún modo que si ésta desaparece y no colocamos en la picota de la historia los años de la infamia del clerical-fascismo y sus beneficiarios, ¿de qué sirve buscar respuestas si no hay preguntas? Y si no hay preguntas, y así lo creo, del mañana se apoderarán los dueños del ayer, los dueños de hoy.

Militares felones, terratenientes, banqueros y obispos con el concurso del fascismo alemán, italiano, portugués y el Estado Vaticano, se alzan contra la República.

La gente trabajadora se echa a la calle. Republicanos, socialistas, comunistas, libertarios, gentes sin partido toman al asalto el sublevado Cuartel de la Montaña. Y ahí está Sandoval, que toma su fusil en el Madrid del “No pasarán”.

Pero la República va muriendo tras la batalla del Ebro, los pertrechos militares necesarios para continuar la guerra son detenidos por las autoridades francesas al otro lado de los Pi-

rineos. Para marzo del 38, tras la traición de Casado, Besteiro, Mera y Wenceslao Carrillo todo está perdido. El silencio de las armas no anuncia la paz, sino la venganza. Campos de concentración, cárceles, torturas y fusiladas al amanecer.

Sandoval cruza la frontera francesa. Campo de concentración de Saint Cyprien y de allí a Moscú. Voluntario en el Ejército Rojo al producirse la invasión de la URSS, vuelve a tomar las armas. Luego, informado de que su hermano ha muerto en combate en una unidad guerrillera, deja el ejército regular para incorporarse como partisano a la lucha tras las líneas alemanas. El fin de la II Guerra Mundial le alcanzará en Bratislava, capital de Eslovaquia.

En 1962 llega a Madrid para trabajar junto a Romero Marín en la dirección partidaria madrileña. Tras la detención de Julián Grimau, sustituye a Jorge Semprún, Federico Sánchez, en el trabajo clandestino. Si difícil fue su vida durante la guerra, no menos lo será en la clandestinidad. La vida en juego en cada esquina, en 1964 es detenido a punta de pistola. Condenado a quince años y tres meses por el Tribunal de Orden Público recorre la cárcel de Carabanchel y los penales de Cáceres, Soria y Segovia.

Tras la legalización del Partido Comunista es nombrado Presidente de la Fundación de Investigaciones Marxistas. Si la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia fue para Sandoval, internacionalista hasta la médula, un mal trago que tiene la gallardía de denunciar, el hundimiento de la URSS fue una tragedia para el movimiento obrero y revolucionario. Pero mal que les pese a los ideólogos del fin de la Historia, ésta memoria que tenéis en vuestras manos nos dice que el mañana no está escrito, que nunca lo estuvo, que siempre habrá nuevos caminantes sobre los largos caminos de la libertad.

Armando López Salinas

Nota preliminar

Algunos amigos me han animado más de una vez a escribir mis recuerdos.

Empiezo diciendo que soy un convencido de la importancia de los libros de recuerdos o memorias aunque sólo sea para reverdecer la marchita memoria histórica que aqueja a buena parte de los españoles de las últimas generaciones. La historia de la lucha de un pueblo por una vida digna se teje con millones de historias personales; y es lamentable que la mayoría de ellas nunca se haya escrito, lo que convierte a esas personas en gentes sin historia porque, como alguien ha apuntado, la historia que no se escribe no existe.

A pesar de tener eso claro, me he resistido a escribir mis recuerdos porque, además de ser obstinadamente perezoso, soy también un desmemoriado sin remedio, en estado de evolución a peor; y dicen algunos, y dicen bien, que hay una edad a partir de la cual uno debe abstenerse, por amor propio, a escribir sus memorias. Hace tiempo que yo he doblado, en mi añosa navegación por la vida, ese cabo de la prudencia.

En esa trinchera me había instalado hasta que me encontré con que también mis nietas piden a su abuelo que les cuente su vida, con batallitas incluidas: la eterna petición de todos los nietos a sus abuelos.

Pero entonces caí en la cuenta de que nuestros nietos apenas saben algo de nuestra vida, de nuestra lucha, de los sacrificios y las adversidades que hemos soportado tantos hombres y mujeres de aquellas generaciones que se vieron forzadas a enfrentarse a la amenaza del fascismo, a defender la democracia con un arma cuando con armas les atacaron, a recurrir a la clandestinidad cuando les negaron el derecho a la actividad política legal.

Pensando en esto me he decidido a intentar reunir, mal que bien, algunos de los recuerdos que aún sea posible rescatar del olvido aunque ni siquiera pretenden ser las memorias de un desmemoriado.

Primer Cuaderno: De la infancia a la mili

I. Infancia en Gijón

Un año después de nacer yo, estallaba la primera guerra mundial. Anoto este dato como punto de referencia temporal, indicador de los muchos años que ya llevo a cuestas, y no porque yo tuviese nada que ver con el inicio de la guerra, aunque el inicio de la guerra sí tuvo que ver conmigo y, sobre todo, con mi padre, a quien le pilló en Dusseldorf, adonde había emigrado en busca de trabajo. La primera consecuencia de la guerra fue que le despidieran de la empresa; la segunda, que le invitasen a abandonar Alemania, supongo que por tratarse de un inmigrante y muy a pesar de que España mantuviese la neutralidad. Encontró acogida en Suiza y pudo trabajar durante algún tiempo en Ginebra, hasta que decidió regresar a Gijón. Antes había sido guaje en la mina, aprendiz de zapatero, electricista, trabajador en lo que se terciase y simpatizante anarquista. Volvía a España con más libros que ahorros, pero hablando alemán y francés, y convertido en un apasionado de las teorías de Einstein.

Así que apareció de pronto un hombre en aquella casa en la que reinaban las mujeres. Tres mujeres: mi abuela materna, mi tía Clarita y mi madre, a quien apenas logro recordar; de ella conservo la imagen brumosa de una joven triste, silenciosa y doliente, que pasaba largas temporadas en algún lugar ignorado por mí.

Supé después que ese lugar era el hospital, que le habían cortado, uno tras otro, los dos pechos y que murió cuando apenas tendría treinta años. Pero nadie me dijo que había muerto: simplemente desapareció de mi vida tan silenciosamente como me había acompañado.

Mi tía Clarita era una mulata cubana de la que aún recuerdo los torrentes de caricias y zalemas que derramaba sobre mi hermano Armando y sobre mí. Decían que estaba algo loca. Alguna vez se escapó desnuda a la calle, al muro de la Escaleronía para hablar a las olas de un mar por donde se había ido alguien que ya nunca volvería.

También Doña Clarita desapareció un día para siempre, sin que yo supiese cómo.

Y luego quedaba mi abuela materna, María, una asturiana inteligente y decidida, que fumaba puros a escondidas y recibía huéspedes en su casa. Se casó con uno de ellos, un señor adinerado de Canarias, con el que marchó a Santa Cruz de Tenerife.

Fallecieron los dos a poco, en lo que se podría calificar de “circunstancias un tanto extrañas” como dirían las crónicas de sucesos: una mañana aparecieron muertos en su cama a causa, al parecer, de un escape de gas. Luego vendría la picaresca de aquella triste defunción doble: ¿Adónde iría a parar la fortuna del esposo de mi abuela? ¿Murió él antes que ella? Si fuese así la heredera legítima e inmediata sería su esposa, es decir, mi abuela. Si por el contrario fue ella la primera en exhalar el último suspiro, la herencia pasaría a los familiares del hacendado canario. Y, claro, así pasó. Un forense dictaminó que mi abuelita, María Granda, había fallecido un minuto antes que su marido.

Así fue como las tres mujeres que acunaron mis primeros años fueron desapareciendo, demasiado pronto, del horizonte de mi existencia, dejando tras de sí una extraña sensación de creciente orfandad, que no alcanzaba a vencer la presencia de mi padre.

Para entonces Armando y yo empezamos a ir a la escuela laica de Don Eleuterio Quintanilla, al parecer, pariente lejano, respetado pedagogo y veterano anarquista que trabajó pacientemente para fundar en la ciudad una escuela libre de tuteladas clericales o de cualquiera otra influencia ajena a la pura racionalidad científica y emancipada de la inveterada manía de meter la letra en la cabeza de los niños a fuerza de coscorrónes.

Quizás por eso me gustó aquella escuela desde el principio, hasta que un día, no recuerdo por qué motivo, uno de los maes-

tros, un señor picado de viruela al que llamábamos Don Senén, me arreó una bofetada humillantemente sonora delante de toda la clase, saltándose a la torera todos los preceptos pedagógicos tan caros a Quintanilla, nuestro director. A partir de entonces empecé a hacer novillos, no sé si como venganza o como protesta.

Creo que fue por aquellas fechas cuando mi padre nos dijo que tenía que ir a trabajar a Madrid, que ya nos llamaría, que mientras tanto tendríamos que seguir en Gijón con nuestros tíos Alfredo y Moraima, hermanos suyos.

Tío Alfredo trajinaba por aquel entonces de carretero, así que aparecía por casa de Pascuas a Ramos. Fue la tía Moraima la que tuvo que cargar con nosotros, por si era poco el agobio que llevaba encima: apenas amanecía corría a la huerta a recoger verduras que luego vendía en el mercado: cuando volvía a casa tenía que fregar, lavar, planchar, guisar, para mantenernos más o menos hartos y más o menos limpios. Y por si faltaba algún quebranto, sufría un dolor de muelas que la postraba en cama gimiendo hasta que el sueño la rendía.

En lo que a nosotros se refiere nos sentíamos felices y libres como los pájaros, como el viento, a despecho de aquella insidiosa sensación de soledad que a veces nos invadía. Pero nadie nos ponía cotos ni vedas: tío Alfredo seguía con sus trajinerías de aquí para allá, Moraima con sus trabajos y agobios, sin tiempo para otra cosa. Por desdicha aquella situación no duró mucho. De pronto supimos que mi padre se había casado con otra mujer. A los pocos días tío Alfredo nos subió al tren de Madrid, nos dio una bolsa de comida para el camino y un beso de despedida. Tenía siete años y se cerraba así la etapa más silvestre de mi niñez. Adiós a los recuerdos, adiós a la Escuela laica, al respetado Don Eleuterio Quintanilla y al aborrecido Don Senén; adiós a las escapadas a la playa, a las correrías por Cimadevilla y por el río Piles en busca de chufas, a las aventuras con la gente menuda escolariiega por las huertas cercanas para robar manzanas o mazorcas. Adiós a aquel Gijón de entonces, más parecido al de los tiempos de Jovellanos que al Gijón de nuestros días.

Al día siguiente amanecemos en Madrid, donde nos recibieron mi padre y la que era, aunque desconocida hasta esa misma mañana, nuestra segunda madre, una asturiana que soportaba la vida en Madrid como un destierro, si bien consentido, hija de un maquinista de los ferrocarriles del Norte y de una cigarrera de la fábrica de tabacos de Gijón. Marina, mamá Marina.

II. De las pedreas a la pintura

De la escuela de Madrid conservo un buen recuerdo. Estaba en la calle de Alcalá, en una de esas casas espaciales de comienzos de siglo, que era a un tiempo escuela y vivienda del maestro y su familia. El maestro, dueño y director de la escuela, se llamaba Don Fernando. Era enemigo resuelto de pegar a los chicos, y aunque sólo fuera por eso nos caía bien. Por lo demás nos iba desasnando paso a paso no por el castigo, sino por la persuasión.

Como sabía que me gustaba dibujar, una tarde, después de las clases, me invitó a ver una carpeta de dibujos de su hijo mayor, y me presentó además al menor de sus hijos, un cheposito de mi edad; al parecer se había caído desde una mesa cuando aún era un bebé y se quedó giboso para siempre. Eso le hacía retraído; el pobre no tenía amigos, aunque era muy inteligente y simpático; a partir de entonces le visité con frecuencia y él compartía conmigo su merienda que solía consistir en una ensalada de tomates, una merienda campesina, de la Mancha; me decía: cortas los tomates, picas menudito un diente de ajo, le añades un poco de pimienta negra, sal, aceite, y a comer y mojar pan.

Este fue uno de mis buenos amigos, pero tal vez el más próximo, sería mi condiscípulo Gonzalo. Yo era moreno y bajito, él rubio y alto, pero íbamos juntos a todas partes, como la "i" y su punto. Luego, al correr del tiempo, pasó lo que pasó, y sólo al cabo de una treintena de años sin saber el uno del otro, tuve la sorpresa y la alegría de recibir su visita en la cárcel de Soria, donde yo cumplía una de aquellas inicuas y ahora piado-

samente silenciadas, que no olvidadas, sentencias que dictaban los tribunales franquistas.

Bueno, también tuve otros amigos entre los chavales del barrio y, para entonces, mamá Marina ya había traído al mundo a mi hermano Mariano y cinco años más tarde, a Juan Antonio. Y así nos juntamos cuatro hermanos varones. Ni una sola niña. En otros tiempos a mi padre le habrían nombrado hidalgo de bragueta.

Con los chicos de mi barrio participé en toda clase de pedreas y en alguna pelea a brazo partido con los galopines de otros barrios, que venían al nuestro en busca de gresca. De una de esas peleas no me olvidaré fácilmente. Primero, porque me tocó a mí enfrentarme, mientras los demás miraban, a un zagal mayor que yo, al que no conocía de nada; segundo, porque no pude con él y él sí pudo conmigo, de modo que cuando abandoné la palestra y me fui a casa “meditabundo y cabizbajo”, sin fuerza ni resuello, busqué consuelo removiendo los libros de mi padre y encontré, hete aquí, un gran libro alemán con preciosos grabados. Me puse pues a copiar uno de ellos y al poco rato había olvidado la refriega, el cansancio y los golpes, el baldón de la derrota. Y además quedé encantado con mi dibujo. Mis padres también lo elogiaron y al día siguiente me regalaron una caja de acuarelas. Así que esa pelea fue como esa caída del caballo camino de Damasco tantos miles de veces repetida: el punto de arranque de mi conversión. Comenzó entonces mi pasión por la pintura y decidí que aquello era bastante más divertido que las pedreas de barrio. Definitivamente, de mayor sería dibujante o pintor (¡cómo la vida se burla de nuestras ilusiones!). Preciso es reconocer que si aquel episodio fue positivo para despertar la afición por la pintura, resultó negativo para la continuación de los estudios.

A los doce años le dije a mi padre que no quería seguir en la escuela, que me aburría, que quería aprender a pintar. Supongo que él pensó, dudó y vaciló antes de acceder, pero al fin lo hizo con la sola condición de que, además de pintar, yo siguiese estudiando. Muy pronto me presentó a un joven pintor, discípulo de Julio Moisés, que me dejó un hueco en su estudio, un caballete y un rollo de papel de estraza para que dibujase cuanto quisiera. Frecuenté más tarde el estudio de un pintor sevillano,

si mal no recuerdo, que trabajaba para los anticuarios. Una de sus más celebradas especialidades eran los floreros al estilo de Juan Arellano o de Mario Nuzzi, pero también salían de su paleta réplicas de los bodegones de pintores flamencos del siglo XVII, como Claesz Heda, o pequeñas imitaciones de las tablas de los maestros del románico y de la pintura gótica de los siglos XIV y XV. En ese terreno era un consumado artista: contaba, divertido y ufano, que en cierta ocasión le visitó un señor latinoamericano, de viaje por España, para encargarle la restauración de una tabla de autor desconocido del siglo XV, que había comprado en una casa de antigüedades madrileña. Cuando mi viejo maestro destapó la tabla descubrió que el “autor desconocido” de aquella presunta pintura gótica no había sido otro que él mismo, convertido, sin tener conciencia de ello, en un falsificador.

Bueno, estuve también unos días con un pintor alemán, frecuenté el Casón del Buen Retiro, donde se podía contemplar y copiar directamente reproducciones de las más celebradas obras escultóricas de la Antigüedad; me adentré en el Museo del Prado y en el de Arte Moderno; descubrí las joyas de la pintura italiana, española y flamenca y me quedé un día ante las Tres Gracias de Rubens, deslumbrado por la belleza de los cuerpos femeninos. Pero este deambular mío de estudio en estudio, y de museo en museo, acabó, al cabo de un año, por descorazonarme, de modo que cuando mi padre me propuso trabajar en los estudios de diseño de una empresa dedicada al mobiliario y decoración de interiores, se lo agradecí con alivio. A los pocos días inicié lo que ya sería una vida de trabajo y no la errabunda y precoz bohemia en que me moví hasta entonces.

Esto fue en 1926. Tenía sólo trece años.

El jefe del estudio era un inglés, Mister Everard, conocedor de la arquitectura de interiores y de los secretos de la ebanistería de altos vuelos; un profesional de la raza de los Chippendale y de los hermanos Adam. No es de extrañar que la primera providencia que tomara para mi buen gobierno y aprovechamiento fuese enviarme al taller de ebanistería, donde me tuvo tres meses copiando plantillas, familiarizándome con las máquinas y admirando el trabajo de ebanistas, tallistas, barnizadores y tapiceros varios.

Sólo después inició mi aprendizaje artístico propiamente dicho.

Everard fue mi primer maestro de diseño; me hizo estudiar todos los estilos habidos y por haber de la arquitectura y el mobiliario inglés; me enseñó las bases de la perspectiva y el manejo de la acuarela, pero además despertó en mí el interés por la literatura anglosajona, por Dickens, W. Scott, Thackeray, pero, sobre todo, por Stevenson y su maravillosa Isla del Tesoro y por Mark Twain, y soñaba con caer un día en una isla desierta con tesoro o sin tesoro, o participar en las aventuras de Tom Sawyer y Huckleberry Finn. Por aquel entonces me convertí en un devorador de libros.

Pero aquello se acabó pronto. Everard estaba casado con una joven inglesa: no tenían hijos, y, tal vez en alas del aburrimiento, la mujer encontró un amigo que la entretenía, ya que el marido trabajaba ocho o diez horas y ella no sabía qué hacer con su vida en Madrid. Creo que Everard lo sospechaba, pero aguantó con la proverbial flema británica hasta que comprendió que la única manera civilizada de cortar aquella historia y salvar su matrimonio era hacer las maletas y volver a Londres con su mujer.

Contribuyó a que diera este paso la crisis que empezó a apretar el dogal alrededor del cuello de la empresa donde trabajábamos –la casa de muebles García y Escobedo– y el anuncio de una inevitable reducción de personal. Antes de marchar la pareja Everard me propuso que fuese con ellos a Inglaterra, pero no acepté: en aquellos tiempos semejante viaje me parecía una peregrinación a lo desconocido.

A poco de la despedida de Everard, la empresa clausuró el taller de diseño y yo quedé en la calle. Así se cerró el primer ciclo de mi vida de trabajador asalariado.

Encontré trabajo en otra empresa similar, la de Cándido Sánchez, que tenía su exposición casi frente por frente de la de García y Escobedo, en el paseo de Recoletos.

Allí me topé con un diseñador francés. Monsieur Genilloux, que así se llamaba, me recibió con mirada inquisitiva, sin duda intentando averiguar qué clase de ayudante le tocaba en suerte. Genilloux era el jefe del estudio, bretón, si mal no recuerdo,

hombre parco en palabras, pero de trato llano y directo, gran fumador de pipa y buen conocedor del refinado gusto del arte decorativo francés. Aprendí mucho trabajando a su lado y mantuvimos, en los tres o cuatro años que duró el empleo, relaciones amistosas de trabajo y de confianza mutua.

III. La Segunda República

Entre tanto, arreciaban los vientos de crisis después del "crack" financiero del otoño de 1929 en Estados Unidos.

El oleaje de la crisis económica alcanzó a España al comenzar la década de los 30, y aquí se entrelazó con una crisis política. Caía la dictadura de Primo de Rivera; se sublevaban en Jaca los capitanes Galán y García Hernández levantando la bandera de la república; la indignación popular apuntaba contra la monarquía. Así ocurrió que bastasen unas elecciones municipales para que rodase por tierra la corona real y naciese la Segunda República Española.

No es fácil para los jóvenes de hoy imaginarse la fuerza con que estos acontecimientos contribuyeron al despertar político de la gente, especialmente la de mi generación. Aquel 14 de abril de 1931, cuando ya se conocían los resultados de las elecciones, Madrid hervía de rumores: "En Eibar se ha proclamado la República", "En Cataluña, Maciá..." No era posible trabajar en aquel clima de agitación.

Abandoné el estudio, salí al paseo de Recoletos, y desemboqué en la plaza de la Cibeles, llena de gente. Y vi por primera vez flamear la bandera tricolor de la República en la torre del Palacio de Comunicaciones. Miles de madrileños se iban reuniendo allí; aplaudían la bandera, vitoreaban la República. Después de tanta desdicha, de tanta dictadura, de tanta injusticia, se vislumbraba un camino que parecía lleno de luz. Por aquellos días, fuera de España se hacían lenguas de la cordura política de los españoles, que acababan de protagonizar un cambio de régimen "sin romper un cristal".

Pero aquello sería también el comienzo de la revolución democrática que demandaba la modernización del país y recla-

maba a gritos la legión de campesinos y braceros sin tierra. Así que, ante la poquedad del gobierno republicano para acometer las reformas sociales –y singularmente la reforma agraria, que debió decretarse al día siguiente de la proclamación de la República– empezó la agitación campesina, la ocupación de fincas y los choques de la gente de la gleba con “las fuerzas del orden”. Y si el Gobierno demostró falta de espíritu para decretar la reforma, le sobró espíritu para reprimir a los trabajadores: ya en fecha tan temprana como julio de 1931 (sí, a los tres meses del nacimiento de la República) se produjo el cañoneo de la casa de Cornelio; y también por aquel entonces la muerte de cuatro obreros a quienes se aplicó la ley de fugas en el parque María Luisa de Sevilla; en diciembre tuvo lugar el trágico enfrentamiento de la Guardia Civil con labradores de Castilblanco; en enero del 32 un nuevo choque entre los de la Benemérita y los trabajadores de Arnedo: en 1933 ocurrieron los graves sucesos de Casas Viejas...

Y aumentó también el desasosiego obrero y se multiplicaron las huelgas y los “putchs” anarquistas. No fue ajeno a ello el hecho de que, en contraste con el talante festivo con que la gente de a pie recibió la República, las clases altas, con muy honrosas excepciones, recibieron de pésimo humor la mudanza política y se afanaron, apenas recuperadas del sobresalto, para crear dificultades y problemas al nuevo régimen. El dinero se retrajo, cayó la actividad industrial y mercantil, aumentó el paro obrero: pronto se registraron 600.000 parados en una España en la que no existía un sistema de Seguridad Social digno de tal nombre.

Así cundió el desaliento y la desesperanza en el gran pueblo de la “cordura y la moderación” tan elogiado dentro y fuera en abril de 1931.

Me apresuro a decir que pese a todo se daría una visión distorsionada de la Segunda República y de su obra si sólo parásemos mientes en la dureza con la que reprimió ciertas acciones campesinas y obreras. La verdad es que, según cuándo y quién la gobernase, aparece ya con el rostro ceñudo de una rancia república burguesa, ya con el de una juvenil república avanzada: todo dependía de los vientos que la batiesen y de las manos que llevasen el timón. En general, y sin caer en nostal-

gias, habrá que reconocer que hizo posible el inicio de la modernización de España y abrió un periodo de auge cultural que ha sido calificado de segundo siglo de oro de la cultura hispana.

También yo fui a parar, nunca mejor dicho, a la calle. Cándido Sánchez se vio obligado a cerrar el taller de diseño, Mr. Genilloux tuvo que volver a Francia y yo pasé a engrosar el ejército de los sin trabajo. Nuevamente con mi carpeta de dibujos a modo de presentación, hube de andar de aquí para allá en busca de empleo. Lo conseguí en casa Herráiz. El jefe del estudio de diseño era don Arturo al que, “un mal aire”, según él contaba, le había deformado la boca. Vestía siempre de negro, impecablemente, con unas immaculadas camisas blancas. Cuando le enseñé mi carpeta de dibujos, se detuvo en algunos de ellos, y me lanzó una sonrisa no sólo torcida, sino socarrona: ¿Y dice en serio que esto lo ha hecho usted? Sus dudas sobre la autoría de mis dibujos, lejos de molestarme, me halagaron. Además, al día siguiente me hicieron una prueba y don Arturo se convenció de que no me adornaba con plumaje ajeno y fui admitido en la empresa como diseñador. Enseguida congenié con mis nuevos compañeros de trabajo.

Uno de ellos, un señor de ideas socialistas y de grandes bigotes, trabajaba como fotógrafo y pintor. El otro era el principal proyectista de aquel estudio, un mallorquín no muy comunicativo, que trabajaba horas y horas sin levantar la vista de su tablero, mientras canturreaba una y otra vez tres o cuatro viejos romances de sus islas: el del ruiñón al que pedía que viese a su madre si en alguno de sus vuelos iba a Francia; el de aquel bergantín al que vio venir “a toda vela, a toda vela”; y por supuesto el de la Balanguera, que casi aprendí de memoria. Y cuando muchos años después, casi medio siglo, se la oí cantar a María del Mar Bonet, me pareció tropezar de pronto con algo olvidado y sin embargo entrañable, con un recuerdo que parecía irrecuperable para la memoria:

*De la infantesa qui s'enfila
de la vellura qui s'en va
La Balanguera fila fila
La Balanguera filara...*

Pero lo que yo quería contar, resbalando por los recuerdos que aún conservo es, en fin de cuentas, de qué modo se iban acumulando las tensiones sociales y cómo se entenebrecía aquella idea ingenua, arcádica que yo me había hecho de lo que sería España desde el comienzo de aquellos años alborales de la República. Bien es verdad que yo seguía, por supuesto, con mis sueños de pintor. Trabajaba mañana y tarde en el taller de diseño, pero aprovechaba las noches para pintar; seguía acariciando la esperanza de poder recluirme con mis pinceles y mis libros en un retiro de paz y sosiego, adonde no llegase el fragor de la agitación social y la lucha política de la calle.

Pero pronto me convencí de que esa idea era algo peor que una quimera: vivíamos un tiempo de agudización extrema del antagonismo fascismo-democracia y era una cobardía darle la espalda al problema. Y sigo enumerando: en agosto de 1932 se había producido la primera sublevación militar contra la República; en marzo de 1933 ascendía Hitler al poder en Alemania; en noviembre del mismo año recibían un voto de castigo en España socialistas y republicanos. En octubre de 1934, la entrada de la CEDA en el gobierno de Lerroux encendía todas las luces de la alarma: los partidos y sindicatos obreros interpretaron aquello como una tentativa insidiosa de instaurar el fascismo por vía legal. En protesta convocaron una huelga general que se convirtió en insurrección popular en Asturias (“si no hay traca, no hay fiesta” decían los mineros), desigualmente apoyada por el resto del país.

Yo secundé la protesta en solitario; durante dos días no acudí al trabajo y fui el único huelguista del taller de diseño. Ni siquiera mi compañero, el fotógrafo socialista, consideró posible sumarse al paro. Sin embargo, para mi sorpresa, nadie me pidió cuentas o, para ser más preciso, sólo el jefe del estudio me preguntó por qué había faltado al trabajo. —“¿Ha estado enfermo, Sandoval?” —“No, Don Arturo, pero no podía venir al trabajo en medio de una huelga general”. No quiso don Arturo meterse en más honduras y no se volvió a hablar del asunto.

Por aquellos años empecé a romper con la vida algo retraída en la que insensiblemente me había deslizado y fue mi hermano Armando quien me ayudó a salir de aquel pozo relacionándome con un grupo de amigos suyos. Había entre ellos algunos jóve-

nes vascos que nos comunicaron su afición a cantar en coro en las tabernas de paso que bebían un pote de rioja; con estos y otros chicos nos acostumbramos también a las excursiones campestres. Por entonces el excursionismo se había puesto de moda en Madrid, era el deporte de masas de la gente moza. En verano, con el buen tiempo, los domingos madrileños eran una explosión de chicos y chicas que se lanzaban con sus mochilas y sus gorritos de sol al asalto de los autocares que les llevaban a la Pedriza del Manzanares o tomaban al abordaje el tren de Cercedilla o el viejo tren de Arganda “que pita más que anda”, como entonces se decía, para chapuzarse en el Jarama, allá por los sembrados de La Poveda. La cuestión es que también nosotros acabamos formando una pandilla de asiduos al montañismo, a las grandes caminatas y a las excursiones campestres en general.

Yo formé parte del núcleo fijo de la pandilla, es decir, del pequeño clan de chalados que, incluso en pleno invierno huíamos al campo haciendo grandes marchas de quince o veinte kilómetros a pie, parando en algún ventorro del camino para comer y volviendo a Madrid ya entrada la noche. Pero en verano el grupo se ampliaba con amigos y amigas que aspiraban sobre todo a tostarse al sol y a bañarse en los ríos del llano o en las charcas de los arroyos montañeros.

En el grupo no se hablaba mucho de política, a nadie se le preguntaba sobre sus ideas. Creo que todos éramos partidarios de la República sin más. Vino a confirmar esa impresión el hecho de que uno de los más asiduos del grupo, el extremeño Cavanillas, estudiante entonces de Medicina, miembro de la FUE, emprendió la hazaña de recorrer a pie en una semana el camino de Madrid a Jaca para llevar un ramo de flores a la tumba de los capitanes Fermín Galán y García Hernández en el aniversario de su fusilamiento.

Por contra descubrí un día que no eran tan afines como pensaba las ideas políticas de alguna gente del grupo. Mi amigo Joaquín, un madrileño que trabajaba en no sé qué oficina y estudiaba afanosamente el alemán, había pasado de la admiración hacia Alemania y sus tradiciones culturales a la ofuscación por los nacionalsocialistas, cuya propaganda le llegaba a través de los cursillos de alemán. Para mí fue una sorpresa, pero nues-

tras relaciones amistosas me dieron licencia para aconsejarle que no se dejase atrapar por las añagazas de los pregoneros hitlerianos. De momento mis exhortaciones no tuvieron mucho éxito, pero supe años después, que Joaquín había abominado de los fascistas alemanes cuando comprobó cómo apoyaban a los generales facciosos en España, cómo sus aviones arrasaban Guernica y bombardeaban y ametrallaban a la población civil en las calles de Madrid, de Barcelona y de tantas ciudades de la zona republicana. Supe también con pena que Joaquín había muerto batiéndose en el ejército republicano.

No tendría sentido traer aquí el recuerdo de tantos amigos del grupo como Lizarza, estudiante también de Medicina que, cuando había chicas delante, intentaba impresionarlas cazando moscas al vuelo y tragándolas de golpe con un responso: “agacha las patas que vas a pasar un túnel”. Tampoco me alcanzaría la memoria para hablar de aquella variopinta muchachada; no puedo, sin embargo, cerrar esta ventana abierta a mis recuerdos de un ayer muy lejano sin mentar a otro muy querido amigo: se llamaba Pepe Rojas y era un gaditano siempre muy bien puesto, siempre muy simpático, siempre alegre y cantarín. Le perdí de vista cuando empezó la sublevación fascista, en 1936. Luego vino la dura guerra civil, la derrota de la República, el largo exilio. En 1962 volví a España clandestinamente. Una mañana, al salir del metro en el centro de Madrid, nos dimos de cara. Quise pasar de largo, pero Rojas me detuvo: —“Tú eres Sandoval, ¿no te acuerdas de mí?”. Insistió una y otra vez, negué yo otras tantas: —“Me confunde usted con otro, no le conozco de nada”. Le dejé con la palabra en la boca, confuso e incrédulo. Muchas veces me reproché después no haber confiado en él, no haberle dado un abrazo saltando por encima de todas las severas normas de la clandestinidad.

IV. La mili en Ceuta

Y llegó la hora de la “la mili”. Tuve que dejar el trabajo, la pintura, los amigos para incorporarme al Batallón de Cazadores Serrallo n° 8 de Ceuta. Vagón militar hasta Algeciras, barco con

viento a estribor hasta Ceuta. Y del puerto, con nuestras maletas, al cuartel.

La primera impresión fue que nos metían en un cuartel deshabitado, pero en realidad ya había allí unos cuantos reclutas llegados antes que nosotros desde el País Vasco y Cataluña; y también un capitán, varios tenientes y algunos sargentos y cabos.

Pronto empezó a circular el rumor, repetido sigilosamente, de que el batallón estaba bajo arresto en una especie de cuarentena; que la mayor parte de la unidad permanecía en Asturias, adonde había sido enviada al producirse la huelga minera de octubre de 1934; que su jefe, un coronel cuyo nombre nunca me perdonaré haber olvidado, estaba arrestado por negarse a que sus soldados disparasen contra los mineros.

Rumor éste cuya veracidad pudimos comprobar de inmediato, cuando tuvimos que “pelar” nuestra primera guardia en el penal del Hacho: allí estaba prisionero nuestro coronel y allí le vimos pasear, solo y pensativo, por el patio. Era una cruel paradoja: los soldados convertidos en carceleros de nuestro jefe militar que había arriesgado la carrera y la libertad para impedir que nos utilizasen contra el pueblo. Así están tramados los hilos del poder, pero aquellos reclutas del Batallón de Cazadores tal vez olvidemos el nombre, pero nunca la lección de aquel militar; y la tuvimos muy presente a no tardar cuando, en julio de 1936 Franco, Mola, Queipo de Llano y otros generales, conocidos como africanistas, intentaron lanzar a los soldados españoles contra las instituciones republicanas y contra las organizaciones progresistas de su país. Muchos militares profesionales y miles de soldados se resistieron entonces a secundarlos; sus cuarteladas fracasaron en buena parte de la península y hubieron de recurrir a las tropas mercenarias de África y al auxilio militar de Hitler y Mussolini para derrotar a la Segunda República Española.

Uno de los tenientes del batallón supo que yo era dibujante y me convirtió en una especie de cartógrafo de ocasión encargado de trazar los mapas de los itinerarios de las marchas y ejercicios tácticos; pero no me libró la cartografía de los incontables servicios de guardia o de imaginaria, ni por supuesto, de

las marchas por los cerros del noroeste de Ceuta, hasta Benzú o Punta Bermeja, o hacia el sur hasta el arroyo de Side Brahin.

Tampoco me dispensó de las horas y horas de instrucción en la explanada del cuartel, cuyo único aliciente era la llegada de algún moro ofreciendo higos chumbos, que él mismo pelaba, o “té riquito y calentito”: una taza humeante de té moruno perfumado con hierbabuena por unos pocos céntimos.

Aparte de estas esporádicas relaciones mercaderiles en la explanada del cuartel, no teníamos trato alguno con los ceutís de origen árabe. Sólo un domingo, aprovechando las horas de paseo, osé internarme, con otro compañero en el barrio moro, cuya pobreza saltaba a la vista; era allí donde vivían nuestros vendedores de higos chumbos, las putas, los acarreadores y vendedores ambulantes, las personas que vivían malamente de los trabajos más ingratos y peor pagados. De uno de sus estrechos callejones salió a nuestro encuentro una muchacha mora, ofreciéndonos un rato de placer a cambio de unas monedas. Sin duda para animarnos a cerrar el trato abrió su túnica para mostrarnos sus pequeños senos, su piel morena, su pubis rasurado. Mi compañero, un madrileño dicharachero, le preguntó por qué se lo afeitaba. —“Todas lo hacemos”, dijo. Yo le pregunté que edad tenía. —“Doce años”, contestó. Con una mezcla de pena y desconcierto salimos de allí.

No me extraña demasiado que otros soldados frecuentasen aquel zoco de penuria y desamparo. La que habíamos conocido no era la única niña que se prostituía en las calles de la barriada y lo tremendo era que un número de soldados lo bastante cuantioso para que uno sintiese vergüenza se mofara de los moros de manera soez, en el peor estilo de cualquier mercenario en tierra conquistada; más de una vez me he preguntado dónde mamaron aquel racismo protervo, de qué honduras de esta historia nuestra de moros y cristianos nos viene ese afán oscuro de humillación y desprecio.

En el batallón a mí me encuadraron en una sección de morteros, y confieso que su aprendizaje me resultó útil más tarde, cuando la sublevación militar de julio de 1936 arrastró a España a la guerra civil. Tal vez por eso nunca lamenté, a pesar de la rudeza de la vida del soldado, haber pasado por aquella escuela

de adiestramiento en el manejo de armas. Comprendo la resistencia que siempre han ofrecido los jóvenes al servicio militar; a nadie se le escapa la distorsión que la “mili” produce en su existencia, esa ruptura del ritmo de vida, de los estudios o del trabajo, de las relaciones afectivas. Y, sin embargo, aún hoy, cuando parece haberse esfumado un tanto el peligro de los pronunciamientos militares, pero también cuando en España se ha introducido el modelo del ejército profesional, sigo creyendo que una sociedad democrática debe disponer de unas fuerzas armadas que reposen sobre el fundamento del servicio militar obligatorio de toda la ciudadanía. Y eso, mientras no alcancemos la utopía de un mundo de paz donde se acuerde la supresión universal de los ejércitos.

Segundo Cuaderno: En la guerra civil

V. De compañero de viaje a militante

Creo que fue en otoño del 35 cuando me licenciaron y volví a la vida civil, al seno de la familia, al trabajo con mis antiguos compañeros, y volví también, por supuesto, a las inevitables preocupaciones políticas. Por aquellas fechas iba dejando atrás mis querencias ácratas y me integraba, paso a paso, en la acción de una célula comunista, en la que ya militaba mi hermano Armando. Conocí entonces a muchos militantes del partido, empecé a asistir a algún mitin y a las representaciones del Teatro Proletario, que dirigían Cesar e Irene Falcón, discutí con mi hermano y con sus camaradas, disfruté con el teatro de Maiakovsky, que criticaba ácidamente los “prejuicios pequeño-burgueses” que aún sobrevivían en la Rusia Soviética y los vicios burocráticos que más que sobrevivir se hipertrofiaban allí, a pesar de las advertencias de Lenin y de otros bolcheviques.

Pero también fue entonces cuando empecé a leer, cada vez con mayor interés y seriedad, la literatura marxista, quiero decir las obras clásicas, fundamentales del pensamiento de Marx y Engels. Las dos primeras que cayeron en mis manos fueron el “Manifiesto comunista” y “El origen de la Familia, de la Propiedad privada y del Estado”, que me descubrieron las claves para comprender la sociedad y la historia, para ordenar y encajar las piezas antes dispersas en mi cabeza del puzzle del desarrollo de las sociedades humanas. Ni que decir tiene que a partir de entonces me hice admirador y hasta un adicto del marxismo, adhesión que muy pronto empecé a proyectar sobre el partido. No es extraño, porque en aquellos momentos era una de las fuerzas políticas de izquierda que con mayor denuedo se batía en defensa de la democracia frente a la amenaza difusa, oscura, pero nada retórica, que se cernía sobre la República.

Aquel verano, Hitler había liquidado a sus opositores más notables en la llamada “noche de los cuchillos largos” y presentaba a Europa la exigencia de mayor espacio vital para Alemania. En otoño Mussolini había perpetrado la agresión contra Abisinia, destronando al negus Haile Salassie y convertido el país en colonia italiana. La amenaza fascista gravitaba sobre muchos países incluyendo el nuestro, que también tenía su propia nube negra, su fascismo doméstico, que ya había intentado auparse al poder con Lerroux y había enseñado los colmillos matando mineros y llenando las cárceles de demócratas. Fue entonces cuando entré en el Socorro Rojo Internacional, para unir mi voz a los que pedían la libertad de Thaelman o del “Caballero de la Esperanza”, Luis Carlos Prestes, pero también a los que bregaban por sacar de la cárcel a los treinta y tantos mil presos y represaliados del movimiento de octubre.

Aunque sólo era un “compañero de viaje”, asistí, entre oleajes de pancartas y banderas comunistas, socialistas, anarquistas y republicanas, al mitin de Azaña en la explanada de Comillas. La participación masiva de las organizaciones obreras transformó aquel acto en una memorable expresión de la voluntad unitaria para detener al fascismo. La gente iba más lejos que Azaña. Quería un acuerdo para crear el Frente Popular Antifascista. Era la consigna estelar lanzada desde el séptimo congreso de la Internacional Comunista. En enero de 1936 se formó el Bloque Popular y en febrero triunfó en las elecciones legislativas. Fue la primera vez que pude votar en unas elecciones.

Pero no se desvaneció el peligro de un golpe de fuerza en España. Ya que no pudo ganar con los votos, la derecha se obstinó en imponerse a costa de lo que fuera.

Era ya un secreto a voces la existencia de un complot para poner en marcha una sublevación militar. Entre tanto, altos burgueses y latifundistas provocaban permanentes conflictos al gobierno y a los trabajadores de la ciudad y del campo, y respondían con huelgas los obreros y con la ocupación de tierras los campesinos pobres, arrendatarios y jornaleros sin tierra que no podían más. La atmósfera social fue electrizándose y se produjo una radicalización extrema de las contradicciones políticas y de clase, culminación del proceso de tensión y confrontación.

taciones casi ininterrumpidas que se venía encadenando durante los últimos años. De hecho el centro de gravedad de la lucha contra el fascismo en los países capitalistas del occidente europeo se había ido desplazando gradualmente a España.

En la primavera de aquel año tomé el compromiso de la militancia comunista: dejé de ser “compañero de viaje”. Creo que influyó en mi decisión la inteligencia y valentía de Dimitrov, el comunista búlgaro que había convertido el proceso de Leipzig, montado por los nazis para culpar a los comunistas del incendio de Reichstag, en una tribuna de denuncia de los verdaderos pirómanos, los fascistas. Pero también me apasionó la campaña del partido, alertando a todos de la amenaza de la sublevación fascista que se estaba gestando aquí, en España. Esto último fue, en realidad, la razón de fuerza de mi ingreso en el partido. Como ha escrito el historiador Eric Hobsbawn, “las sirenas del comunismo” atrajeron a su causa, en la década de los años 30, a ingentes multitudes de jóvenes que vieron, como yo, que los comunistas encabezaban la lucha contra el fascismo. Este es un hecho incuestionable.

VI. El asalto al Cuartel de la Montaña

Aquel mes de julio los madrileños vivíamos en estado de alerta. Cada día llegaban noticias inquietantes sobre el golpe militar que se tramaba, y los afiliados de las organizaciones obreras pasábamos las noches en vela haciendo retén en las sedes de los partidos y en las comisarías, dispuestos a acudir a donde se terciara en caso de emergencia. Y cuando llegó la noticia de que había comenzado el levantamiento militar en África, todas las miradas se volvieron hacia los cuarteles, sobre todo al de la Montaña, donde —se decía— se había concentrado la gente más belicosa de Falange y de la oficialidad del ejército. Sin embargo, aquella mañana yo acudí al trabajo como siempre, sin noticias de lo de África y menos aún de que también en Madrid había comenzado la danza. Pronto empezamos a oír, a través de los ventanales del estudio, un lejano tronar de cañones. Hablé con el jefe del estudio: —Esos cañonazos son el

anuncio de que se han sublevado los militares en Madrid, D. Arturo. Me voy. No puedo trabajar así.

—Pero ¿quién le ha dado a usted vela en este entierro? ¿A donde quiere ir?

—Al cuartel de la Montaña, don Arturo.

Y me fui. No sospechaba que me iba para siempre, que jamás volvería a sentarme frente a aquel tablero de dibujo. El alzamiento militar trazaba una línea divisoria insensata entre el hoy y el mañana: era una bomba colocada en los cimientos de la paz del Estado español. Por eso en aquel momento lo único importante era correr al cuartel de la Montaña. Era el foco central de la sublevación en Madrid, allí se habían introducido la víspera varios cientos de falangistas uniformados y cadetes de la academia militar de Toledo. Frente a ellos montaron el cerco al cuartel los milicianos mal armados de las MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), a los que se sumaron muchos madrileños de todo el arco iris del antifascismo, amén de algún destacamento de guardias de asalto.

Cuando llegué, el combate estaba ya en fase resolutiva, a lo que sin duda había contribuido la aparición de unos cañones del Parque de Artillería del Pacífico y de un avión republicano, que evolucionó sobre el cuartel y descargó una bomba en el patio: yo me sumé a una de las oleadas de atacantes, aunque iba completamente desarmado, pero ya habían aparecido banderas blancas en alguna ventanas del caserón, testimonio quizás de la pugna entre los mandos facciosos y los soldados que querían rendirse. Dentro, los asaltantes lo invadimos todo; en el piso de arriba era detenido el general Fanjul, cabecilla del cuartelazo, que había rechazado las propuestas del gobierno para que depusiera las armas y evitara derramamientos de sangre, con él fueron detenidos otros oficiales sublevados, aunque los que intentaron huir al amparo de la confusión reinante fueron abatidos y sus cuerpos quedaron expuestos al sol en la explanada del cuartel. Así acabó su malaventura aquella tremenda mañana de julio.

Ya dije antes que me metí en el asalto al cuartel de la Montaña a lo loco, con las manos vacías, sin arma alguna ni blanca ni negra, y lo repito ahora porque no quería salir de allí de la

misma guisa: tenía que conseguir un arma a toda costa, porque la gran lección de aquel día era que teníamos que hacer frente a una sublevación insidiosa, implacable y prolongada. A la búsqueda de un fusil recorrí el piso alto del cuartel hasta dar con un cuarto donde alguien había descerrajado ya un arcón repleto de fusiles y correajes. Me colgué tres al hombro y salí a la calle satisfecho, y sorprendido de lo fácil que había sido la operación. Para entonces el cuartel había quedado limpio de armas; además de haber aplastado la cuartelada, aquello había sido un acto de armamento del pueblo por el pueblo mismo. En la calle, en medio del tumulto de gente armada que se alejaba, me llamó una voz conocida: era un antiguo compañero de fatigas de Ceuta, donde habíamos hecho la “mili” juntos; se llamaba Vicente y, como yo, cargaba también con un par de mosquetones. Yo sabía que era de la CNT y supongo que él barruntaba que yo era comunista o algo así, pero sentíamos mutuo aprecio, así que nos alegramos del encuentro. Bromeamos: nosotros que habíamos jurado en la “mili” que nunca más cogeríamos un arma, ¿adonde íbamos con tantos fusiles?

Vicente era taxista. “Tengo el coche ahí mismo, si me acompañas te llevo a casa”. Claro que le acompañé, y conseguí que antes de ir a casa pasáramos por el local del Radio Oeste del PCE, que estaba frente al cuartel de Wad Ras y tenía puerta y balcones atrincherados con sacos terreros por si acaso. Allí dejé dos de los fusiles conquistados y me reservé el tercero. Con él en bandolera entré en mi casa, para susto de mamá Marina y para jolgorio de mis hermanos Mariano y Juan Antonio.

Vicente me propuso subir a la sierra al día siguiente en su taxi, porque se decía que habían empezado a tabletear las ametralladoras en Guadarrama y Somosierra, y los partidos y sindicatos convocaban a sus afiliados a cerrar el paso a las huestes de Mola.

Claro que estuve de acuerdo y subimos al cabo de unos días a la sierra, primero en el coche hasta el pueblo de Guadarrama y luego a pie hasta las cercanías del Alto de León, donde no tardamos en encontrarnos con milicianos de la primera Compañía de Acero.

Con ellos estuvimos varios días, participamos en un ataque a las posiciones de los fascistas, vimos caer a unos milicianos, conocimos al capitán Márquez y oímos hablar de Lister y Modesto, nombres de los nuevos capitanes del pueblo, hasta entonces desconocidos.

Pero aquella fue como la primera salida de Don Quijote. Uno de nuestros recientes amigos de la Primera de Acero, un metalúrgico del sindicato El Baluarte, nos dijo al cabo de unos días que si de verdad queríamos combatir teníamos que hacer tres cosas: volver a Madrid, ponernos un mono azul y enrolarnos en el Quinto Regimiento.

Nos pareció un consejo razonable; rotos y hambrientos, bajamos a Madrid dejando el Alto de León en plena refriega. A partir de ahí perdí de vista a mi amigo Vicente, no sé qué suerte corrió en la guerra. Yo, siguiendo el parecer del miliciano de Acero, me alisté en el Quinto Regimiento.

VII. El Cerro del Lobo

El diecisiete de julio

En el patio de un convento

El Partido Comunista

Fundó el Quinto Regimiento

Así cantarían los niños en Madrid después, en los tiempos de la guerra. El Batallón de la Victoria se organizó a toda prisa en aquel patio, bajo el mando del capitán Márquez con unas decenas de veteranos de la Primera de Acero, una nutrida expedición de voluntarios yeclanos, en su mayoría trabajadores del campo, algunos obreros de Monóvar y milicianos de todas partes, entre los que me encontraba yo. Allí me pusieron los galones de sargento y no por méritos de guerra –no hace falta que lo jure– sino porque era el único que sabía manejar un mortero, que para algo había servido en Ceuta.

A comienzos de agosto estábamos de nuevo en la sierra y, a poco de tomar posiciones en un gran pinar, el capitán Márquez me mandó ocupar con mi sección de morteros un cerrajón pedado que llamaban el Cerro del Lobo, situado más abajo, en

tierra de nadie, entre nuestras posiciones y la de los sublevados. El sigilo con que nos movimos entre pedrejones y breñas hasta llegar allí no nos sirvió de mucho: aún no habíamos emplazado los morteros cuando recibimos la bienvenida en forma de una lluvia de balas y obuses. A la media hora teníamos cuatro heridos. Contestamos disparando fusiles y morteros a un enemigo invisible, enmascarado en la espesura del monte que teníamos enfrente. Evacuamos a nuestros heridos como pudimos y aguantamos el tipo hasta que, de anochecida, recibimos la orden de repliegue.

Aquella frustrada incursión fue el bautismo de fuego de la sección de morteros del Batallón de la Victoria. Después de aquello, los facciosos intentaron en vano desalojarnos de nuestras posiciones: aunque recurrieron incluso a prender fuego a los pinares con bombas incendiarias, manteníamos a raya al enemigo mientras sofocábamos las llamas y volvíamos a ocupar el bosque quemado, aún con las cenizas humeantes. Más tarde planearon una sucesión de ataques de flanco, a partir de la sierra de Gredos. Acaso el más sangriento fue el perpetuado por un tabor de regulares y alguna unidad de requetés de Pamplona contra Peguerinos, un pequeño pueblo hundido en las montañas de la parte occidental del Guadarrama. Fuimos al contraataque con varios batallones; por la tarde el enemigo había sido derrotado. Detrás quedaba un pueblo devastado: fue una razzia infame de aquel tabor de regulares de Larache y de aquella unidad de Pamplona. Pero tampoco ellos escaparon al escarmiento: aquella tarde Peguerinos fue una estampa de los desastres de la guerra.

Después, el frente de la sierra se estabilizó. La estrategia del general Mola para conquistar Madrid se dio por fracasada y la iniciativa pasó a manos de Franco que, además de disponer del ejército de África, contaba con el apoyo de Hitler y Mussolini.

Con ello el teatro de operaciones de lo que ya era una guerra civil se desplazó de las sierras madrileñas a las regiones occidentales de Andalucía, Extremadura y la Mancha.

Por aquella zona, donde no había frentes ni fuerzas que la cubriesen, lanzó Franco el ejército expedicionario de África, a lo largo del valle del Tajo.

Era verano todavía cuando los del batallón del capitán Márquez nos acercamos a las puertas de Talavera. Llevábamos la misión de reforzar las defensas de la ciudad, pero llegamos tarde: Talavera había sido abandonada por los nuestros el día anterior, si no recuerdo mal. Tengo aún grabada en mi memoria la tarde en que la avistamos, los campos dormidos al sol, el gran silencio: no se oía una voz, ni un disparo, tampoco el canto de un pájaro. De pronto, en un recodo de un camino polvoriento, descubrimos un montón de cadáveres, tal vez medio centenar de jóvenes soldados apilados unos sobre otros; los habían arrastrado hasta allí no sé si para que no se pudriesen en los barrancos y los cerros cercanos o, quien sabe, para advertencia de quienes osaran acercarse a la ciudad.

Sea como fuere, el batallón tuvo que abrirse en un frente de varios kilómetros, desde el sur del Alberche hasta Escalona. Al principio, con otros tres milicianos, tuve que permanecer en un pequeño cobertizo en medio de los campos desiertos, con la misión de alertar sobre cualquier movimiento del enemigo por aquellos parajes, pero por allí no pasó un alma aunque muy cerca bullían los combates. Y allá nos trasladaron. De vez en cuando lográbamos frenar el avance de las tropas expedicionarias como ocurrió en Santa Olalla, pero por poco tiempo.

Hay que reconocer que nunca supimos, a lo largo de la guerra, combatir en campo abierto. Nuestra impericia nos llevaba a combates frontales casi siempre con los flancos desguarnecidos. Recuerdo el combate en Maqueda, donde una mañana establecimos una línea defensiva improvisada en torno al castillo. A media mañana apareció el enemigo. A distancia eran como filas de hormigas negras sobre la ondulación dorada de los cerros. Avanzaban haciendo alarde de su presencia: sabían que no teníamos cañones, ni siquiera un mal mortero, porque a los nuestros hacia tiempo que habíamos renunciado. En fin, las hormigas fueron recortando distancias y configurándose como soldados moros que disparaban contra nosotros. Y aparecieron los aviones, no sé si alemanes o italianos, que nos ametrallaron a destajo, en vuelo rasante.

Volaban tan bajo que nos poníamos de pie para dispararles al pasar sobre nosotros. No sé si nos falló la suerte o la puntería: el caso es que no les dimos. Y para más inri, en la última

pasada, al sobrevolarnos por enésima vez, arrojaron sobre nuestras cabezas las cajas de munición vacías. Después ocurrió que la infantería enemiga rebasó nuestros flancos, empezó a dispararnos por el frente y por los lados, alguien gritó: “estamos copados” y sonó la hora de la retirada.

Esto lo padecimos en toda la campaña por tierras de Toledo. El resultado eran las incontables bajas y la permanente necesidad de reorganización de las unidades milicianas.

Y pese a todo, la resistencia republicana causaba también desgaste al enemigo.

Comparto la opinión de los analistas que aseveran que fue entonces cuando el general Franco empezó a barruntar que esa resistencia republicana se endurecía y que de continuar la misma dinámica podría llegar exhausto a las puertas de Madrid. Por otra parte, tal vez calculó que dejar a sus espaldas una ciudad como Toledo, dominada por las fuerzas republicanas que asediaban en el alcázar al general Moscardó, era una amenaza potencial para la retaguardia del ejército expedicionario; sea como fuere frenó la marcha directa sobre Madrid y giró hacia Toledo. A propósito de esto tampoco faltan analistas que señalan como razón clave de aquel cambio de rumbo el propósito de Franco de aprovechar aquella pausa operativa para imponer su jefatura en pugna con el general Mola, cosa que consiguió en octubre, cuando fue proclamado por los militares sublevados generalísimo y jefe del gobierno y del Estado español.

El gobierno republicano tampoco permanecía inactivo: por fin promulgaba un decreto de militarización de las milicias. Esto repercutió en mi situación, ya que el Batallón de la Victoria se integró en la Primera Brigada Mixta de nueva creación; a partir de ahí ya no seríamos una pequeña unidad dispersa en el tumulto de la guerra, sino parte de una formación más fuerte, mandada por el comandante Líster, que no era un personaje extranjero, sino un antiguo cantero gallego, de Ourense para más señas. Y a mucha honra, como él decía.

VIII. La defensa de Madrid

Esta vez íbamos al combate llenos de optimismo: la Unión Soviética había respondido a la petición de ayuda de la España republicana y habíamos recibido una remesa de armamento: aviones, tanques y artillería. Es verdad que ya antes el gobierno mexicano nos había suministrado un cargamento de fusiles y aquel gesto de nuestros hermanos de allende los mares nos llegó al corazón. Es verdad también que ese mismo día, que ahora trato de recordar, no conseguí hacer blanco con mi flamante fusil mexicano: en plena refriega de Seseña disparé una y otra vez contra un soldado que avanzaba hacia nuestras posiciones saltando de matorral en matorral; no hubo manera, no le di incluso cuando estaba a cien metros y parecía imposible fallar el tiro. Se lo dije a un compañero: —“Dispara a ese cabrón, que viene a por nosotros”. Tampoco él le dio, pero las balas debieron silbarle muy cerca, porque el tipo dio un giro y desapareció de nuestra vista.

La operación planeada era un ataque por sorpresa al enemigo que ocupaba Seseña, con la infantería apoyada por los tanques soviéticos recién adquiridos; pero no sorpresa ni coordinación. Llenos de euforia, los mismos republicanos habíamos anunciado a los cuatro vientos la inminencia de la ofensiva, y cuando esta empezó, los tanques penetraron en Seseña y desbarataron al parecer las defensas enemigas, pero nosotros, los de infantería, llegamos tarde y no pudimos o no supimos seguirles. Los tanques siguieron su incursión en profundidad, pero los franquistas recompusieron sus posiciones y contraatacaron, rompieron nuestra línea por alguna parte y rebasaron nuestros flancos: lo de siempre. Y cuando en un momento de la tarde, advertido por el silencio reinante, miré a derecha e izquierda, comprobé que me había quedado solo parapetado en medio de una loma, de modo que recogí mi macuto y mi fusil mexicano y emprendí también la retirada, por campos desiertos donde no vi rastros del enemigo y, sólo de vez en cuando, algún rezagado que, como yo, buscaba a sus compañeros. Así llegue a la carretera que llevaba a Madrid, donde se iban concentrando milicianos de distintas unidades. Y entre ellos estaba Dolores, la Pasionaria, que intentaba levantar los ánimos de los combatientes real-

mente desolados por aquel revés inesperado. Los sueños de victoria de aquella mañana habían acabado en la pesadilla de una derrota inexplicable. Fue aquel un día aciago. En Valdemoro, nos alcanzaron los Junker, que dejaron caer en el centro del pueblo su carga mortífera. Nunca pasé tanto miedo, nunca me sentí tan absolutamente desvalido frente a aquellas bombas que llegaban aullando y estallaban por todas partes con estruendo, desventrando calles, casas y seres humanos.

Creí entonces que allí acababa mi historia.

Mis recuerdos de los primeros días de la defensa de Madrid están asociados a los repliegues y avances en el sector de Villaverde. Eran días de porfiados combates. Franco había jurado, según dicen, que oíría misa el 7 de noviembre en Madrid, y conociendo la naturaleza astuta del personaje cabe pensar que tal promesa era un guiño al Supremo Hacedor para que le echase una mano en la tarea; pero a la vista de lo sucedido éste no se prestó al cambalache. Franco se quedó sin misa madrileña pese a que atacó con todo lo que tenía: banderas del tercio, tabores de regulares y de la Mehala, aviación, tanques y artillería.

Los de la Primera de Líster ocupamos posiciones al sur de Villaverde y desde allí conteníamos al enemigo y le impedíamos cruzar el Manzanares, pero la penetración de las tropas franquistas por Carabanchel nos dejó en una situación comprometida, lo que sin duda movió al mando republicano a ordenarnos que nos replegásemos a Tarancón, a 80 km de Madrid. En cierta ocasión Líster me comentó que nunca pensó cumplir semejante orden, que habría supuesto abandonar el sector Sur de la defensa de la capital, de modo que metió la orden en la carpeta del olvido. Fue José Díaz, el dirigente comunista, quien le aconsejó que obedeciera la orden de replegar a su gente, pero hacia Madrid, no hacia Tarancón y esto es lo que se hizo.

La tarde que pasamos por Vallecas camino de las nuevas posiciones, salieron a nuestro encuentro los vecinos –y mayoritariamente las vecinas, porque en aquel barrio casi todos los hombres estaban en el frente–, las mujeres con sus críos, ofreciéndonos pan y agua, la ofrenda de la bienvenida. Agradecemos la acogida, aquel calor solidario que no habían logrado

enfriar ni la truncada operación de Seseña ni los repliegues que nos fueron empujando hasta el mismo portal de su casas, allí donde era ya imposible e impensable dar un paso atrás.

—“¡El gobierno ha chaqueteado, pero quedáis vosotros!”. Por más que fuese injusta esta reprobación del traslado del gobierno a Valencia, expresaba de manera espontánea la rabia o el miedo o la sensación de abandono de la gente de los barrios populares. Y también el alivio por la presencia de los combatientes republicanos en aquella encrucijada. A mí me impresionó tanto como sus gritos de aliento esa especie de velo trágico que se traslucía en los rostros de aquella gente que sabía llegado el día en que todo estaba en juego: el hogar, la familia, la vida misma.

Por aquellos días aproveché las breves treguas que nos permitían los afanes del frente para visitar a mi familia. Hacía tiempo que no la veía. La guerra nos había separado. Mi padre estaba sin trabajo, Armando andaba en no sé qué asuntos de la guerra, mi hermano Juan Antonio, de siete años, había sido evacuado y acogido por una familia campesina de un pueblo de Alicante, así que sólo mi hermano Mariano seguía con mis padres. La vida de la familia era bastante dura, pero tanto mi padre, a la sazón comunista, como mamá Marina, católica tibiamente practicante, que se preguntaba cada día cómo Dios permitía que ocurrieran “estas cosas”, y no digamos Mariano, con sus entusiastas doce años, eran partidarios del gobierno republicano y del Frente Popular.

Como la mayoría de los madrileños vivían los horrores de la guerra, el cañoneo de la artillería y los bombazos de la aviación que por aquellos días machacaban con saña las calles de Madrid, en una abyecta exhibición de guerra total contra la población civil como jamás hasta entonces había sido castigada ninguna otra ciudad del mundo, como ha observado con razón el historiador británico Hugh Thomas.

Pero hubo también motivos de aliento y esperanza: uno de ellos fue la aparición en los cielos de Madrid, de los cazas de fabricación rusa, los veloces “chatos” y “moscas” que pusieron fin a la impunidad de los Junkers alemanes que bombardeaban la ciudad; el otro motivo de júbilo fue la aparición, aquella

“mañana gris del domingo 8 de noviembre”, de los primeros brigadistas internacionales, los adelantados de la solidaridad mundial, que acudían a luchar a nuestro lado: cerca de dos mil hombres al mando de Manfred Stern (general Kleber era su nombre de guerra) y otros tantos capitaneados por Lukacs, nombre de guerra del escritor húngaro Mátye Zalka. Había en sus filas franceses, italianos y belgas, austriacos y alemanes, escandinavos y polacos, búlgaros y británicos y tantos otros de cien países, que lucharon junto a los madrileños, a los catalanes, gallegos y vascos en el Puente de los Franceses, en la Casa de Campo, en la Ciudad Universitaria, allí donde la contienda los reclamase.

Estas pruebas de solidaridad que caldeaban la atmósfera de Madrid y aceraban el temple de su gente ejercieron influjo también sobre nosotros; dejamos de ser aquellos milicianos que cuatro meses atrás subían al Alto del León a pegar tiros como el que va a una excursión campestre. Tampoco éramos ya los milicianos novicios que apenas conseguían frenar con sus fusiles de errátil puntería el avance del Ejército Expedicionario de África. Habíamos cambiado de la misma suerte que había cambiado la naturaleza de la refriega, que los generales sublevados, armados por los gobiernos fascistas de Alemania e Italia y apoyados por la alta burguesía, los grandes latifundistas y –¡cielo santo!– la Iglesia española en su más contundente personificación institucional, no vacilaron en convertir en una guerra civil larga, costosa y cruel.

La épica señala el mes de noviembre de 1936 como el emblema de la resistencia popular. Las jornadas del 7, 8 y 9 decidieron el rumbo de la batalla por Madrid.

Sorpresivamente para los generales insurrectos, sus tropas se estrellaron contra posiciones republicanas y tuvieron que abandonar el ataque frontal y optar por operaciones de largo alcance para rodear y aislar la capital de España.

IX. Instructor político en la Once. Herido en Brunete.

Tres meses después los de Líster nos enfrentamos con los sublevados en el sector del Jarama; habían cruzado el río y cañoneaban la carretera de Valencia, vital para los republicanos. Pudimos detener su avance a pesar de las fuerzas que empeñaron en evitarlo; hubo días –el 14 de febrero, por ejemplo– que movieron más de cien tanques y cuarenta batallones de infantería.

En el curso de aquellos combates tuve que hacerme cargo del llamado “tren de combate” de la Primera Brigada. Estoy tardando en decir que para aquellas fechas la antigua Brigada Mixta de Líster se había convertido en la Once División, de la cual dos brigadas, la Novena y la Cien, fueron lanzadas a toda prisa al sector de Guadalajara, donde atacaban los italianos del general fascista Roatta. Yo quedé en el sector del Jarama, al frente, como decía, del tren de combate. Pero no se dejen confundir por su nombre: detrás de esa denominación evocadora de las locomotoras artilladas no había otra cosa que una modesta unidad de transporte que empleaba como fuerza de tracción una reata de mulas y cuyo destino era suministrar comida y munición a los combatientes de primera línea. Tampoco hay que desdeñarla: su misión era fundamental y arriesgada, ya que había que conducir las acémilas, cargadas de sacos, cajas y marmitas, por barrancas y cañadas, burlando el fuego enemigo o cruzando a todo tren las zonas batidas. Sea como fuere, cumplimos la tarea sin fallar un solo día gracias al coraje de los combatientes de aquella unidad, los jornaleros y yunteros yeclanos, diestros en el gobierno de las mulas y en la sujeción del cargamento de forma que no cayese ni se desequilibrase en aquellos trotes por terrenos agrestes. Algunos de estos combatientes, fueron desde los primeros días del Batallón de la Victoria mis camaradas de combate, con los que compartí tragos amargos y alguna que otra alegría. Las alegrías siempre estaban asociadas a los envíos de los familiares; las amarguras no se debían tanto a las fatigas de la vida del soldado cuanto a los claros que la guerra iba dejando en nuestras filas.

En el Jarama se libró una de las más enconadas batallas de la guerra española.

La ofensiva franquista fue perdiendo fuelle, la iniciativa pasó a los republicanos, por primera vez la aviación leal consiguió el dominio en el aire y nuestros tanques en tierra.

Pero también se dejó sentir pronto el desgaste del ejército republicano, de tal forma que al finalizar el mes de febrero ninguna de las partes estaba en condiciones de avanzar un paso: los combates cesaron en el Jarama para descargar su furia en Guadalajara, donde las divisiones del fascismo mussoliniano sufrieron una tremenda derrota.

Fue entonces, en una reunión para hablar de la marcha de la guerra y recomponer las filas del partido, diezmadas por los combates, cuando me eligieron para cubrir el hueco dejado por el anterior responsable político de la Primera Brigada; y al cabo de unas semanas, en un pleno de la comisión político-militar del Comité Central, me endosaron la carga de instructor político del Partido en la Once división de Líster, responsabilidad que, afortunadamente, pude compartir con Diego Rico que ya venía actuando como tal. Rico era un hombre infatigable, dotado de un dinamismo asombroso. Mientras permanecí en la división de Líster fuimos amigos y camaradas inseparables. Pero este nombramiento político vino a modificar de raíz mi situación: tuve que abandonar a mis compañeros del tren de combate, dejé también mis galones, pues los instructores políticos del partido teníamos que prescindir de cualquier atributo de mando. Éramos soldados rasos, integrantes de un colectivo cuyo trabajo se dirigía a elevar la moral combativa y la conciencia política de los soldados. Funcionábamos en estrecha relación con el estado mayor de Líster y singularmente, con el comisario, Santiago Álvarez, el cual escribiría de nosotros: “en compensación no recibían ni emolumento, ni grado militar, ni siquiera el estímulo de la popularidad que solía rodear a los jefes y comisarios”.

La primavera vino aquel año cargada de amenazas para la zona republicana del Norte, con el peligro, tras la caída de Bilbao, del desplome de nuestras posiciones en la cornisa cantábrica. Para aliviar la presión adversaria en aquellos frentes emprendió el ejército republicano una serie de operaciones en el centro, en la Sierra de Guadarrama y en tierras de Toledo. A este sector fue enviada la Once División, para detener al enemigo, que había roto el frente sur del Tajo. Costó varios días de

combate detenerlo, recuperar los pueblos ocupados, en primer lugar el pueblo de Arges, y forzarle a replegarse a las posiciones de partida. Fue una operación cruenta, pero rápida, que nos permitió luego convivir unos días con la gente de aquellos pueblos: Mora, Polán, Gálvez y Guadamur, cuyas simpatías estaban mayoritariamente con el ejército popular, en el que muchos vecinos tenían un hijo, un hermano, pues bien sabido es que infinidad de combatientes republicanos eran hombres del campo, como la mayoría de la gente de aquellas tierras toledanas, de modo que enseguida se trabó una relación de confianza por las dos partes. —“Cuando se acabe la guerra venir a vernos alguna vez” —nos dijo el dueño de la casa donde Rico y yo nos alojamos. Le prometimos que sí, claro, que iríamos y les echaríamos una mano en la recogida de la cosecha, sin barruntar lo larga que sería la guerra y lo imposible de cumplir nuestra promesa.

Donde sí, en cambio, ayudamos de veras a la recolección fue en Hortaleza, un pueblo de Madrid donde acampamos mientras nos preparábamos para la próxima operación. El caso es que faltaba mano de obra, los mozos estaban en la guerra, como nosotros, pero lejos de allí, y la República necesitaba pan. Nuestros soldados dejaron por unos días sus fusiles y empuñaron las hoces: también lo hicieron Lister y Santiago, con todos sus galones. Así se ganaban el nombre y la fama de Ejército Popular.

A todo esto, ni la operación Toledo ni otras emprendidas en Guadarrama y en Huesca alcanzaron a detener la ofensiva de los sublevados en el Norte: urgía una operación de más fuste y fue la que la historia conoce como maniobra o batalla de Brunete.

En la víspera de aquel combate nadie durmió en la Once. El ataque lo iniciamos antes del amanecer del día 6 de julio, ganamos Brunete por sorpresa y continuamos avanzando hasta la altura de Sevilla la Nueva y aún más allá, hasta avistar Navalcarnero. Pero allí recibimos órdenes de detenernos pese a que las líneas franquistas habían sido desbaratadas. Lister estaba de un humor de mil diablos. —“El Campesino (jefe de la 46 división) sigue cubriéndose de gloria en Quijorna”, le oí decir.

Fuese o no el “Campesino” el culpable de aquel frenazo, el quid de la cuestión estaba en que, con el enemigo resistiendo en

Quijorna por la derecha y en Villanueva de la Cañada por la izquierda, el mando republicano no quería que la Once se metiera en una bolsa sin salida, si continuaba el avance. Y hubo que parar. Nuestro ataque había obligado a los generales facciosos a suspender su ofensiva sobre Santander, pero el parón de la ofensiva republicana les permitió acumular fuerzas para el contraataque.

En Brunete los republicanos pasamos de atacantes a resistentes. El 18 de julio 1937, comenzó una durísima contraofensiva enemiga; fue la fase de la batalla en la que dicen que llegaron a concentrarse, sumando las tropas de uno y otro lado, hasta 120.000 hombres en un cuadrilátero de quince kilómetros de frente por otros tantos de profundidad: una gran batalla para un pequeño escenario, sobre el cual descargaban su furia toneladas de bombas y proyectiles. Y a este infierno de fuego y hierro aún había que sumar el calor y la sed imposible de saciar. Se habló de un total de 30.000 muertos y heridos de uno y otro bando, en sólo veinte días de combates. En este espacio de tiempo, la Once había tenido casi un 50% de bajas. Allí perdí otra vez a entrañables amigos y camaradas de combate, cuyos nombres caerán para siempre en el olvido.

Yo caí herido. Creo que fue el 23 de julio, dos días antes de que la ofensiva franquista terminase con la reconquista de Brunete. Aquel día, a esa hora en que la tierra parecía arder bajo un sol implacable, se produjo el repliegue desordenado de nuestros batallones. Intentamos contener la escapada: Líster, Santiago Álvarez, la gente del estado mayor –Martín, Iglesias–, todos acudimos a detener a los que huían, a tranquilizarlos. La mayoría se detenía, volvía a las trincheras. Otros no atendían a razones, ni ruegos ni conminaciones; estaban enloquecidos por la sed, por el sol, por los bombardeos incesantes de la aviación, la artillería día y noche, los combates ininterrumpidos y las noches sin sueño, por todo lo que había convertido los campos de Brunete en un averno llameante. Para aumentar la confusión del momento abrió fuego sobre nosotros la artillería de tiro rasante. Un proyectil estalló a pocos pasos de mí y me lanzó violentamente contra el suelo. Me levanté aturdido, no sentía dolor, pero me di cuenta de que sangraba de un desgarrón en el brazo derecho, de modo que me vendé como pude y fui en

busca de un puesto de socorro. En el camino me salió al paso una patrulla enviada desde la segunda línea para contener el repliegue; el sargento que la mandaba –requemado del sol, nervioso, vociferante– me dio el alto. —“¡Atrás o te dejo seco en el sitio!”. Lo miré sin pestañear: —“Me acaban de herir”, le dije. Aún porfió, me metió el cañón del fusil en el pecho, tardó en darse cuenta de que llevaba la guerrera empapada de sangre. Creo que pasé la noche en un hospital de campaña en El Escorial.

De allí me trasladaron a Madrid. Un cirujano con vocación de carnicero me anunció que seguramente tendrían que amputarme el brazo. Le respondí que no lo consentiría, que no tenía la intención de quedarme manco. A los pocos días fui evacuado a un hospital de Játiva. La herida era un tanto aparatosa, pero se quedó en algo parecido a lo que los soldados republicanos llamaban un “tiro valenciano”, es decir, una herida que te permitía descansar unas semanas en un hospital de Valencia. Algunos guasones sacaban un brazo por encima del parapeto: —“A ver si hay algún facha con puntería que me mande a Valencia de vacaciones”.

Bromas aparte, la hospitalización de Játiva me permitió curarme, reposar y recibir la visita de mi hermano Armando. Fue una alegre sorpresa, porque no sabía de él desde el comienzo de la guerra; había venido en coche y me propuso aprovechar el encuentro para acercarnos al pueblo de Aspe, adonde había sido evacuado nuestro hermano pequeño, Juan Antonio. Apenas estuvimos dos horas con él, porque había que regresar aquella noche misma al hospital y el camino era largo, pero he conservado siempre su imagen de entonces: un niño rubio, de ojos grises y facciones suaves y tristes. Me dio pena despedirme de él, dejarle allí lejos de padres y hermanos. Tardé más de treinta años en volver a verlo.

Y cerrando el círculo de reencuentros familiares, fui a Madrid cuando recibí el alta del hospital y visité a mis padres y a mi hermano Mariano. Delgados, sometidos a un forzado régimen de ayuno —“Aquí freímos las patatas con grasa de motocicleta”, –me dijo jocosamente mi padre; los encontré preocupados, pero todavía optimistas en relación al posible desenlace de la guerra civil.

X. Conversación con Togliatti. Teruel y otras batallas.

En otoño pude reincorporarme a la División de Líster en Aragón, a donde había sido enviada por el ministro de defensa, Indalecio Prieto, con el fin de “robustecer el frente aragonés y garantizar, al propio tiempo, la aplicación del decreto del gobierno por el cual se disolvía el Consejo de Aragón”.

Como es sabido, dicho Consejo fue inicialmente un tinglado administrativo montado por los anarquistas a comienzos de la guerra, pero que se convertiría muy pronto en una especie de gobierno cantonal ajeno al control del gobierno republicano.

Recuerdo muy bien que Líster reconocía la pertinencia de la decisión del gobierno de disolver el Consejo para incorporar Aragón al esfuerzo general de la resistencia, pero no se le escapaba el astuto cálculo de Indalecio Prieto al pasarle aquel embolado: en caso de resistencia de los anarquistas a la disolución decretada, tendría que ser la división de Líster, caracterizada por su origen comunista, la que se enfrentase a los anarquistas. Y es cierto que no escasearon los roces y conflictos entre ambas fuerzas en aquel trance, pero, a fin de cuentas, tanto unos como otros supieron obrar, en mi opinión, con bastante cordura. Si alguien pensó en abrir una guerra civil entre comunistas y cenetistas, se equivocó. Cuando me incorporé a la división en Caspe, todo eso era agua pasada o debía serlo; por eso me sorprendió que mis repetidos encuentros con un camarada del Comité Regional se organizaran y transcurriesen en la más estricta clandestinidad, de noche y en el campo, a las afueras de Caspe. Los dirigentes comunistas de Aragón seguían viviendo y actuando en una suerte de semilegalidad a despecho de lo que había llovido allí, en los últimos meses con la disolución del Consejo de Aragón y la creación de un gobierno regional del Frente Popular en el que participaban comunistas y anarquistas. Así de paradójica era la situación.

Entre tanto, nuestra División se recuperaba del desgaste sufrido en la batalla de Belchite y se preparaba para lo que sería la próxima prueba, la batalla por Teruel.

No tardamos en movernos hacía allá. Por el camino, estando en una masada de las cercanías de Castellote, recuerdo —¿como

podría olvidarlo?— que recibimos la visita de Dolores Ibarruri, acompañada, entre otros, por un camarada al que llamaban Alfredo, pero que más tarde volvería a encontrar con el nombre de Ercolí y, años después, con el suyo verdadero, Palmiro Togliatti, uno de los más brillantes dirigentes históricos de la Internacional y del Partido Comunista Italiano. En la época de la guerra española que estoy rememorando, Alfredo era el delegado de la Internacional en el Partido Comunista de España. Aquella tarde, después de comer algo, me invitó a dar un paseo para interesarse por las organizaciones políticas que había en la División. Naturalmente le dije que sólo los comunistas estaban encuadrados en una organización partidaria.

Insistió: —¿No hay ninguna estructura organizativa de los anarquistas?—. Le respondí que en la División había muchos soldados y oficiales que no militaban en el PCE, entre ellos varios centenares con el carné de la CNT, pero no teníamos noticias de que desearan organizarse. Aquí me lanzó una pregunta torpedo: —Y si quisieran hacerlo ¿les dejarían organizar sus grupos?—. Le contesté sin pensármelo mucho que no, que eso sería tan inimaginable —le dije— como que dejaran a los comunistas organizar sus células en una división anarquista.

Como Alfredo guardase silencio, añadí que a nadie le extrañaba que los comunistas se organizaran y se mostraran como la fuerza política de la Once división, que había nacido de las milicias del Quinto regimiento, fundado por el PCE, de la misma suerte que brotaron entonces las milicias ugetistas, anarquistas, etc. Eran milicias de partido o sindicato que mantuvieron su impronta original más allá de su integración en el Ejército popular.

Alfredo no respondió. Quedé con la impresión de que le había contado cosas que sabía tan bien como yo, mejor que yo, y que no habían disipado su preocupación por las difíciles relaciones de comunistas y anarquistas. Pero creo que tampoco él tenía la solución del problema.

A comienzos de diciembre, la División estaba ya en la zona de Alfabra y empezaban las nevascas por aquellas tierras del Bajo Aragón, barridas por un viento gélido. Días más tarde, el ejército republicano desencadenaba la ofensiva sobre Teruel.

Varias divisiones atacaron las líneas de los fascistas por el Norte, el Sur y el Este de la ciudad muy de mañana; la ya legendaria Novena Brigada de nuestra División atacó primero en plena noche y por sorpresa, avanzando hacia altos de Celada. Aquel día se liberaron San Blas y Concul. A las pocas jornadas habíamos rodeado la ciudad de Teruel, pero la lucha en su interior fue sangrienta y dilatada: hasta entrado el mes de enero de 1938 no se pudieron reducir los últimos focos de resistencia: el seminario y la comandancia militar, donde se habían hecho fuerte millar y medio de soldados franquistas.

Creo que fue cerca de la muela de Teruel donde la 64 División republicana, que venía avanzando desde la sierra de Albarracín, enlazó con la Once. Aquella misma noche apareció en nuestra tienda de campaña –alegre, sonriente, animoso– Fernando Claudín, que acababa de incorporarse a aquella División mandada por Martínez Cartón.

Y no fue Claudín el único de los dirigentes de las juventudes Socialistas Unificadas a quien le tocó vivir la batalla de Teruel; ya antes se habían incorporado a la división de Líster Manuel Azcárate y Manuel Vidal; también Santiago Carrillo pasó por la Once aquellos días: camaradas con los que mantuve durante muchos años una cálida amistad desde aquellos lejanos tiempos.

Esta sorprendente conjunción de jóvenes que representaban el núcleo directivo más brillante de las JSU, no fue casual. El ministro de Defensa había ordenado la incorporación al ejército de todos los mozos que aún no lo hubieran hecho. No faltaron quienes se maliciaban que la orden, necesaria y correcta en general, perseguía de paso el objetivo de dismantelar la dirección de las JSU, pero, sea justa o injusta la sospecha, el hecho es que los dirigentes de la organización juvenil, con Santiago Carrillo y Fernando Claudín a la cabeza, decidieron incorporarse al ejército sin más dilaciones.

De todos modos, el más conocido y celebrado de los acompañantes de la División en aquellos días de los combates por Teruel fue Miguel Hernández, el grande e inolvidable poeta popular. Con él compartimos mesa, durmió con nosotros en una tienda de campaña helada, recorrió las posiciones de las tres brigadas de Líster, chapoteando por la nieve fundida con sus

alpargatas y nos regaló a todos sus hermosos versos, –“vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me traen”– porque también él era un combatiente y la palabra era su arma de combate.

Allí vimos pasar, en las heladas trincheras de Conclud o San Blas en la estepa o en la cresta del cerro Muletón, en la loma del cementerio o entre las ruinas de Teruel, los últimos días y noches de 1937 y el macilento amanecer del nuevo año, aguantando la tortura del frío, los 20 grados bajo cero, el viento helado y la escarcha, sin hablar ya de la violenta lluvia de metralla que la aviación y la artillería enemiga descargaba sobre las posiciones republicanas día y noche. Líster y Santiago Álvarez recordaban que hubo que amputarles los pies a cincuenta y ocho soldados por congelación. Al cabo de un mes de combates la Once División fue retirada del frente: estaba desangrada, extenuados sus combatientes, pero entregó al relevo las mismas posiciones que conquistara el día 15.

Creo que fue idea del doctor Villalanda, jefe de sanidad de la División, la de llevarnos a recuperar fuerzas bajo los naranjales de Castellón, pero no duró mucho aquella escala en el paraíso: a poco tuvimos que volver a toda máquina al frente de Teruel en auxilio de una brigada de “El Campesino” sitiada dentro de la ciudad. Otra vez se alzaron críticas a los errores militares de aquel personaje. Se aplaudió, en cambio, la valentía de sus combatientes, especialmente de los que, al mando del comandante Merino, resistieron en el interior de Teruel hasta quemar sus últimos cartuchos, y aún fueron capaces de romper el cerco enemigo más a fuerza de coraje que de balas.

Esta retirada de los combatientes que salen del sitio adversario es la última imagen que retengo de aquella batalla. El 22 de febrero Teruel quedaba de nuevo en poder de los sublevados.

Apenas habían pasado quince días desde nuestra retirada de Teruel cuando empezó una nueva ofensiva de los generales facciosos en el Bajo Aragón; en poco tiempo pudieron romper la resistencia republicana y abrir una brecha de setenta kilómetros “en donde no se podía encontrar ni una sola unidad republicana que los cubriese” según reconocería más tarde el general Rojo, jefe del Estado Mayor de nuestro ejército. El 13 de

marzo recibimos la orden de ponernos en marcha en dirección a Alcañiz.

Otra vez, pues, a la pelea por tierras aragonesas y del Alto Maestrazgo. Para mí no era fácil tarea establecer contacto con las unidades de primera línea –las tres brigadas de Líster– donde luchaban mis camaradas y colaboradores más valiosos. Había que moverse por kilómetros de una geografía áspera, propicia a la emboscada, la infiltración y la guerra de maniobras, pateada en tiempos históricos por las guerrillas que hostigaban a las tropas napoleónicas y después por las partidas carlistas. Yo mismo caí una tarde, o estuve a punto de caer, en una celada, cuando volvía al puesto de mando de la División después de una reunión con el responsable de la Novena Brigada: caminando por una cañada pedregosa, empezaron, de pronto, a silbarme las balas en las orejas. Desde las lomas que se alzaban a mi derecha me venían ráfagas de plomo y de insultos: “¡Rojo! ¡Ríndete, hijo puta! ¡Te vamos a freír a tiros!”. Aquella mañana, en el camino de ida a la Novena Brigada no había encontrado enemigos por aquellos andurriales, de modo que, colegí, por la tarde me había metido, sin darme cuenta, en una infiltración de los fascistas. Huelga decir que aquel día corrí mi maratón personal: no paré hasta que dejé de oír los silbidos de las balas que me buscaban.

En mis recorridos por las posiciones del frente en aquella coyuntura adversa que nos obligaba a frecuentes repliegues, el mensaje que repetía a los comunistas y no comunistas (y a lo que exhortaban los comisarios con la arenga y con la acción) era que había que aguantar la presión enemiga a todo trance, que no teníamos reservas para levantar una línea, un muro defensivo donde detener a los fascistas y que había que resistir hasta el límite en cada trinchera; esta era la consigna del Gobierno Negrín no sólo para el frente, ya que también en la retaguardia ardía la batalla política contra la ola de pesimismo que empezaba a extenderse en algunos sectores de la zona republicana.

Resistir era crucial para dar tiempo a instruir y armar a los cien mil voluntarios que el gobierno estaba reclutando. Y era también indispensable en aquellos momentos para impedir que

los sublevados aislasen a Cataluña del resto de la zona republicana.

Años más tarde, ya después de la guerra de España, Felipe Ortuño, que había sido uno de los responsables de la organización del Partido en la Novena Brigada, me recordó un día la conversación que tuvimos, en medio de unos cerros perdidos allá por el sector de Guadalope, y mi insistencia en que había que resistir a todo trance. —“Y allí resistimos —me dijo— días y días, a pesar de los ataques y las maniobras envolventes de los franquistas, hasta que no pudimos más”.

No volví a ver a Felipe Ortuño después de aquella conversación: había sobrevivido a la guerra civil y a la Segunda Guerra Mundial. Cayó después en la guerrilla española. Nunca dejaré de admirar su gran nobleza, su tenacidad, su entrega sin condiciones a la lucha por la libertad y la justicia social. Era la personificación de la voluntad democrática y revolucionaria de los combatientes republicanos.

La Once división y otras unidades defendieron con denuedo sus posiciones, pero no pudieron impedir el desplome de otros sectores. Los franquistas atacaron insistentemente las posiciones de Líster y Tagüeña que se hicieron fuertes a 30 km de Tortosa, donde recibieron el refuerzo de las Brigadas de Antonio Ortiz, de Romero Marín y Ramón Soliva. El cuerpo de ejército de Modesto hubo de replegarse sobre la orilla derecha del Ebro, desde Tortosa a San Carlos de la Rápita, pero las tropas de Franco, incapaces de romper aquella línea, giraron hacia el sur, atacaron Morella y salieron a la costa mediterránea por Vinaroz, cortando en dos el territorio de la España republicana.

Entre tanto, nuestras tropas recibieron la orden de frenar el avance de las divisiones de los generales facciosos y del cuerpo italiano manteniéndose en la orilla derecha del Ebro hasta garantizar el paso del río no sólo a las propias fuerzas de Líster, Tagüeña y demás, sino también a los miles de combatientes republicanos que seguían llegando al Ebro, restos de los sucesivos repliegues.

Durante aquellos días estuve en Amposta con la gente de la Cien Brigada, durmiendo de noche cuando podía, devorado por

voraces mosquitos, y colaborando de día con el comisario Ramírez y el comandante Rivas para alentar y mantener una “operación de repliegue” que nos permitió pasar al otro lado del río a “más de 25.000 hombres con su material”, según escribiría Líster en su obra “Nuestra Guerra”. Creo que fue el 18 de marzo cuando Rivas, jefe de la Cien Brigada, me llevó ante la carta de operaciones; “Como ves –me dijo– tenemos que pasar a la orilla izquierda esta misma noche. La Brigada esta semicercada contra el río”. Y así lo hicimos gracias al trabajo de los pontoneros.

La desafortunada campaña de Aragón dio lugar a una reunión dedicada a examinar las causas de los reveses de la División. Líster criticó las deficiencias del trabajo de la organización del partido, que en su opinión habían repercutido en la marcha negativa de las operaciones. Sin negar que se hubiesen cometido errores en el trabajo de la organización comunista, sostuve que también yo había asistido a la resistencia de nuestros combatientes, ya fueran comunistas o no, y que exigir más pruebas de sacrificio cuando era “casi imposible mayor esfuerzo” sería voluntarismo, como diría Santiago Álvarez en sus memorias, recordando batallas como aquella. Para mí estaba claro que la causa determinante de los repliegues de nuestras unidades en aquel frente había que buscarla en la superioridad cuantitativa del adversario tanto en reservas humanas como en armamento.

Presidió la reunión y participó activamente en ella Ángel Álvarez, del comité ejecutivo del Partido, y asistieron a varias de sus sesiones Modesto, a la sazón jefe del Ejército del Ebro y su comisario Luis Delage. Y junto con Líster, su comisario de aquel entonces, José Fusimaña. Tras dos o tres días de reflexión y debates sobre nuestra lucha y el difícil momento que atravesaba la República, creo que salimos todos ganando en la comprensión de la encrucijada que estábamos viviendo, aunque ello no evitó que mis relaciones con Líster se resintiesen. Y, sin embargo, a lo largo de los años seguí guardando sinceros sentimientos de amistad y respeto hacia Líster, no obstante las graves divergencias políticas que a veces nos separaron. Recibí también pruebas de afecto de su parte. En su libro “Nuestra Guerra”, refiriéndose a la dureza de los combates, al heroísmo y a la moral de nuestros combatientes escribe:

“En el sostenimiento de esa moral desempeñaba un papel decisivo la actividad de los comisarios bajo la dirección de Santiago Álvarez y José Fusimaña, y el trabajo de las organizaciones del partido dirigidas por José Sandoval...”

Y más adelante.

Sandoval fue un combatiente de la primera Brigada y la once División desde el primer día, y después de batirse durante la Segunda Guerra Mundial en las filas de los guerrilleros soviéticos volvió a España donde continuó la lucha por la libertad hasta caer en manos de la policía franquista”¹

No quisiera ponerme medallas ajenas: en realidad yo fui uno de tantos responsables de la organización del partido en los diversos escalones de la División y son todos estos comunistas anónimos los que merecerían el recuerdo y el homenaje.

Cuando pasé a la escuela de cuadros, la Once División había quedado al mando de Joaquín Rodríguez y Líster se había hecho cargo del mando del Quinto Cuerpo de Ejército. Desde entonces –primavera de 1938– no volví a la Once División ni tuve relación con ella en el casi año entero que aún duró la guerra civil; pero no hace mucho, leyendo la, por otra parte, admirable novela “Soldados de Salamina” de Javier Cercas, me sorprendió que insistiera en atribuir a las tropas de Líster el fusilamiento de presos contrarios a la República. Es esta una leyenda ya tajantemente rechazada por Líster hace 35 años, cuando contaba que los días 4, 5 y 6 de febrero de 1939 el Quinto Cuerpo seguía batiéndose a orillas del Ter, frente a Gerona, aunque tres días más tarde la resistencia iba a concluir. “Y aquí –dice Líster– quiero dejar constancia de lo siguiente: H. Thomas, en su libro sobre la guerra de España, dice que en Gerona fueron fusilados el obispo de Teruel y los demás prisioneros que con él estaban. Yo no sé dónde ni cómo –ni por quién– fueron fusilados dichos prisioneros, pero lo que sí puedo afirmar es que ni en Gerona ni en ningún otro lugar ocupado por mis fuerzas fueron fusilados dichos prisioneros ni ningún otro. No eran esos los métodos empleados por mí ni por los hombres que yo mandaba”¹.

¹ E. Líster. “Nuestra guerra”. Pág. 177.

Creo que Líster decía la verdad. Me parece inverosímil la historia que le atribuye semejantes hechos. Eso no casaba ni con su forma de actuar, ni con su severo concepto de la justicia y de la moral revolucionaria.

XI. La escuela de cuadros. La pérdida de Cataluña. Exilio.

Hasta mi llegada a la escuela de cuadros del Ejército del Ebro había dirigido ésta un joven asturiano de sólida preparación teórica e indudable talento pedagógico; se llamaba Alberto González, era muy simpático y bastante socarrón a ratos. Pasados los años lo volvería a encontrar en la Universidad Lomonosov de Moscú, ya doctorado en historia contemporánea. Alberto me ayudó eficazmente a dar los primeros pasos como director de la escuela. Durante dos meses trabajamos juntos en aquel palacete abandonado por sus dueños al estallar la guerra civil, situado en plena campiña, cerca de Reus, y convertido en escuela política de cuadros del Ejército del Ebro. Luego me quedé solo, enfrentado a la tarea de instruir a las sucesivas levadas de combatientes-alumnos que por allí pasaron. Tuve que estudiar más que todos ellos, quemarme las pestañas durante noches, pero conté con la ayuda de la dirección del Ejército del Ebro y el estimulante apoyo del responsable de la política de cuadros del comité central del partido.

La actividad de la escuela duró ocho meses, de mayo a diciembre de 1938. El final del último curso coincidió con el final del año, de modo que el acto de clausura no fue demasiado alegre, que bien dicen que las despedidas son tristes y aquella era una triple despedida: nos despedíamos del año, de una prometedora promoción de alumnos y de la escuela de cuadros con la impresión de que nos enfrentábamos a una situación bastante sombría. No era para menos: evacuábamos el palacete de Reus cuando las tropas marroquíes de Franco se iban aproximando a la ciudad.

Hoy pienso que todavía no éramos lo bastante conscientes de la trágica situación que atravesábamos. Es cierto que aquel

1. Líster, "Nuestra guerra" Pág. 237.

verano del 38, el 25 de julio, se había iniciado brillantemente la batalla del Ebro, pero ésta sería la última gran batalla del ejército republicano. A finales de septiembre el “premier” británico Chamberlain y el francés Daladier legitimaban en la conferencia de Munich la anexión de la región checa de los Sudetes por la Alemania de Hitler, asegurando que con aquella capitulación (“derrota sin guerra” la llamaría Churchill) apaciguarían la agresividad del fascismo. Pues bien, al cabo de un mes de aquella infamia, Hitler y Mussolini seguían haciendo cortes de manga a la política de “No Intervención” y de apaciguamiento y recomponían el potencial bélico del ejército franquista mientras Daladier mantenía cerrada a cal y canto la frontera franco-española para que no entrase ni un arma a la República agredida.

Entre tanto, el gobierno Negrín cumplía a carta cabal las disposiciones del Comité de “No Intervención” despidiendo a los últimos brigadistas internacionales que aún quedaban en suelo republicano.

Clausurada la escuela de cuadros me incorporé al XI Cuerpo de Ejército, que formaba parte del Ejército del Este; lo mandaba el coronel Perea. Francisco Galán, comunista, jefe entonces del XI cuerpo, y su comisario Muñoz Lizcano, socialista, me recibieron cordialmente y me explicaron cuál era la situación: el Ejército del Este cubría un frente que se extendía desde los Pirineos hasta su enlace con el Ejército del Ebro.

“Estamos –me dijeron– en una fase muy difícil de la lucha a la defensiva; y en esta situación no será fácil desarrollar el trabajo político en las divisiones del Cuerpo de Ejército, que cubren una línea de 50 km; línea que se puede modificar cada día, según los avatares de la batalla”.

Pude comprobar muy pronto que no exageraban, aunque conseguí trabar amistad con un grupo de soldados comunistas de una de sus tres divisiones; pero cuando les pedí que me ayudasen a relacionarme con camaradas de las otras dos divisiones me dijeron que no lo creían conveniente: “Allí predominan los anarquistas y no les gusta que nos organicemos” –me dijeron. Una advertencia precavida que me recordó la conversación con Togliatti en Castellote; comprendí en la práctica, que arrastrábamos desde los tiempos de las milicias y aún más atrás, de

tiempos históricos, el estigma de la rivalidad política. De todas formas, establecí contactos con algunos comisarios y oficiales de las divisiones 30, 31 y 32, pero lo cierto es que la última fase de la última batalla de Cataluña se resumió en un continuado repliegue de las mermadas unidades republicanas. El 25 de enero de 1939 el enemigo alcanzó el río Llobregat y dejó con ello expedito el camino a Barcelona. La idea de que se pudiera repetir en la capital de Cataluña algo semejante a lo ocurrido en el Madrid de noviembre de 1936 no pasaba de ser una pura quimera, como lo era la pretensión de levantar una sólida línea de defensa.

No teníamos ni reservas operativas ni armas para equiparlas en caso de que las tuviéramos: se necesitaban cien mil fusiles para dotar a la infantería republicana, pero no se había recibido ni uno solo en muchos meses. En base a la documentación hoy disponible puede afirmarse que durante toda la guerra de España el gobierno republicano sólo pudo adquirir una mínima parte de lo imprescindible para sostener una guerra defensiva, pero no cabía ni pensar en una de corte ofensivo. El investigador británico Gerald Howson afirma que los niveles de equipamiento de material de guerra entre los dos bandos “estuvieron tan desequilibrados en contra del gobierno de la España republicana que tendría que reescribirse en justicia mucho de lo publicado en torno a esta guerra y a sus acciones bélicas”

Tomo estos datos del libro de Gerald Howson¹, según el cual “en torno a la venta de armas a la España republicana se tejieron redes de tupida intriga, corrupción, sobornos, y otros espantos que dejan chicas las más fantásticas novelas de espionaje”; y en estos horrores se involucraron altos funcionarios, sin olvidarnos –pienso yo– de los gobernantes de Francia y del Reino Unido, impulsores de la política de “No Intervención” sumamente hipócrita y claramente sesgada en contra de la República”, como tampoco se puede omitir la política de Estados Unidos, que apostó sin rebozo por los generales sediciosos que se habían levantado contra el gobierno legítimo español.

Más tarde, el presidente Roosevelt reconocería que había cometido un “trágico error”, pero eso ya no nos podía servir de

¹ Howson, Gerald. “Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española”.

consuelo. El contraste con tanto error y tanta intriga lo protagonizó la Unión Soviética, que ayudó hasta el último instante a la República. Y lo pusieron también los brigadistas internacionales, que salvaron con su inolvidable solidaridad el honor de sus países de origen.

Pero estábamos llegando ya al resultado final de aquel drama. Como dijera por aquellos días el doctor Negrín, jefe del gobierno republicano, el “heroísmo desarmado” no bastó para resistir el embate del fascismo rearmado.

Ya desde mediados de enero los dos ejércitos de Cataluña –tanto el del Ebro como el del Este– no hicieron ni podían hacer otra cosa que ir replegándose ordenadamente, desatar algún contraataque rápido de vez en vez e ir volando puentes y nudos de comunicación para frenar su avance. Yo tuve que trasladarme al sector de Barcelona convocado por camaradas de la comisión político-militar. La idea era organizar focos de resistencia en el interior de la ciudad; era evidente que aquello no pasaba de ser un impulso bienintencionado, pero desnudamente voluntarista. Hubo pues que renunciar a la quijotesca pretensión. Así lo aconsejaron el Estado Mayor y el gobierno republicano, que ordenaron la evacuación de las dependencias administrativas y el repliegue de las tropas hacia la región de Figueras. Para mí una de las consecuencias de aquella cita en Barcelona fue quedarme descolgado del XI Cuerpo, que aislado del resto de las tropas de Cataluña en la zona de Puigcerdá, aún se mantuvo varios días en aquel enclave pirenaico. Además se había producido un relevo de mandos: el nuevo jefe militar del XI cuerpo era Manuel Márquez.

Con él cuando aún era capitán, había empezado yo en la sierra del Guadarrama primero y en el batallón de la Victoria después. Me hubiese gustado terminar aquella guerra a su lado, después de casi tres años de pelea, aunque la perdiésemos. Me hubiese gustado estar con él, en aquel último bastión de la Cataluña republicana, el día 10 de febrero y el 11, y el 12, editando los últimos números del periódico Independencia, llamando a mantener en alto la moral de los combatientes. Era, ciertamente, el canto del cisne, pero también el canto de los luchadores por la libertad y por la República. Yo crucé la fron-

tera francesa el 9 de febrero, monte a través, por algún lugar de los Pirineos orientales, creo que por Le Perthus, como otros cientos, quizá miles de soldados. Sólo se oía el tronar de un cañón a lo lejos, hacia el sur. Un sol cálido lo envolvía todo. En aquellos meses de luchas y derrotas me había enamorado de Cataluña, de su tierra y de sus gentes; habíamos encontrado allí amigos y compañeros de lucha. Nos ofrecían cobijo en sus hogares y un asiento al lado de la lumbre en las largas noches de escarcha y duermevela donde quiera que fuéramos a parar en nuestras largas marchas.

Cuatrocientas mil personas, dicen que cruzamos la frontera aquellos días, y aún agregan que más de la mitad de la gente era civil: familias enteras huían del fascismo dejando atrás tierras y hogares.

Mientras tanto, en la zona Centro-Sur aún tendría que desplegarse la última y más lúgubre secuencia de la guerra: la sedición del coronel Casado, tan ominosa como la de los generales facciosos en 1936, culpables de aquella sangrienta matanza entre españoles.

Sin embargo, para mí la guerra civil había terminado aquel 9 de febrero de 1939, cuando crucé la frontera una tarde de sol tan suave que hacía más triste la derrota, más desolador el forzoso exilio, más desconsolada la despedida. Dulce Cataluña, terrible España. Y así me vi, no de la noche a la mañana, sino luego de tres años de lucha, convertido en un exiliado a la fuerza. Y con sólo una idea fija: seguiría luchando dónde y como fuera contra el fascismo. No habría adiós a las armas.

Tercer Cuaderno: Guerrillero en tierras lejanas

XII. Dos acogidas: de Francia a la Unión Soviética

La acogida que dispensó la tropa de gendarmes y guardias móviles franceses a los combatientes republicanos derrotados ha sido mil veces relatada y denunciada y a mí me bastaría decir que no tuvo nada que ver con la proverbial *politesse* de los franceses.

Nos fustigaron como si fuéramos prisioneros de guerra hasta un arenal acotado con alambres de espino y vigilado por una nube de guardias, spahí y soldados senegaleses.

En el interior de aquel desolado arenal, unos cuantos barracones de madera. Dentro de estos el piso de tierra para dormir. Fuera, el frío y el viento de tramontana, bombas impelentes para extraer una especie de agua gorda para beber. Y más allá las letrinas, unas zanjas a cielo abierto que Jesús Izcaray, nuestro jocosos escritor y periodista, tuvo la humorada de llamar Avenida de los Ojos Negros. Así eran los campos de concentración de Saint Cyprien, a veinticinco kilómetros al sur de Perpiñán. Otros compatriotas habían sido internados en campos concentracionarios improvisados en Argelés y Barcarés.

Lo primero que decidimos un grupo de camaradas fue crear el comité del partido de los campos. Había que llenar de actividad política y cultural las horas vacías, impedir la desmoralización, romper el aislamiento y buscar apoyos para facilitar la salida de compañeros, incluidos los brigadistas internacionales, hacia los países que brindasen su hospitalidad. En algunas de estas tareas recibimos la ayuda impagable de los combatientes de la antigua Catorce división, gente curtida y audaz como José Gros, el guerrillero autor del libro autobiográfico “Abriendo Camino”. Gracias a estos hombres, para los cuales las alambradas de púas de Saint Cyprien eran un coladero, pudimos enlazar

con los adelantados de la dirección del partido en Elne y evacuar a los primeros brigadistas.

Y aquí es de justicia reconocer que con el paso de los días también había empezado a relajarse la inicial dureza de trato de los gendarmes. Más de uno buscó la ocasión de conocer mejor lo que había sido la guerra de España hablando con nosotros.

Pero, sobre todo, les inquietaba el peligro, casi tangible, de la guerra que se cernía sobre Francia y el mundo entero; empezaban a sospechar que sus gobernantes habían cometido un grave error regateando la ayuda a la España democrática en lucha.

En Saint Cyprien estuve tres meses y pasé de todo, en primer lugar frío y hambre, con una dieta a pan y agua y sardinas en lata. A pesar de los pesares también obtuve compensaciones. La primera fue conocer a Sol Aparicio. Ocurrió que yo me instale en el campo 12, pero al atravesar un día el campo 14, me abordó un combatiente republicano del cuerpo de aviación: —“¿Tu eres hermano de Armando?”. No me lo podía creer.

Siempre había pensado que Armando y yo no nos parecíamos en nada, pero me respondió que teníamos un inconfundible aire de familia. Se llamaba Sol Aparicio, era mecánico de aviación y había tenido que entrar en el campo con su furgoneta, cuando la aviación republicana ya no tenía ni pistas donde aterrizar. Semienterró su furgoneta en la arena del campo 14, convirtiéndola así en su residencia. Era, al parecer, un buen amigo de Armando y enseguida me brindó su refugio: “Ven a la furgoneta, cabemos los dos y estarás mejor que en la barraca”. Y con él estuve en el campo 14 hasta el final.

El segundo encuentro fue igual de sorprendente: ¿quién nos iba a decir, a mi primo Horacio y a mí, que estábamos los dos (sin saberlo) en el mismo campo de concentración francés a miles de kilómetros de Gijón, nuestra patria chica? Me habían invitado a la apertura de una exposición de dibujos, en un barracón de uno de los campos. Resultó que el expositor era el pintor gijonés Germán Horacio, amigo de la infancia y miembro de la familia. Hacía seis o siete años que no nos veíamos. Fue un golpe de azar de los que te hacen repetir aquello de: el mundo es un pañuelo y una caja de sorpresas. Horacio pudo más tarde exiliarse a Méjico, y yo a la Unión Soviética. Y esta

sería la tercera y gran sorpresa de Saint Cyprien: recibí de pronto la inesperada noticia: había sido propuesto por el partido para ir a Rusia, que nos ofrecía acogida. Y todo fue muy rápido: despedida de camaradas y amigos, viaje en tren hasta El Havre, donde nos esperaba el barco soviético María Ulianova. Era el 4 de mayo de 1939 cuando partimos rumbo a Leningrado, hoy de nuevo (o de antiguo, ¡quien lo iba a decir!) San Petersburgo. Comenzaba el largo exilio.

La casa de reposo de Sanki pertenecía al sindicato minero de Ucrania, pero aquel verano fue destinada a los excombatientes españoles. Durante tres meses pudimos descansar y reponer fuerzas, reflexionar sobre todo lo que habíamos vivido y estudiar el ruso. Los ciudadanos soviéticos nos acogieron con inolvidable simpatía y crearon para nosotros las mejores condiciones de vida posibles en su tierra.

No se había acabado la racha de las sorpresas: en el mes de junio llegó a Sanki un nuevo grupo de españoles, esta vez procedentes de Orán. Alguien me dijo: “Ahí viene tu hermano”. En efecto, allí estaba Armando, respirando sosiego y satisfacción, como si fuera lo más normal del mundo encontrarnos en un pueblecito de Ucrania, tan lejos de España. Me contó su odisea: el golpe casadista había arruinado las posibilidades de resistencia de la zona centro. La disyuntiva hubiera sido oponerse con las armas, que sería tanto como encender otra guerra, un doble fratricidio, que haría más sangrienta y humillante la derrota. Las unidades que se plegaron a los designios de la junta de Casado tuvieron que cumplir el triste cometido de represores de quienes habían sido hasta entonces camaradas de combate. Algunos jefes, oficiales y comisarios leales fueron encarcelados por aquellos y entregados al enemigo. Y hubo casos en los cuales los franquistas fusilaron a los encarcelados y a sus carceleros.

Mi hermano consiguió escapar de aquellos horrores, llegar al puerto de Alicante y embarcar en el penúltimo barco que se hizo a la mar antes de que los fascistas italianos ocuparan la ciudad. Era el barco inglés Stanbrook, que llevó a los fugitivos a Orán, desde donde fueron trasladados al campo de concentración de Bogharí, a las puertas mismas del Sahara, y en aquel campo estuvo hasta que un día le comunicaron que su nombre figuraba en una relación de invitados a viajar a la Unión Soviética.

tica como exiliados políticos. Así fue como nos reencontramos los dos hermanos, un maravilloso día de junio de 1939 en una casa de reposo de los mineros ucranianos, cerca de Jarkov.

Pero pronto volverían a bifurcarse nuestros caminos: a mediados de agosto Armando ingresó en la escuela política de Plániernaya, en Moscú, y yo marché en septiembre a la fábrica de tractores de Cheliabinsk, una nueva ciudad industrial más allá de los Urales, donde empieza la inmensa Siberia. La fábrica era uno de aquellos gigantes nacidos en la cuna de los planes quinquenales y daba trabajo a más de treinta mil obreros. Los directivos nos recibieron con los brazos abiertos, se interesaron por nuestras profesiones respectivas, que sospecho les defraudaron: ninguno de nosotros era metalúrgico, que era lo que ellos necesitaban.

A esta ciudad siberiana fuimos destinados por los sindicatos cinco españoles: Cipriano González (carpintero), Francisco Gullón (universitario), José Parra (panadero), Diego Pastor (creo que era administrativo), y, en fin, yo, como ya he contado diseñador de muebles y cosas así. Cuando en Sanki los amigos de los sindicatos soviéticos me habían preguntado por mi profesión les dije si había posibilidad de trabajar como diseñador de muebles. Casi se enfadaron: “¿Crees que en el socialismo no se fabrican muebles?”

Tenían razón, se fabricaban. Pero yo fui enviado sin más circunloquios al taller de forja, con mi amigo y camarada Francisco Gullón (el estudiante). La primera vez que vimos aquello quedamos impresionados: era una nave inmensa, con una fila de martillos neumáticos a cada lado, vomitando chorros de vapor y de chispas, vaharadas de fuego saliendo de la boca de los hornos donde se caldeaban las barras de acero, y, dominándolo todo, el multiplicado trueno de veinte martillos pilones golpeando el metal al rojo vivo. Cuando entraba en acción el martillo gigante donde se forjaban los cigüeñales temblaba la fábrica entera.

Bueno, pues en ese taller trabajamos durante varios meses mi amigo Gullón y yo. Lo tomamos con espíritu deportivo, él como forjador y yo como hornero, convencidos de que era un trabajo digno, un modo de ganarnos el pan y la forma de aportar un grano de arena a la obra titánica de edificar una sociedad

socialista, esa meta que allí nos parecía tan soñada como todavía lejana. Supongo que fue la directiva de la fábrica la que, al cabo de un tiempo, llegó a la conclusión de que ninguno de los dos habíamos nacido para forjadores.

Creo recordar que Gullón fue destinado a un taller de mecánica y yo a otro, aunque luego me propusieron trabajar como dibujante. Pintaba carteles de gran formato que se exhibían a la entrada de la fábrica, una especie de grandes caricaturas criticando los defectos más comunes de los trabajadores: la desmedida afición al vodka, el absentismo y cosas así. Trabajaba a las órdenes directas del secretario de la organización sindical, que conocía bien y padecía a diario las consecuencias de tales fallos. Esta crítica caricaturesca desempeñaba un papel educativo, pero no hacía ninguna gracia a los que se sentían aludidos.

En Cheliabinsk, en la misma casa donde nos alojaron, encontramos un pequeño colectivo de antifascistas italianos, austriacos y alemanes y otro de españoles: un marinero del barco San Agustín, que quedó anclado en Odessa, y cuatro alumnos de una escuela de pilotos de aviación a los que el final de la guerra sorprendió en Rusia cuando aún no habían terminado sus estudios. Todos ellos llevaban varios meses en la ciudad siberiana y trabajaban en la fábrica de tractores. A través de estos nuevos amigos españoles trabamos amistad con algunas muchachas rusas. Una de ellas me invitó una tarde a tomar una taza de té en su casa. Se llamaba Alexandra, Shura para la familia y las amistades, vivía en un apartamento con su madre y su hija Galia, una niña de apenas dos años con unos maravillosos ojos verdes, y trabajaba en las oficinas de la fábrica.

Aquella taza de té fue el preludio de una relación íntima: la visitaba con frecuencia, tomábamos té en un velador donde ronroneaba un samovar y charlábamos o más bien intentábamos charlar; en realidad, Shura fue mi profesora de ruso. Al cabo de unos meses, cuando se había consolidado una relación de verdadera amistad, me propuso vivir juntos en su casa. Acepté no sin titubeos porque sabía que tarde o temprano llegaría la inevitable separación. Se lo dije: —“Ten en cuenta, Alexandra, que soy un ave de paso; cualquier día me llegará la señal de emprender el vuelo otra vez”. Creo que ella aceptó aquella perspectiva como algo fatal. Coincidimos los dos en que sería una cobardía

sacrificar el presente por el temor de lo que pudiera depararnos el mañana.

Alexandra –Shura, según el diminutivo cariñoso de los rusos– me presentó a alguna de sus amistades y tuve así ocasión de conocer de cerca cómo vivían y pensaban los soviéticos. La mayor parte trabajaban en las grandes fábricas de la ciudad, o bien en la sanidad o la enseñanza. Sus ingresos eran modestos pero todos tenían trabajo.

Aseguraban que a comienzos de los años treinta habían notado una clara mejoría del nivel de vida, pero que después de la ascensión de Hitler en Alemania y del comienzo de la guerra en España habían vuelto a las dificultades. ¿Su gran sueño? Que les dejaran vivir en paz.

Pero alguien jugaba sucio. En abril de aquel año de 1939 la URSS había propuesto al Reino Unido y a Francia un acuerdo político-militar para organizar un sistema de seguridad colectiva que pusiera freno a la agresividad hitleriana, pero la iniciativa soviética fue rechazada. En realidad llovía sobre mojado: ya en 1938 las potencias occidentales habían rechazado la proposición de un acuerdo de seguridad para impedir la entrega del territorio de los Sudetes al Reich. Muchos llegamos a pensar que los gobernantes ingleses y franceses de aquella época eran más proclives a mirar para otro lado cuando Hitler avanzaba hacia el Este, hacia las fronteras soviéticas, que a dar el alto de una vez al expansionismo agresivo del fascismo. Fue entonces cuando el gobierno soviético respondió con un giro diplomático que causó estupor: en agosto de 1939 firmó el pacto de no agresión con Alemania. Aplaudido por unos y vilipendiado por otros, el pacto venía a romper de momento el aislamiento que la diplomacia de Inglaterra y Francia venía tejiendo en torno a la URSS y conjuraba el peligro de formación de un frente imperialista contra el país de los Soviets.

Viví desde el interior de una fábrica rusa la reacción de los trabajadores de allí: en principio, creo que el pacto con la Alemania nazi no entusiasmó a nadie, pero la gente razonaba que les proporcionaba un respiro, aunque no la garantía de la paz. La guerra se echaba encima, pronto tendrían que salir tanques de las cadenas de producción, en vez de los pacíficos tractores,

pero entre tanto la Unión Soviética ganaba unos años de tregua para preparar sus defensas y reforzar sus fronteras.

A todo esto, en mayo de 1941 el partido me convocó a unos cursos de ciencias sociales en Moscú. Tenía que dejar la fábrica de tractores de Cheliabinsk y despedirme de Alexandra; había llegado la presentida hora del adiós. Ni siquiera sabía si volvería a verla porque para mayor confusión recibimos la orden de ocultar a todo el mundo nuestro destino, con un exceso de secretismo, molesto e injustificado, tan propio de la burocracia ya que el tal destino no era otro que la escuela de Plániernaya, donde se seguían estudios de marxismo, filosofía, historia, economía política, idiomas y otras humanidades. Pero así venían las cosas y así había que aceptarlas, de modo que crucé nuevamente los Urales, esta vez rumbo a Moscú, en compañía de Cipriano González, José Parra y Diego Pastor. Más tarde saldría para Jarkov Francisco Gullón a fin de proseguir sus estudios en el Instituto de Idiomas Extranjeros. En realidad la escuela de Plániernaya había sido destinada por la Internacional Comunista a los militantes del partido español, como una forma de aprovechar lo que se suponía sería un largo exilio, para elevar nuestra preparación cultural con un programa intensivo de estudios en régimen de internado y un cuadro excepcional de profesores.

Por cierto, allí volvieron a confluir nuestros caminos, el de Armando y el mío: mi hermano terminaba entonces el segundo año de estudios; yo me disponía a iniciar el primero. Pero no fue posible: en mayo empezaron las clases, un mes más tarde, el 22 de junio de 1941 Alemania lanzó un violentísimo ataque contra la Unión Soviética, violando el pacto de no agresión firmado dos años antes, rompiendo las defensas rusas y penetrando en profundidad por el norte, el centro y el sur de la tierra soviética. Los excombatientes españoles imaginamos de golpe la tragedia que se abatía sobre el pueblo soviético, sobre Europa y sobre el mundo. Sentimos otra vez el viento de la guerra. Otra vez el fascismo, un nuevo episodio de una historia que había empezado el 18 de julio de 1936 en España. Esta guerra era también nuestra guerra. Esta guerra no se podía perder.

XIII. Otra vez la guerra. La Cuarta Compañía.

Los alumnos de la escuela de Plániernaya nos integramos en las primeras levadas de voluntarios: en pocos días se creó la llamada “Cuarta Compañía” en el estadio del club “Dínamo” de Moscú, como parte de la brigada de designación especial, compuesta por jóvenes deportistas de los clubes Dínamo y Espartaco, antifascistas extranjeros exiliados de Alemania, Italia, Polonia, Hungría, Austria, Yugoslavia, Bulgaria, Checoslovaquia y otros países; y entre estos voluntarios estábamos los españoles. Allí estaba mi hermano Armando, allí mis camaradas de Cheliabinsk y mis condiscípulos de Plániernaya: ciento veinticinco en total. El capitán era Pelegrín Pérez Galarza, hombre templado; era un antiguo obrero valenciano, natural de Buñol, que durante la guerra civil había sido uno de los mandos del XIV Cuerpo de Ejército de guerrilleros. Y como guerrillero murió años después en España, en el curso de las acciones de la Agrupación Guerrillera de Levante. La Cuarta Compañía fue acuartelada cerca de Moscú, en lo que había sido una escuela de guardafronteras. Pero allí hubimos de atemperar nuestros ímpetus guerreros: los soviéticos no tenían prisa por mandarnos al frente. —“Vosotros hacéis falta en España”, —nos decían.

Estaba bastante extendida la opinión de que los rusos nos habían metido en aquella brigada especial de la NKVD para protegernos, y que sólo nos mandarían al combate en casos límite. Eso es lo que ocurrió cuando los alemanes llegaron a las puertas de Moscú, en el invierno de 1941-42. Fue entonces cuando la Cuarta Compañía fue trasladada en plena noche a la capital soviética y alojada en la casa de los sindicatos, un palacete neoclásico situado en el centro de la ciudad, no lejos del Kremlin. Dentro, la famosa Sala de las Columnas estaba llena de gente armada: voluntarios de los países bálticos, de Alemania, Austria, Italia y los países balcánicos; algunos de aquellos hombres se habían batido en las brigadas internacionales durante la guerra de España.

Éramos, pues, antiguos camaradas de combate, habíamos participado juntos en la defensa de Madrid y juntos desfilábamos ahora por las calles de Moscú, al son de las canciones de nuestra guerra. Participábamos de alguna manera en la defensa

de Moscú realizando tareas de vigilancia y algunas descubiertas por los bosques, caminos y poblados de la periferia, pero no llegamos a entrar en combate. La contraofensiva soviética de aquel invierno barrió a las tropas hitlerianas. Dicen que allí quedó, entre las nieves, medio millón de alemanes. La Wehrmacht le echó la culpa al frío, al “general invierno”: lo cierto es que sufrió su primera derrota estratégica grave. Después los de la Cuarta Compañía fuimos devueltos a nuestro acuartelamiento, a 20 kilómetros de Moscú. Y allí seguimos un mes y otro, estudiando el armamento, la táctica y la estrategia, rumiando el aburrimiento y el cabreo. No se olvide que sólo pedíamos luchar en primera línea a toda costa, que éramos jóvenes, impacientes y estábamos incurablemente enfermos de romanticismo revolucionario. Hasta que un día recibimos con alborozo la orden de marcha. Nos trasladábamos a Transcaucasia, donde el ejército soviético iniciaba una gran operación para desalojar a los hitlerianos, que estaban ya cerca de Vladikavkaz, la capital de Osetia septentrional.

El viaje al Cáucaso duró más de un mes y fue algo memorable. El convoy militar que nos llevaba tuvo que recorrer miles de kilómetros para sortear las zonas calientes donde hervía la guerra, porque los alemanes habían cortado las vías más directas de Moscú con el Cáucaso y atacaban ya –era el verano de 1942– la ciudad de Stalingrado, en el Volga; así que de Moscú fuimos a Kuybishev, hoy Samara, de allí a la república de Kazajstán, hacia el mar de Aral y más allá, hasta Tashkent, la capital de Uzbekistán; dejamos atrás Samarcanda y pasamos a Turkmenistán para llegar a Krasnovodsk, puerto turkmeno del mar Caspio; y cruzamos allí a Bakú en la orilla occidental y, de nuevo por tierra, a Tbilis. Un viaje inolvidable, extenso en el tiempo y en el espacio.

Una vez en la capital georgiana nos alojaron en el estadio del club Dínamo, acondicionado para el caso. Nos rodearon de atenciones y reanudamos los ejercicios teóricos y prácticos, hicimos marchas por las montañas y visitamos la tumba de José Díaz. Pero aún nos sobró tiempo para conocer la ciudad y para asistir a una representación de “Carmen”, de Bizet, en la ópera de Tbilis. En estas y otras actividades y entretenimientos pasaban los días y las semanas, de modo que a pesar de todo el trato

excepcional que recibíamos, otra vez se fue acumulando la impaciencia, que estalló un día en forma de motín: exigimos por enésima vez que nos trasladaran al frente y sin pensarlo mucho, subrayamos nuestro disgusto tirando unos colchones por la ventana.

Fue desde luego la reacción temeraria de unos cuantos entre los cuales estaba yo. Pelegrín, nuestro capitán, nos recordó que habíamos asumido voluntariamente la disciplina militar y que no jugásemos con fuego. Días más tarde apareció por el acuartelamiento un comandante de la NKVD para saber si aquello había sido un simple arrebato espontáneo de los impulsivos “ispantsi”. Creo que habló con cada uno de nosotros por separado; a mí me preguntó las razones de aquel plante, me dijo que como veterano debía saber que no se pueden emplear formas de protesta inaceptables en el ejército. Le respondí, más o menos que lo sabía, pero que habíamos llegado a la conclusión de que era la única manera de que atendieran nuestra petición de ir al frente.

Al final de aquellas conversaciones y reconvenciones llegó a la conclusión de que éramos algo insensatos, pero gente noble y franca. La protesta dio resultado: a los pocos días nos trasladaron al frente.

Luego vinieron las largas caminatas por las serranías caucásicas, las noches a la intemperie, con temperaturas de muchos grados bajo cero en Osetia del norte donde, en algún lugar de aquellos montes pasé la noche más fría de mi vida, un frío implacable que casi hacía llorar. Por fin, después de varios días de marcha, acampamos cerca de la línea del frente. Yo tenía los pies llenos de llagas, de modo que después de tanto protestar, cuando al amanecer la Cuarta Compañía entró en combate, tuve que quedarme en la improvisada enfermería, acompañado por Parrita, mi viejo amigo y camarada Parra.

El resto de los compañeros volvieron al campamento aquella misma tarde, contando que aquello se había reducido a un tremendo duelo de artillería. No hubo bajas españolas, no se movieron de sus parapetos. Los alemanes retrocedieron y ya no dejaron de hacerlo hasta abandonar las montañas del Kasvek y la llanura del Kubán. Nosotros fuimos también en pos de la

vanguardia, hacía el noroeste, a lo largo del río Kubán; recuerdo que acampamos unos días en una pequeña aldea de labradores y pescadores cerca de Armavir, en la que organizamos el trueque de sal por los hermosos lucios del río, porque con la guerra aquella zona se había quedado desabastecida de sal, de té, de azúcar y de tantas cosas. Pero, aparte del trueque, practicamos allí con éxito la captura de ranas. Había en la 4ª mucha gente del campo, andaluces, extremeños, manchegos, expertos en cazar ranas, pajarillos, liebres, todo lo que ayudase a matar el hambre, aunque alguna vez fuese gato en lugar de liebre lo que cayese. Los gatos no se comían.

De las ranas, las ancas. Y como cuando el diablo no tiene qué hacer con el rabo espanta moscas, así nosotros espantábamos la inacción cazando ranas, para pasmo y asco de nuestros compañeros rusos, alemanes, ucranianos y demás, por lo cual un día les invitamos a probar un guiso de ancas de ranas. Fue todo un festín al que no faltó el jefe de la Brigada Especial, coronel Orlov. Creo que comieron todos con cierta aprensión, pero dijeron que estaba delicioso.

En febrero de 1943 los rusos liberaron Krasnodar, Rostov y Voroshilograd. Los españoles seguíamos en el segundo escalón, realizando tareas de vigilancia y alguna descubierta. Cuando arribamos al Cáucaso se hablaba de que nuestra misión era “preparar la voladura de los pozos petrolíferos” si llegasen a correr peligro de ocupación por los alemanes; ahora, en abril de 1943, los alemanes habían sido desalojados de las montañas caucásicas y del Kubán. El frente del Cáucaso septentrional desapareció y los de la Cuarta Compañía recibimos la orden de ir a Krasnodar, para desde allí trasladarnos a Moscú, pero esta vez pasando por Stalingrado, ya liberado. Los agresores habían sufrido allí la más tremenda derrota.

Llamada antiguamente Tsarítsino, Stalingrado luego, Volgogrado más tarde y ahora nuevamente Tsarítsino (algo así como ciudad de la Zarina, ¡qué mudanzas nos trae la vida!), antes hermosa ciudad que se miraba en las aguas del Volga a lo largo de varios kilómetros, aparecía ahora reducida a una atormentada extensión de escombros, hierros retorcidos y ruinas todavía humeantes. Doscientos días con sus noches habían durado los combates. En cierta ocasión el “premier” británico,

Winston Churchill, reconoció que, “el ejército ruso sacó las tripas a la máquina de guerra hitleriana”. Tenía razón. Creo que la batalla de Stalingrado contribuyó a fondo a esa eventración de la Wehrmacht. Fue allí donde cambió el rumbo de la guerra.

XIV. La muerte de Armando

En el mes de mayo, ya en Moscú, recibí malas noticias de Armando. Alguien me dio a entender que no estaba claro su paradero, lo cual me impulsó a buscar noticias más fiables. Y no tardé en encontrar la fuente de información más directa y segura, Francisco Gullón, mi compañero de trabajo del taller de forja de Cheliabinsk. En septiembre de 1942 el coronel Starinov encomendó a Gullón el mando de un destacamento de guerrilleros en la región de Leningrado. Se trataba de crear un batallón de guerrilleros integrado por tres grupos, que actuarían coordinadamente en la retaguardia enemiga. El primer grupo sería el de Gullón, que en España había combatido en la columna de Mangada, en el Batallón de Octubre, en la División de Tagueña como jefe de información y más tarde, como segundo jefe de Información del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de la zona Centro-sur. El segundo grupo iría mandado por el bilbaíno Vicente Alcalde, que había sido jefe de Brigada durante la guerra española; el tercero lo mandaría un teniente ruso, cuyo nombre nunca aprendí.

Los tres deberían coordinar sus acciones en el triángulo Leningrado-Chudovo-Lugá, pero nunca llegaron a reunirse: el grupo de Alcalde fue descubierto, rodeado y exterminado por los alemanes a los pocos días de adentrarse en la retaguardia enemiga.

En el cerco murió Alcalde y su segundo, Diego Pastor, que había sido comisario de la 3ª División en la guerra de España y también compañero mío en los colectivos de Cheliabinsk y Plániernaya. De cuarenta hombres sólo dos se salvaron.

En el tercer grupo, mandado por un teniente soviético como queda dicho, iba sólo un español, mi hermano Armando. Gullón me contó con algún detalle lo ocurrido: cuando recibieron la orden de trasladarse al otro lado del frente Armando convalecía

de una recaída de fiebres palúdicas, que sufría desde el año 1935, recuerdo de unas vacaciones a orillas del río Alberche. En vano le aconsejaron el médico y el jefe del grupo que terminara de curarse, antes de aventurarse a una prueba que difícilmente podría aguantar; Armando aseguró que se encontraba bien y, al final, salió con el grupo, cruzó la línea del frente y aún profundizó unos kilómetros, hasta llegar a un punto en que no pudo más. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había cometido un error funesto; él no podía seguir, pero el destacamento no podía pararse y aún quedaban kilómetros y kilómetros de marcha con los esquís por campos nevados. El teniente ruso le convenció de que diese la vuelta aprovechando el retorno de los guías que les habían conducido hasta allí. Así se acordó; era noche cerrada cuando volvieron a cruzar la línea, pero los alemanes les descubrieron y abrieron fuego. A mi hermano le alcanzó una ráfaga de ametralladora en el vientre.

A partir de ahí todo es confusión. Alguno de los guías afirmaba que no se le pudo evacuar y murió desangrado en la nieve. Otros, tal vez más piadosos, aunque menos veraces, creían que se le había evacuado a nuestra retaguardia. Las pistas se borraban porque alguno de los guías que acompañaban a Armando aquella noche aciaga también había muerto. Pero Gullón aún dejó una puerta abierta a la esperanza: ¿Quién te dice que no esté en uno de esos hospitales de la retaguardia profunda de este país inmenso?

Yo mismo tardé no meses, sino años en aceptar su desaparición. Recordaba la última vez que nos habíamos visto. Él se iba al movimiento guerrillero, yo marchaba al Cáucaso. Paseamos largamente por el bosque de la Escuela de Guardafronteras. Armando, de habitual alegre y ocurrente, estuvo serio y extremadamente afable.

Recordándolo a distancia, era como si presintiese que aquella podía ser la despedida definitiva y como si esa preocupación cubriese con una pátina de tristeza su manera de comportarse. Tal vez por eso recuerdo con frecuencia su muerte absurda, desangrándose en medio de la noche, en un campo nevado, como una muerte triste, muy triste. Al final de la guerra, cuando por fin regresé a Moscú en 1945, quise hablar nuevamente con Gullón que me había prometido seguir haciendo pesquisas so-

bre el paradero de Armando, pero ya era tarde: Francisco Ernesto Gullón había muerto. Era uno de los camaradas más cultos, valerosos e inteligentes de cuantos traté en aquel tiempo y en aquellas tierras, y sin duda, el jefe español de partisanos más destacado de la guerra soviética contra los agresores hitlerianos. Después de seis meses consecutivos en campo enemigo, donde escribió uno de los balances combativos más asombrosos de la guerrilla, recibió, como Armando, una herida en el vientre cuando estaba a punto de alcanzar las trincheras de los nuestros. El 1º de mayo de 1943, 20 días antes de que yo hablara con él en Moscú, escribía en su diario: “Segundo 1º de mayo en guerra. Me encuentro solo en Jvoínaya. Solo completamente... De los viejos camaradas no queda ninguno”. Seis meses después, el 3 de noviembre de 1943 moría él también.

XV. Guerrillero por tierras de Ucrania

Tal vez por lo que pasó con Armando, aquel verano decidí pedir mi incorporación al movimiento guerrillero. Conmigo lo pidieron otros dos españoles de la Cuarta Compañía; uno de ellos era Segundo Moreno, un madrileño simpático, bromista y dicharachero, pero luchador a carta cabal y un jovencísimo guipuzcoano de los llamados ahora “niños de la guerra”, pero nosotros le llamábamos “Inda” el eibarreta, que había escapado de la casa de niños para enrolarse en la cuarta compañía a luchar contra los fascistas. Juntos ingresamos en una escuela de radiotelegrafistas. Era ya otoño cuando terminamos el curso: aprendimos a recibir y transmitir mensajes por morse, el cifrado de las comunicaciones y los rudimentos de radiotécnica. Recibimos también una maleta de 13 kilos de peso con los aparatos simples, pero duros y fiables de los radistas guerrilleros soviéticos. Terminado el curso nos enviaron a Ucrania. En Kiev se encontraba el estado mayor del movimiento guerrillero, pero de momento nos alojaron en Jarkov.

Ocupada por los nazis en mayo de 1942, liberada por los soviéticos en marzo del 43, otra vez perdida y de nuevo recuperada en julio de aquel año, cuando los alemanes tuvieron que renunciar definitivamente a su presa, Jarkov era una ciudad en

ruinas. No había luz eléctrica ni calefacción ni leña siquiera para calentar las casas. Nosotros nos alojamos en la “jata” de una familia koljosiana, a las afueras de la ciudad y, no recuerdo cómo, trabamos amistad con tres ucranianas: dos hermanas y una de sus amigas, muy joven; creo que era hebrea y admirable guitarrista. El deseo de escuchar su música –viejas romanzas eslavas– y el placer de conversar con ellas sirvieron de pretexto para visitarlas cada tarde, cosa que también ellas agradecían, que las noches de las ciudades desbaratadas por el vendaval de la guerra son interminables y encogen el ánimo de las mujeres, condenadas a la soledad. De modo que allí pasábamos las horas oyendo el bordoneo y el llanto de la guitarra, contando cada cual su vida, escuchando historias de desaparecidos o alguna brujería de amor, como la de ver en un espejo (esto era especialidad de las mujeres) la cara de su futuro prometido, a condición de que lo mirase fijamente y durante mucho tiempo en un cuarto oscuro y con una vela por toda compañía. Aquello era como un retorno a la Edad Media. Y así pasábamos las tardes a la espera de la orden de partir, que no tardó en llegar.

Un día recibí disposiciones concretas para mi primera salida. Tenía que incorporarme, cargado con mi radio de campaña, a un grupo operativo que actuaba en la región de Jersón, la antigua Kerset de los griegos, en la desembocadura del Dniéper, a orillas del Mar Negro. Para llegar hasta el grupo tuve que recorrer medio centenar de kilómetros a pie, pues el tren me había llevado hasta la estación de Zaporózhie, creo recordar, pero fuera ésta o Melitopol la parada sería igual a fin de cuentas: a partir de cualquiera de ellas no había –o mejor dicho no encontré– otro medio de transporte que el de las piernas. Había que andar leguas y leguas chapoteando por el barro. Aquellos caminos poco antes transitados por miles de camiones, coches, motos y tanques se veían ahora convertidos en solitarios ríos de barro: el tráfico se había desplazado, con el furor de los combates, hacia Occidente. Rendido de fatiga pedí cobijo en la casa de una familia campesina, cuando se ponía el sol. Recibí una acogida amistosa, una cena caliente y una cama de sábanas limpias. Comprobé que quedaba mucha gente buena por el mundo. A la mañana siguiente les dejé mi racionamiento de soldado en prueba de gratitud y seguí mi camino. También el jefe del grupo

operativo me recibió con un suspiro de alivio. Trabajé unas semanas transmitiendo y recibiendo mensajes, pero el peligro de quedar atrapados otra vez en la retaguardia del ejército enemigo se había desvanecido y muy pronto recibí la orden de regreso a Kiev.

Desde una agrupación guerrillera que actuaba en los grandes bosques de la Ucrania subcarpática pedían con insistencia un radista y fui yo el designado para ir. Los bosques a los que me refiero se encuentran en la parte suroriental de Galitzia, región que había sido de antiguo tierra ucraniana. Desde el siglo VII perteneció al principado de Kiev, y de ahí que apareciese desde la alta edad media como un floreciente principado ruso –recordemos la época de la “Kievskaya Rus”, cuna de la antigua Rusia– pero sufrió muchas particiones, como acontece con las zonas fronterizas, y pasó de mano en mano al correr de los siglos: primero, por la anexión promovida por la alianza polacolituana en 1340; después, por los repartos de Polonia entre Prusia, Austria y Rusia en el siglo XVIII. Además, en 1814 Austria se anexionó Galitzia. Rusia la recobró en la primera guerra mundial y la cedió a Polonia en 1919. Esa era la situación de 1944, cuando yo la conocí.

Recobrando el hilo de mis recuerdos, he de reconocer que el viaje a aquellos bosques entonces de Polonia fue bastante más rápido que la caminata a Jersón. Un atardecer de la primavera de 1944 salí del aeropuerto militar de Kiev en un baqueteado Douglas con una radio de campaña, un macuto y una metralleta. Dos pilotos y yo: no había más tripulantes ni pasajeros. Anocheceía cuando cruzamos la línea del frente, los antiaéreos alemanes descubrieron nuestro vuelo y alrededor del avión empezaron a estallar proyectiles de todos los colores, al tiempo que nos buscaban también ráfagas de balas trazadoras: un espectáculo precioso si no fuera mortífero. Pero volamos muy bajo para esquivarlo y salimos sin daño de aquella cacería. Media hora más tarde, en un bosque que parecía no tener fin, descubrimos las hogueras de los guerrilleros. Era la señal: un abrazo a los pilotos y el salto a las tinieblas. Caí algo lejos del calvero donde ardían los fuegos señalizadores, en el negro bosque, pero pude evitar que el paracaídas se quedara enganchado en las ramas de los pinos. El Douglas aún dio otra pasada para lanzar

el equipaje, provisiones y medicinas. Acababa de plegar mi paracaídas cuando aparecieron los guerrilleros, que me condujeron al puesto de mando. La acogida del jefe de destacamento, Kovaliov, y su comisario, cuyo nombre no logro recordar, dos combatientes todavía muy jóvenes, fue cálida y bien festejada, en seguida propusieron celebrarlo con un buen vaso de vodka. Cuando ya la gente dormía, porque de madrugada había que trasladarse a otro lugar, pues no era prudente seguir allí después de haber encendido hogueras aquella noche, yo me adentré en el bosque buscando acomodo al pie de un árbol. La vodka llamaba al sueño, dormí como una madreña y desperté de amanecida sin saber donde estaba ni como volver al campamento hasta que logré orientarme por los resoplidos y relinchos de las caballerías.

En estos bosques había estado antes el legendario Kovpak, jefe de una enorme formación guerrillera famosa por sus incursiones en Briansk, Kiev, Lvov y otras regiones. En la época que yo estuve acampaban en el bosque hasta veintisiete destacamentos partisanos, los cuales mantenían entre sí una relación asidua, aunque cada cual gozaba de autonomía operativa. Desplegaban una actividad increíble; eran, con perdón sea dicho, una bomba de relojería auto renovable en el culo del enemigo.

Participé en algunas de las incursiones de combate de los pequeños comandos que organizaba a diario nuestro destacamento, cuyo objetivo consistía en la voladura de una vía férrea, o de un puente, o de algún depósito de munición: la finalidad era entorpecer cuanto nos fuera posible los movimientos del enemigo. Se la llamó “la guerra de los carriles”, sobre todo por las grandes operaciones llevadas a cabo en el verano del 1943.

En esta singular guerra se volaron 215.000 carriles ferroviarios y miles de vagones.

Muy pronto trabé amistad con la gente guerrillera, empezando por Nadiuhska, la única mujer del destacamento, radista como yo. La mayoría de los combatientes eran ucranianos o bielorrusos. Trabajadores de las granjas colectivas, algún obrero industrial, algún maestro y algún enfermero, gente sencilla que se había “tirado al monte” ante la invasión hitleriana; y en el monte y en

el bosque se formaron muchos de aquellos destacamentos guerrilleros.

Mi misión y mi trabajo básico era asegurar la comunicación del destacamento de Kovaliov con la Tierra Grande, como allí llamábamos a la URSS. Había que acudir puntualmente a la cita con la emisora de Kiev, que te buscaba y llamaba cada día, muy de mañana, a través del éter, incansable. Y no había excusas de tiempo, o de circunstancia, como no fuera ésta última rematadamente urgente. Más de una vez tuve que transmitir y recibir mensajes en un alto de la marcha, en una zona pantanosa, dándole al morse mientras decenas de mosquitos me abrasaban las manos y la cara sin que yo, ¡triste de mí!, pudiera suspender un solo segundo mi trabajo para tomarme una revancha con aquellos malditos insectos.

XVI. La salida del gran bosque

Creo que fue junio, cuando los días son más largos y más propicios para el ataque, el mes elegido por el mando hitleriano para desencadenar una ofensiva contra los guerrilleros emboscados. El comandante Kovaliov me comentó que los alemanes habían reunido varias divisiones para rodearnos y no me pareció exagerado, pues de día en día se iba notando como se estrechaba el cerco, y a medida que nos aprisionaba nos veíamos forzados a replegarnos al interior del bosque. Mientras tanto, cada noche, tanteábamos el cerco en busca de un punto débil donde pudiéramos abrir una brecha y escapar en la oscuridad, rehuyendo el choque frontal en el que teníamos todas las de perder, pero no encontramos ningún punto muerto, y el cerco iba cerrándose y los días pasaban, de modo que al quinto o sexto día, reunidos los comandantes de todos los destacamentos, convinieron en que no se podía dejar que pasara un día más sin romper el cerco costara lo que costase.

Había en el bosque, además de los destacamentos de cuño soviético, formados por gentes rusas, ucranianas bielorrusas, etc. (yo era una excepción, una “rara avis” entre ellos; pasaba oficialmente por ser dagestaní, pero todo el mundo sabía que era español); había, digo, dos destacamentos de distintos oríge-

nes: uno integrado por polacos de la “Armia Krajowa”, o sea del ejército obediente al gobierno polaco del exilio en Londres; el otro, formado por hombres, mujeres y niños hebreos. El de los polacos era un pequeño grupo de combate; a los hebreos, en cambio, difícilmente se les podría considerar combatientes. Eran gentes de aluvión, familias que habían encontrado cobijo en el bosque huyendo de la persecución gestapista, aunque, sin embargo, desempeñaban un papel importantísimo como intermediarios entre nosotros, los guerrilleros y los vecinos de las aldeas circundantes: ellos podían conseguir lo que les pidieras: tabaco, vodka, harina, huevos, carne. Nosotros les suministrábamos, a cambio, medicamentos y armas. Pero hecha esta presentación vamos a lo que importa: tanto los polacos como los hebreos se negaron a abandonar el bosque. Nuestra insistencia para convencerlos de que aquella podía ser una actitud suicida, de nada sirvió.

Después de una noche de febril preparación para la estampida del amanecer, hicimos todo lo contrario de lo acordado y lo aconsejable: atacamos frontalmente y a la luz del día. Ajustados los relojes para el ataque puntual, abierta la guerrilla múltiple en abanico a lo largo de un amplio sector del frente, avanzando sigilosamente hasta tener al enemigo a tiro de piedra, desencadenamos a la hora exacta del amanecer un huracán de fuego. Saltaron por los aires los puestos alemanes de centinela y por aquel bosque salió en alud, como el “torrente de hierro” de Serafimovich, la mancomunidad partisana del bosque, con su caravana de carretas de heridos, armas y provisiones. Luego, al cabo de un par de kilómetros, los destacamentos se dispersaron, tomando cada cual su rumbo.

Nosotros marchamos tres días con sus noches, sendereando por caminos y trochas boscosos, donde era fácil ocultarse si fuere menester. Al cuarto día me llamó Kovaliov:

—A poco que avancemos por aquí nos damos de cara con Lvov.

—¿No podemos cambiar de dirección?

—Sí, pero volviendo al bosque de donde hemos salido.

Y sin más me largó la papeleta:

—Tú irás delante, al frente de un grupo de seis hombres. Nos irás informando de cómo está el camino de vuelta: marcarás la ruta de marcha.

Con mi radio a cuestas y con mis seis hombres emprendí el regreso; previamente había acordado con Nadiushka las claves de la comunicación: onda, hora y seña, para que recibiese mis informes en su aparato receptor. Los guerrilleros escogidos por el comandante para acompañarme eran combatientes curtidos, que se movían por aquellos entornos como Pedro por su casa, así que, venciendo el cansancio que arrastrábamos, evitando con rodeos los lugares poblados, observando atentamente cualquier atisbo de presencia alemana, llegamos al viejo bosque sin incidencias.

Hacía dos días que los alemanes habían abandonado aquella región, al parecer con bastante prisa. Y también los polacos, aunque no sin haber pagado un alto precio por su empeño en quedarse. Cuando arribamos al bosque todavía encontramos dos guerrilleros polacos pendiendo de las ramas de los árboles, pero ya los compañeros hebreos habían bajado de su mortal colgadero a otros varios y contaban que los alemanes habían tomado prisioneros a otros cuantos. Fueron los amigos hebreos quienes nos contaron lo sucedido: los polacos habían apostado por esconderse en la copa de los árboles, creyendo pasar inadvertidos, pero fueron descubiertos algunos de ellos y fusilados o ahorcados. Al contrario que los polacos, los hebreos eligieron el subsuelo para emboscarse. En una zona pantanosa, en medio de una pequeña extensión de tierra firme, cavaron cuevas y túneles, practicaron aberturas de ventilación, techaron todo aquello con troncos y tablas, lo cubrieron con tierra, ramas y maleza y, para redondear la faena, el jefe de aquella tropilla humana borró desde el exterior las última huellas de la existencia de un subterráneo habitado por unos seres aterrorizados ante la idea de ser descubiertos. Ni los soldados hitlerianos ni sus perros fueron capaces de descubrirlos y apenas desaparecieron los persecutores salieron de la tierra los perseguidos. Como nos dijera el jefe de aquel singular destacamento, con aquella partida de ancianos, mujeres y niños no hubiesen podido ir a ninguna parte. Hicieron lo más sensato, justo es reconocerlo.

Pero el grueso de nuestro destacamento no volvió al viejo bosque. Fui yo, con mi grupo, quien tuvo que dar otra caminata hasta la pequeña villa donde habían acampado. Y allí me encontré con una noticia sorprendente: mi jefe acababa de casarse con Nadiushka, mi compañera radista. Comprendí de golpe por qué Kovaliov me había elegido para encabezar aquella descubierta de retorno al viejo y majestuoso bosque de guerrilleros, alejándome del grueso del destacamento en el momento de lanzarse a solicitar una boda sin duda largamente deseada; entonces me cercioré de algo que sólo había intuido antes, que Kovaliov estaba enamorado de Nadiushka y de que me tenía por un rival peligroso en el corazón de su amada, aunque juro que nunca me había pasado por la cabeza la idea de cortejar a mi joven ayudante ucraniana. Sea como fuere, con aquel encargo me había quitado de en medio. Me hizo gracia la astucia de mi jefe y me alegró sinceramente la felicidad que respiraban tanto él como ella con aquella boda guerrillera que sobrevenía cuando el destacamento daba por terminada su campaña y retornaba a la Ucrania soviética. Yo marcharía con él para volver más tarde a Kiev.

Reflexionando hoy sobre la ausencia de una persecución implacable de los hitlerianos cuando salimos del bosque rompiendo el cerco, así como la relativa tranquilidad con la que mi pequeño grupo pudo regresar después, he llegado a la conclusión de que la clave está en el desencadenamiento de la operación Lvov-Sandomirsk del ejército soviético, que se inició el 13 de julio, poco después de que comenzara la ofensiva alemana sobre el bosque partisano. Estoy convencido de que fue eso lo que les obligó a olvidarse del bosque y de los guerrilleros y emprender la retirada a toda marcha.

Podría cerrar aquí la crónica de mi segunda salida de radista guerrillero, con una especie de final feliz, pero no puedo olvidar el episodio siniestro que cerró nuestra campaña.

Nuestro destacamento recibió, como apunté más arriba, la orden de desplazarse a un campamento ucraniano para disfrutar de un merecido descanso. Marchábamos alegres y tranquilos carretera adelante, hacia la estación ferroviaria, por un paisaje de bosques y montes verdes cuando, al atravesar una pequeña

aldea, alguien abrió fuego sobre nuestros dos guerrilleros que marchaban en descubierta. Uno de ellos cayó fulminado; el otro rodó por el suelo malherido. Volvieron a sonar disparos y a silbar balas sobre nuestra cabeza. Fue el comisario quien gritó:

—¡Cuidado, son los banderovtsi!

Casi seguro que eran ellos, los nacionalistas radicales ucranianos organizados durante la guerra en partidas armadas antisoviéticas, aliadas por extensión con los nazis. Los guerrilleros se abalanzaron sobre las casas de la aldea, una especie de isbas de madera, con techados de cañas y paja: todas estaban vacías, sus habitantes habían escapado al monte ante nuestra llegada. Esto acabó por encender las iras de los más furiosos. No sé quién hizo una antorcha y la arrojó sobre la primera isba. Muy pronto se multiplicó el fuego. Ardieron ocho o diez casas, ensombreciendo el cielo con las columnas de humo negro. Nunca podré olvidar aquel cuadro. Tampoco al joven guerrillero muerto. Era un chico ucraniano que se había sumado a la guerrilla a los 17 años para luchar por su Ucrania invadida. Y ahora, cuando volvía a su casa, en su tierra liberada encontraba la muerte de una manera inesperada y traicionera. El paisaje bucólico se había convertido en un infierno de odio.

XVII. En el levantamiento de Eslovaquia

A poco de regresar a Kiev desde los bosques de la Ucrania subcarpática fui presentado por un oficial del estado mayor de guerrilleros a Sandor Nogradi, miembro del comité central del partido comunista húngaro. Nogradi aparentaba entonces algo más de cincuenta años, tenía el pelo cano, una cabeza de sabio y un hablar pausado y persuasivo. En cuanto nos conocimos me propuso ingresar en su destacamento guerrillero, todavía en formación, para participar en la sublevación que se estaba gestando en Eslovaquia; se trataba de crear un centro de organización y dirección desde allí del movimiento guerrillero de Hungría. Acepté sin pensarlo dos veces: Nogradi inspiraba confianza y recibí su propuesta como un gesto de amistad y distinción.

Efectivamente, a finales de agosto de 1944 estalló el levantamiento eslovaco. Su preparación había corrido a cargo del Consejo Nacional, un organismo creado en 1943 para agrupar a las fuerzas antifascistas de aquel país. Contribuyó al éxito inicial de la sublevación una operación de apoyo del ejército ruso en los Cárpatos, pero la fuerza decisiva fue el movimiento guerrillero eslovaco, que contaba con más de 14.000 combatientes en las regiones oriental y central, así como el alzamiento de un cuerpo del ejército que se pasó a los insurrectos. El levantamiento se propagó con la velocidad y la furia de un incendio, alzando contra los hitlerianos y su gobierno de marionetas a la mayoría de la población de las dos terceras partes del territorio. Fue una auténtica sublevación nacional, que tuvo como centro la ciudad de Banska-Bystrica, capital de la provincia central de Eslovaquia.

Allí aterrizamos una noche, en la pequeña pista de un aeropuerto militar presa por aquellas fechas de una enfebrecida actividad: iban y venían aviones y camiones, coches y gente armada proveniente de todos los acimut: al lado de los eslovacos mayoritarios, había polacos, alemanes, yugoslavos y algún francés que otro. Tampoco yo puedo presumir de ser el único español en la sublevación eslovaca: más tarde supe que allí estuvo Armando Herrero, gijonés como yo, y José Díaz, sobrino del dirigente comunista Pepe Díaz. Pero nuestro destacamento reflejaba también aquella profusión de nacionalidades aunque la mayoría fuesen húngaros. Destacaba, de todos modos, un capitán ruso al que llamábamos Kolia, y otro kazajo; una documentalista ucraniana de origen judío, Tania Samsonenko, y otra jovencísima radista húngara, Eva Rakoshi, emparentada con el entonces secretario general del partido de los trabajadores Matías Rakoshi. Otro personaje húngaro de acusada talla intelectual y humana era Tempe, el jefe del estado mayor, excombatiente de las brigadas internacionales en España. Con su cabeza y su bigote rubios, sus ojos azules y una cierta distinción innata, tenía todo el aire de un barón austriaco y era, sin embargo, un militante entregado a la causa del comunismo. De su paso por España conservaba, además de su brazo herido, una simpatía sin sombras por el pueblo español por el coraje con el que había luchado por la democracia.

La noche del aterrizaje en Banska-Bystrica también yo tuve que arrimar el hombro atendiendo a la descarga de una emisora de emplazamiento estable, que funcionaba conectada a la red, y una pequeña receptora y emisora de campaña, auxiliada por una dinamo portátil. Instalado el estudio en una casa del centro de la ciudad, empecé mi trabajo de radiotelegrafista, que no cesaría hasta que, dos meses más tarde, tuvimos que abandonar, acosados por los nazis, y tirarnos al monte.

Dos meses, en efecto, duraron los combates. Los que vivimos día a día aquella batalla no tardamos en comprender que estábamos condenados a ir cediendo el terreno palmo a palmo, a menos que recibiésemos una ayuda que diese un giro a las cosas, pero la operación Cárpatos-Duklín emprendida por los rusos en auxilio de la sublevación no logró contactar con nosotros, los sublevados, y el 27 de octubre de 1944 cayó Banska-Bystrica, el corazón de la resistencia: se apagó aquella llamada de audacia y libertad.

Días antes Nogradi me había adelantado aquel desenlace: tendríamos que renunciar a nuestra emisora pesada y servirnos en adelante del aparato de campaña. Así lo hicimos: en un contrafuerte de los montes Metálicos enterramos la emisora. Después abandonamos Banska-Bystrica, en cuyas inmediaciones se libraban los últimos combates de los resistentes, y nos adentramos en los Cárpatos rumbo a Hungría.

Empezó una larga marcha en aquel otoño lluvioso, atravesando las fragosidades del Tatra por itinerarios en los que no era fácil, en aquellos tiempos de guerra, tropezarse con un ser humano en muchas leguas a la redonda; dormimos más de una noche sobre la tierra encharcada y sólo de tarde en tarde tropezamos con alguna alquería abandonada donde secar los huesos, o con alguna buena gente que nos acogiese en su casa. Es lo que hizo una familia de molineros una fría noche de noviembre, cuando, después de varios días de marcha, habíamos perdido la esperanza de encontrar un refugio donde guarecernos. Era un matrimonio con dos hijas, que vivía en su gran molino de piedra al pie de una torrentera de la montaña; llamó a su puerta uno de los nuestros y la abrieron de par en par. Nos ofrecieron lo que tenían: un lugar donde calentarnos, pan y miel para matar el hambre y unos tibios edredones de pluma para dormir.

No todo era solidaridad en nuestro camino. Dimos también con gentes que aborrecían a los partisanos, tal vez porque creyeron que éramos una nueva versión de los salteadores de caminos o simplemente porque temían que les hiciéramos daño. Un día, ya en suelo húngaro, a la salida del bosque, dimos con una casa deshabitada, no lejos del camino forestal y cerca, al parecer, de algún villarejo, así que decidimos ocuparla para descansar y explorar el entorno. Tomamos precauciones: se advirtió a todos que nadie saliera al exterior por el momento y se montó la centinela. Al cabo de poco tiempo nos llamó la atención el paso de un carretero que retuvo sus mulas para observar la casa que ocupábamos. Algo había llamado su atención, algún descuido delataba nuestra presencia. Él se alejó y decidimos aguantar allí, aunque en alerta.

Cuando ya creíamos pasada la alarma apareció un camión cargado de soldados frente a nuestra casa. El hombre del carro nos había delatado. Emprendimos la retirada a toda marcha saltando por las ventanas de la parte trasera de la casa, que daban al bosque. Fue una acción rápida y sigilosa. Tuvimos la impresión de que los gestapistas, o gendarmes, o lo que fueren aquellos soldados, acabaron sin aclararse si hubo presencia de guerrilleros en la casa o si todo había sido una falsa alarma.

XVIII. Las peripecias de un radista sin radio

En las primeras semanas de marcha por los Cárpatos nuestra radio de campaña funcionó satisfactoriamente: casi todas las tardes establecíamos comunicación con nuestros interlocutores de Kiev y Debrecen; la energía muscular para accionar la radio la ponía un guerrillero que le daba a la manivela de la dinamo mientras yo hacía mi trabajo de radiotelegrafista, pero un día el guerrillero aquel empleó su fuerza para detener bruscamente el manubrio, el engranaje de la rueda de piñón se fue al diablo y la radio enmudeció. La avería de la dinamo era irreparable en nuestras condiciones y carecíamos de baterías para sustituirla. Imagínense el desastre: nos habíamos quedado sin medios de comunicación en momentos cruciales, cuando salíamos de los Cárpatos a tierra llana y entrábamos en suelo magiar: cuando

más necesario era coordinar nuestras acciones con el movimiento guerrillero húngaro y con los organismos del nuevo poder democrático que se estaba configurando en Hungría, ya que la ciudad de Debrecen había sido liberada por las tropas soviéticas y se había establecido allí el gobierno provisional a fines de octubre.

Entre tanto, nuestro destacamento encontraba el apoyo de trabajadores de la fábrica y la mina en las regiones de Miskolts y Shalgotarian, y también el de los campesinos semiproletarios, entre los cuales aún se conservaba la influencia de las ideas comunistas y socialistas. Eran zonas de fuerte presencia obrera donde hicimos una buena labor de movilización popular contra la ocupación hitleriana. Además, en la zona de Miskolts encontramos un lugar apropiado para el destacamento: una amplia casa solariega de muros de granito que se levantaba en la misma linde del bosque. Allí instalamos el estado mayor del grupo y alojamos a todos los combatientes, cuyo número para entonces había aumentado debido a que quince soldados del ejército alemán se pasaron un buen día a nuestro lado izando bandera blanca. No se sorprendan: se trataba de presuntos “voluntarios”, jóvenes de regiones soviéticas ocupadas, sobre todo de Ucrania y Bielorrusia, que se habían visto forzados a alistarse en el ejército de los invasores para evitar males mayores y que aprovecharon el encuentro con nuestro destacamento para desertar. Todos hablaban ruso y tal vez porque yo también lo hablaba me encomendó Nogradi la tarea de encuadrarlos y ayudarles a formarse una idea de la marcha de la guerra y sus perspectivas y a identificarse con la acción partisana.

Eran buenos chicos y en su compañía intenté varias incursiones para poner en marcha mi radio sordomuda. La primera fue a un pueblo de las cercanías que carecía de luz eléctrica, pero suponíamos que los poseedores de un aparato de radio tendrían baterías o pilas para escucharla y en busca de ellas fuimos. Elegimos para acompañarme a seis de los muchachos desertores porque aún llevaban uniforme de la Wehrmacht y porque chapurreaban pasablemente el alemán. Recorrimos el pueblo casa por casa, presentándonos como soldados alemanes, recogimos todas las pilas de sus aparatos desoyendo las advertencias de las gentes que nos decían que hacia tiempo se habían gasta-

do. Todo muy en el estilo de la soldadesca nazi. Por desdicha, aquella pobre gente no mentía: todo lo que confiscamos era puro desecho y por más que las probamos y conectamos de todas las maneras posibles no logramos que arrancaran un solo suspiro a nuestra radio.

Con parecida finalidad entramos otra noche en un pueblo donde había luz eléctrica. Nos acompañó un guía que nos condujo a la casa de un comunista, un labrador curtido en la lucha desde los tiempos de la revolución húngara de 1919. Meterse en su casa era como colarse en una ratonera. Pero el queso que pretendíamos roer era la corriente eléctrica: se trataba de probar si nuestra radio funcionaría conectándola a la red general. Naturalmente yo era escéptico, pero allá fuimos. Pasamos la noche en vela y pusimos manos a la obra apenas amanecido, probando todas las conexiones imaginables. No tardamos en convencernos de que la corriente de la red no casaba de ningún modo con la que exigía nuestra radio ni teníamos forma alguna de transformarla.

Por si esto fuera poco, a media mañana vimos, a través de los visillos del ventanuco de nuestra pequeña estancia, que deambulaban por las calles soldados alemanes, recogiendo por las casas sacos de verduras o patatas, de modo que pasamos el resto del día encerrados en la última habitación de la casa de nuestro amigo, con las metralletas listas por un si acaso. No se produjo. Por la tarde los soldados se fueron y nosotros aún esperamos a que cayera la noche para marcharnos sin ser vistos. Otro intento que acabó en fracaso.

La última operación de este tipo la emprendimos cuando llegó la noticia de que a unos quince kilómetros de allí estaba operando un grupo guerrillero que acaso pudiera suministrarnos pilas para la radio. Me puse en marcha en su busca, acompañado por cuatro guerrilleros. Cuando creíamos haber llegado al lugar del posible encuentro con el buscado grupo, nos dimos de bruces no con él, sino con los alemanes. Sucedió al entrar en una zona despoblada de árboles, cuando algo me dijo que había que hacer un alto de inmediato: no tanto para descansar como para observar dónde estábamos y qué teníamos a nuestro alrededor; fue un barrunto de peligro, una reacción casi instintiva de alerta, y bien justificada: no hicimos más que sentarnos tras unos matorrales cuando oímos hablar distintamente en alemán

a pocos pasos de nosotros. Y allí les vimos, semiocultos como nosotros entre matojos y arbustos; y más soldados alemanes delante de aquellos, y otros a la derecha y a la izquierda: alemanes por todas partes que, o bien no repararon en nosotros o nos confundieron con parte de los suyos, que no en vano llevábamos, esta vez también, uniformes de su ejército. Por lo visto habíamos caído en medio de un nuevo desplazamiento del frente ocasionado por uno de los entonces cada vez más frecuentes “repliegues elásticos” de los hitlerianos. Lo malo era que no había manera de cruzar aquella zona sin peligro de ser descubiertos ni tenía tampoco sentido intentarlo, porque era evidente que el grupo guerrillero que buscábamos ya no estaba en aquellos parajes. De modo que, procurando no llamar la atención, calmamente, aunque tuviésemos los nervios de punta, nos fuimos por donde habíamos llegado. Poco más lejos, al descender por un barranco, vimos un soldado alemán que nos daba la espalda; iba solo, con un cubo vacío en cada mano, sin duda a cargar agua en algún arroyo cercano. Era una presa fácil, pero pensé que no tenía sentido levantar la alarma con un disparo. Y que tampoco lo tenía matarle así, a sangre fría y además por la espalda:

—Que nadie dispare, dejadle.

Y le dejamos, pero la caminata de vuelta a nuestro destacamento nos recompensó un poco de tanto andar con tan poco fruto: fuimos destruyendo metro a metro, kilómetro a kilómetro la línea telefónica de los hitlerianos, y descubrimos que el teléfono de campaña que estábamos invalidando correspondía a un puesto alemán instalado en un lugar muy próximo al de acampada de nuestro comando.

Aquella fue la última tentativa de poner mi radio en acción y acabó, como estoy contando, en otro fracaso. Informé a Nogradi del resultado infausto de nuestra aventura; recibió la noticia con su proverbial templanza y aún dejó caer palabras de consuelo: “Habéis hecho todo lo que se podía hacer”.

El retroceso de los alemanes ante el ejército ruso modificaba con rapidez, en aquella fase, la situación de los frentes y nos forzaba a movernos ágilmente para no resultar apresados en uno de los famosos repliegues de los nazis. Así nos ocurrió con la

casa solariega del bosque de Miskolts, que tuvimos que abandonar un día y pasar más de una vez del suelo magiar al eslovaco y viceversa, zigzagueando por las marcas fronterizas de la montaña. A pesar de lo cual, una noche ocurrió lo que tanto queríamos evitar: habíamos entrado al atardecer en una pequeña aldea eslovaca, donde los montañeses nos recibieron de buen corazón. Era el 24 de diciembre de 1944, Noche Buena, pero había poco que celebrar. Estábamos agotados y pronto nos recogimos a dormir, distribuidos por las casas de la aldea. Los de la plana mayor nos cobijamos en la primera casa que había a la entrada del pueblo. Nos metimos allí Nogradi y Tempe, el enlace de Nogradi, Molnar, Tania Samsonenko y Eva Rakoshi, el oficial ruso al que llamo Kolia y el kazajo, al que no me atrevo a llamar de ninguna manera porque he olvidado su nombre, y, por último, yo, aunque no descarto que olvide a alguien. Se montaron centinelas en el pueblo y nos acostamos todos en el suelo de una habitación pequeña llena además de mochilas, metrallas, cartucheras y capotes. Yo dejé mi radio en algún rincón y creo que me quedé dormido fulminantemente. Pero a altas horas de la noche empezaron a aporrear la puerta, alguien gritaba en alemán que abriésemos. Nos pusimos de pie en un salto, a oscuras, porque tampoco allí había luz eléctrica. Kolia, el ruso, miró por una rendija de la contraventana: —Fuera hay un batallón de alemanes.

—Vamos a salir todos a la vez disparando. Preparad las metrallas—. El alemán seguía aporreando la puerta y exigiendo que abriésemos sin demora.

Kolia descorrió el cerrojo y grito también en alemán: —Ahora abrimos, Herr, ¡no se impaciente!—. Y abrimos: abrimos la puerta y abrimos fuego. Salimos los ocho en tromba, disparando a quemarropa. Cayeron unos cuantos alemanes, el primero el aporreador de la puerta; los demás corrieron en todas direcciones. Intentamos escapar hacia la parte trasera de la casa, que daba al monte, pero allí había otro grupo de hitlerianos que ya se afanaban en montar una ametralladora, de modo que disparamos sobre ellos y viramos a todo correr hacia la parte delantera, escupiendo fuego para obligar a los alemanes a abrirnos paso. Aquella vía de huida tenía la ventaja de discurrir a campo abierto, iluminada además por una indiferente y hermosa luna

llena. Pero en el lado alemán reinaba al parecer la mayor confusión, porque también de las demás casas empezaron a salir guerrilleros disparando y corriendo a unirse con nosotros. Más tarde, lejos ya del pueblo, nos llegaron los “pacos” de disparos sueltos: los nazis ejecutaban a los tres o cuatro guerrilleros que no lograron escapar.

Yo había intentado recoger mi radio en medio de la oscuridad y la confusión, en aquella habitación abarrotada de cosas y de personas nerviosas, tropezando entre sí. No pude dar con ella ni había tiempo de buscarla más: era cuestión de vida o muerte salir a toda prisa y mi “bella durmiente”, como yo la llamaba, allí se quedó. ¿Tuvo un príncipe azul que la despertara? Nos habló de su suerte, años después, un amigo húngaro, antiguo minero: los alemanes arrojaron la radio a un pozo. Días después la gente del pueblo la rescató y se la entregó a nuestros amigos, los mineros. Un técnico comunista, según parece, logró repararla y ponerla en marcha. Fue el auténtico Príncipe Azul que la despertó.

Retornando al relato de aquella noche, les diré que después de recorrer varios kilómetros nos internamos en una pequeña cadena montañosa donde decidimos acampar. En seguida se creó una situación increíble: los alemanes ocuparon las zonas bajas de aquellos montes ignorando que nosotros estábamos arriba, en las partes más altas. Por fortuna ellos iban de paso, en retirada, y al cabo de dos días desaparecieron de allí y nosotros pudimos bajar al llano, convencidos de que aquella era tierra ya liberada de ocupantes. La situación que intento describir corresponde como ya he indicado, a los últimos días de diciembre de 1944, cuando Debrecen, la importante ciudad húngara donde se instaló el primer gobierno democrático provisional, hacía dos meses que había sido liberada por los soviéticos, que seguían su avance hacia Budapest. La zona de Miskolts, en cuyos bosques estaba la casa donde se había acuartelado nuestro destacamento, había sido liberada a comienzos de diciembre. Y un dato más: después de la derrota alemana en Jassy, la antigua capital de Moldavia, al ejército soviético se unieron varias divisiones rumanas, entre las que figuraba la de voluntarios de Vladimerescu, de tal modo que cuando bajamos al llano, como decía, no fueron los rusos, sino los rumanos

quienes nos salieron al paso no precisamente para darnos la bienvenida. No se creían que fuésemos guerrilleros antihitlerianos y nos metieron a todos en un campo de prisioneros.

Pero poco más hay que contar: aclaradas cosas, del campo de prisioneros marchamos a Debrecen. Los camaradas húngaros del destacamento me hicieron allí una proposición: ¿Por qué no te quedas con nosotros? Lo agradecí de todo corazón y casi me costó lágrimas despedirme de ellos, pero les dije en broma que me sentía incapaz de aprender su idioma, aunque añadí en serio que mi estación final sólo podía ser España y todavía quedaba muy lejos, de modo que ellos se quedaron en su tierra, donde les esperaba una vida de trabajo, de alegrías y dolores y yo, en compañía de mi camarada Tania Samsonenko, la ucraniana residente en Kiev, emprendí la aventura de llegar desde Debrecen a la capital ucraniana con un mal papel como documento de identidad en el que se decía, como ya he contado, que era un ciudadano de la República de Daguestan, radista de un comando guerrillero húngaro. Aquello no se lo hubiese creído ni el más cándido doncel.

Por si sirviese de consuelo añadiría que los papeles de Tania no desmerecían los míos, y de la escasa fiabilidad de ambos tuvimos pruebas en Jassy, en la frontera rumana con Besarabia, donde los de la comandancia militar se negaron a darnos billetes para el tren que se dirigía a Unguén. Volvimos a solicitarlo al día siguiente y otra vez recibimos un “niet”. Ante tanta “nietez” sólo nos dejaron el recurso de tirar por la calle de en medio: tomamos al asalto un vagón de mercancías cuando el tren salía de la estación, y descubierto de esta guisa el método para cruzar fronteras sin papeles ni permisos de nadie, hicimos traspaso en Unguén y llegamos muchas horas después, pero sin más tropiezos, a Kiev. Fue un método poco ortodoxo, pero eficaz, algo así como el estilo guerrillero frente a la burocracia, ya sea militar o civil, cuando ésta no te deja otro camino. No tardaría mucho en verme forzado a recurrir nuevamente al paso clandestino de fronteras.

XIX. El fin de la guerra en Bratislava

Mi última salida de radista guerrillero fue en el mes de abril de 1945. Desde el estado mayor me encomendaron la misión de incorporarme a un grupo que operaba en la región de Bratislava, la capital de Eslovaquia. Otra vez recibí un arma y un aparato de radio y me puse en camino, que también este viaje fue cualquier cosa menos cómodo: trayectos en trenes militares y, al final, marchamos a pie otra vez por tierras de Eslovaquia –todavía, parcialmente, en guerra hasta– Banska-Bystrica, ciudad de la que tantos recuerdos guardo. Allí me esperaba un amigo que me conduciría a Bratislava y me dejaría en el grupo de “Akt”, que así se llamaba el jefe del pequeño comando operativo al que iba destinado.

La etapa de las grandes caminatas la hicimos en varias jornadas, recogiéndonos de noche en casa de gente de confianza, a veces en pueblos aún ocupados por los nazis, y caminando de día por sendas poco frecuentadas. Cuando llegamos a Bratislava ésta acababa de ser liberada por las tropas soviéticas, aun cuando proseguía la batalla para desalojar a los alemanes de las últimas áreas que ocupaban, especialmente en la región de Brno.

Akt ya se había instalado con su gente en la capital eslovaca; formaban el grupo siete personas, de las cuales dos procedían de Banska-Bystrica –creo no equivocarme si aventuro que allí se había fraguado aquel grupo durante la sublevación nacional de septiembre para pasar, luego de su derrota, a la zona occidental a continuar la lucha–. Akt, en cambio, era ruso, según creo, así como uno de sus colaboradores más próximo.

Aunque vestía de paisano, me pareció desde el primer día un militar profesional por su preparación y su porte; era extremadamente atento, aunque muy reservado. No ocultaba, sin embargo, sus ideas religiosas: por las conversaciones que sobre el tema mantuve con él me pareció lo que se llamaba un panteísta o un “inventor de dioses”, como Lenin había calificado alguna vez a cierto amigo menchevique. En el grupo había además un compañero que se ocupaba de la intendencia y dos mujeres checoslovacas, una de ellas muy culta y delicada y la otra una hermosa joven que hacía de cocinera del grupo y de la que Akt parecía muy enamorado.

El grupo no había tenido radista hasta mi llegada, de modo que se habían acumulado informaciones y materiales de interés que yo debía transmitir con urgencia.

Tuve que ponerme a trabajar de inmediato y no pude tomar un respiro durante muchos días. Vino a romper la tensión del trabajo una curiosa comunicación, que sugería la conveniencia de que Akt, con algunos de sus colaboradores, visitara un destacamento guerrillero que venía actuando en la región de Brno: se trataba al parecer de un asunto de importancia. Acompañamos al jefe, en aquella visita, los varones del grupo.

Llegamos al lugar de la cita –un caserón de un pueblo montañoso, un tanto aislado según mis recuerdos– al atardecer de un día de lluvia inclemente, que no había parado en toda la jornada; pero ya nos esperaba allí el comandante del destacamento guerrillero, el cual nos hizo pasar a una vasta cocina campesina, en cuyo hogar ardía alegremente la leña.

Observamos con sorpresa que los bancos de madera, las mesas y los arcones rústicos que amueblaban la pieza estaban cubiertos de billetes de banco mojados. Miles de coronas, la moneda de curso legal en Checoslovaquia, se secaban al amor de la lumbre.

Nuestro anfitrión nos contó la historia: un amigo de un pueblo de la región de Brno liberado días atrás comunicó a los guerrilleros que los alemanes, antes de abandonar el pueblo, habían ocultado varias cajas en unos cerros cercanos; no sabía si contenían armas, munición o documentos. El jefe del destacamento decidió buscarlas y dio con el escondite, pero lo que había en las cajas no eran documentos, ni armas, sino dinero, fajos de billetes, tal vez confiscados en los bancos de las localidades que los hitlerianos iban conquistando para abandonar después en su retirada. Según yo entendí, a nuestro amigo no le parecía prudente retener aquella cantidad de dinero, ya que él tenía que pasar de nuevo con gente a la retaguardia enemiga en la región de Brno, donde la batalla sólo se dio por terminada el 5 de mayo, es decir, cuatro días antes de la capitulación de la Alemania nazi ante los aliados. Ahora este guerrillero, que mantenía de antiguo relaciones amistosas con Akt, declaró que

estaba dispuesto a entregarnos una suma importante del dinero rescatado.

¿Hace falta decir que al jefe de nuestro grupo le pareció de perlas la propuesta de su amigo? Nos llevamos tres o cuatro maletas de billetes, no recuerdo cuántas, y creo que nunca lo supe. Para mí fue una sorpresa insospechada que Akt me entregara una de ellas diciendo: —Esta es para tí personalmente—. Nunca conté el dinero de la maleta, que puse a disposición del destacamento y se fue en atender el mantenimiento del grupo, porque éramos ocho y nuestra estancia en Bratislava se prolongó más de lo previsible y lo razonable. Cuando a finales de mayo emprendí viaje a Kiev no tenía ni una corona.

Había vuelto a ser tan pobre como antes de la historia un tanto increíble de los millones de coronas enterradas por los alemanes en un contrafuerte de la montaña. ¿Eran legales o falsas? ¿Alguien tiene la respuesta?

Nuestro grupo celebró el advenimiento de la paz en Bratislava. A partir de ese momento —el 9 de mayo 1945— nuestro grupo, formado por voluntarios de distintos orígenes, estaba virtualmente disuelto, pero todos esperábamos la llegada de un enviado del Estado Mayor de Guerrilleros para hacerlo oficialmente; de cualquier modo yo tenía que ir a Kiev, para entregar, ya para siempre, mis armas y mi radio; supongo que también para Akt, en cuanto jefe del grupo, era obligado presentarse allí. Pero, a juzgar por lo ocurrido él tenía otros planes.

Finalizaba el mes de mayo cuando llegó por fin a Bratislava el enviado de Kiev, que resultó ser un comandante de la NKVD, en cuya compañía emprendimos el viaje de regreso. Salimos en tres coches; al volante de uno de ellos iba Akt, con un equipaje voluminoso y creo que acompañado de otra persona del grupo, aunque he olvidado quien era y no me apetece ahora meterme en adivinanzas. El caso es que cuando hicimos la primera parada después de rodar más de un centenar de kilómetros, esperamos en vano la llegada de Akt con su coche: había desaparecido en el camino.

En la siguiente parada, que tuvo lugar en un puesto de control de la frontera polaco-eslovaca, recibí el segundo disgusto del viaje: el comandante que nos conducía a Kiev me dijo que

debido a mi deficiente documento de identidad el jefe del puesto fronterizo no podía autorizarme a cruzar la frontera; tendría que retenerme en el puesto unos días hasta que se aclarase el problema. El comandante me prometió que se ocuparía del asunto nada más llegar a Kiev. Todo aquello me pareció una tosca chapuza, pero tuve que aguantarme y allí me quedé mientras los demás partían.

Después de tres días de una espera vana decidí pasar la frontera por mi cuenta y riesgo: tomé mi radio y, aprovechando la parada de un camión que se dirigía a Polonia, subí a él sin que el guardia se apercibiese y, por segunda vez en poco tiempo, me salté la frontera y la ley de un solo golpe. No crean que fue fácil, no tenía papeles ni pasaporte fiables, como he dicho, tampoco dinero ni comida y para más inri llevaba auestas una radio y una pistola en el cinto. En una de las estaciones de paso, donde debía tomar el tren a Kiev, fui detenido por una patrulla de soldados soviéticos que, por más que juré y perjuré, me tomaron por un espía. Afortunadamente, el comandante del cuerpo de guardia ante el cual me condujeron, era un oficial ruso que vislumbró enseguida la veracidad de la historia que le contaba y me dio vía libre y pase para el tren que me conduciría a la capital de Ucrania, a donde llegué hambriento y bastante cabreado después de aquella rocambolesca aventura.

Con el final de la guerra terminaba también mi vinculación al Estado Mayor Guerrillero de Ucrania y retorné, por tanto, al antiguo acuartelamiento de la Cuarta Compañía en las inmediaciones de Moscú, para dar por terminada definitivamente mi vida de soldado.

Allí me interesé por la suerte de Segundo Moreno, el madrileño, y de Inda, el eibarreta, que habían sido mis dos compañeros de estudios en la escuela de radiotelegrafistas y de inolvidables veladas con nuestras amigas ucranias en la semiderruida ciudad de Jarkov, cuando esperábamos la llegada de una orden para incorporarnos a nuestra primera misión guerrillera. Los dos recibieron la orden después que yo y no había sabido de ellos hasta entonces. En Moscú me dieron la triste noticia: los dos habían muerto. Inda, el más joven, murió en Rumanía; un camarada me contó una breve historia de su muerte: incorporado como radista a un comando guerrillero, fueron lanzados en

paracaídas al otro lado de la línea del frente, en un lugar en cuyas cercanías habían acampado soldados enemigos que descubrieron, cercaron y exterminaron a todos los guerrilleros del grupo.

Segundo Moreno encontró la muerte en los Cárpatos, cuando su destacamento intentaba introducirse en la Checoslovaquia ocupada por los nazis. Parece que la aviación enemiga localizó el emplazamiento de su radio cuando mi amigo transmitía un mensaje. Una bomba alemana le alcanzó de lleno y silenció para siempre su voz cuando estaba ya próxima la entrada de su destacamento en tierra eslovaca, cuando sólo faltaban cuatro días para el final de la guerra. Que yo sepa, de los españoles que actuamos como radistas guerrilleros en la Europa del Este sólo yo sobreviví.

Fue entonces, al volver a la Cuarta Compañía, cuando me di cuenta de cómo habían clareado nuestras filas, y qué fieramente había mordido la guerra en ellas. Según los datos más creíbles, doscientos españoles murieron en combate contra la agresión hitleriana a la Unión Soviética. Si agregamos que el número total de españoles adultos residente allí al producirse la invasión alemana era de 900, podemos deducir que un porcentaje que infunde respeto dio su sangre y su vida a la lucha contra los agresores fascistas¹.

Es fácil comprender cuán justa –y cuán poco apreciada por nosotros entonces– había sido la resistencia de los soviéticos a emplear a los voluntarios españoles en misiones de alto riesgo. ¿Pero acaso no teníamos, también nosotros, razones morales suficientes para pedir un puesto en el combate? ¿Acaso podíamos mirar para otro lado cuando otros empeñaban su vida por la dignidad y la vida de todos?

Por más que sean dolorosas las cifras de nuestros muertos, por más que honremos la memoria de la aportación española a la guerra mundial contra el fascismo, sabemos que esa contri-

¹ De acuerdo con las cifras que aporta Líster, en la URSS había además 3.000 niños y 122 maestros y auxiliares que cuidaban de ellos en las doce casas de niños españoles donde estos vivían y estudiaban. Por otro lado, permanecían allí 157 aviadores y 69 marinos a los que el final de nuestra guerra civil había sorprendido en la Unión Soviética.

bución fue una gota en el océano de los millones de soviéticos y de aliados muertos en aquel tremendo choque entre la democracia y el fascismo.

Cierro aquí mi pequeña historia de guerrillero. Soy consciente de que esta parte, como la que se refiere a mi participación en la guerra de España, es un reflejo tal vez desvaído de la realidad de la historia, pues lo que yo he intentado es recordar mi vida de soldado y guerrillero y de ninguna manera historiar las guerras a las que me vi arrastrado.

Afortunadamente, la flaqueza de mi memoria, la desmemoria, actúa como un filtro selector que, con el correr de los años, sólo me va dejando una destilación de lo vivido, tal vez aquella parte que nos pareció más importante por el papel que en ella desempeñamos o, simplemente, por la hondura de la huella que nos dejó. Faltan pues en estos recuerdos muchas cosas olvidadas, pero las que están son trozos auténticos de mis recuerdos vistos del lado que yo los viví y contados al cabo de más de medio siglo de haberlos vivido.

Cuarto Cuaderno: Años de trabajo político

XX. Educador con “los niños de la guerra”

Terminada la guerra uno se planteaba cómo rehacer su vida en la paz. Tenía entonces treinta y dos años; de ellos, siete se me habían ido en guerras y uno en servicio militar: casi ocho años bajo las armas. Dos cosas me rondaban la cabeza: la primera era recuperar mi antigua profesión. La segunda, unirme a la gente que en España continuaba la lucha contra el fascismo. Era consciente de la contradicción —¿aparente?— que enfrentaba esos dos afanes. Y también de que, en mi situación, ninguno de ellos era fácil de alcanzar. Por añadidura, necesitaba ganarme la vida sin más demora, ponerme a trabajar en lo que fuese. Andaba buscando salida a ese dilema cuando alguien de la dirección del Partido, creo que fue José Antonio Uribes, me brindó trabajo de educador con los niños españoles. Eso fue en el otoño de 1945. Naturalmente acepté.

Parece que fueron cerca de tres mil los famosos niños españoles evacuados por sus padres a la Unión Soviética en 1937 para ponerlos a salvo de los bombardeos de los franquistas, que asolaban la zona republicana de la cornisa cantábrica. Por eso eran en su mayoría vascos y asturianos los que todavía hoy llamamos “niños de la guerra”, aunque los más jóvenes anden ya por los setenta y tantos años cuando escribo estas líneas. No es exagerado calificar aquello de operación de salvamento: la aviación franquista llegó al extremo de bombardear a uno de los barcos que salió de Gijón cargado de niños.

Los soviéticos acogieron con cariño a estos pequeños expatriados: en ningún otro país se les rodeó de tantas atenciones; para ellos crearon casas especiales donde vivieron y estudiaron atendidos por profesores españoles y rusos. Pero también allí les alcanzó la guerra. En 1941, cuando Hitler atacó la Unión

Soviética y las tropas alemanas llegaron hasta las puertas de Moscú, los niños españoles fueron evacuados a la retaguardia profunda. Los más jóvenes fueron a parar a la región de Saratov, próxima a Stalingrado; los mayores, a repúblicas soviéticas del Asia Central –Uzbekistán, a las ciudades de Tashkent y Samarcanda– o a Ufá, la capital de Bachkiria, en la vertiente suroccidental de los Urales. Era la segunda operación de salvamento y hay que reconocer que soportaron con valentía las peregrinaciones y calamidades de tanta guerra. Cuando ésta última terminó, en 1945, volvieron a Moscú y resurgieron las Casas de Niños que les albergaban distribuidas, que yo sepa, en cuatro colonias. La tarea que se me encomendó fue ayudar a uno de los cuatro colectivos, el de la colonia de Cherkisovo, un pueblo de las cercanías de Moscú. Había que motivar a estos chicos y chicas para que terminaran con éxito el último año de bachillerato y animarles a continuar después sus estudios en la Universidad o en otras instituciones. Y allí fui yo al encuentro de mis jóvenes paisanos y allí trabajé codo con codo con ellos y con tres veteranos: Hurtado, que era un “todo terreno”: carpintero, fontanero, electricista, lo mismo arreglaba un tejado que un pozo de nieve; Roca, un catalán empleado de banca y designado, si no recuerdo mal, educador de un grupo de chicas y, en fin, Plaza, un joven atleta, profesor de educación física. Cerraban el cuadro tres mujeres españolas –tres viudas– que integraban el personal auxiliar: eran nuestras hadas madrinas. Entre todos reinaba un sano ambiente de compañerismo, que se extendía al trato con los profesores soviéticos y con el director, un ruso de gran corazón y abierta simpatía, que no ocultaba su satisfacción por nuestro trabajo, el cual, a decir verdad, no era tanto mérito nuestro como del colectivo de chicos y chicas, que tenían ya dieciocho años y pensaban en su porvenir con toda seriedad: nadie deseaba más que ellos terminar el curso y comenzar una vida de universitarios.

En septiembre de 1946 terminaron los exámenes de mis jóvenes alumnos y con ellos mi trabajo de educador en Cherkisovo; un mes más tarde me incorporé a otro colectivo de jóvenes que cursaban el último año de la Escuela Técnica de la Industria Textil. También estos, igual que los de Cherkisovo, tuvieron que ser evacuados a causa de la guerra desde las afueras de

Moscú a la región del Volga, no lejos de Saratovo, a un pueblecito llamado Kukus, de la República Autónoma Soviética Alemana, al tiempo que la población de origen germano era trasladada a Siberia en previsión, según los soviéticos, de eventuales casos de colaboración de los alemanes del Volga con los alemanes invasores que se acercaban peligrosamente a Stalingrado. De este modo, nuestros niños ocuparon casas y haciendas de aquella república: allí continuaron sus estudios y allí ordeñaron vacas y cultivaron la tierra hasta donde sabían y podían, allí, en aquel punto crítico de la geografía bélica, tuvieron que vérselas con la furia de los invasores que pretendían conquistar Stalingrado. Pues bien, pese a todo, aún les sobraban bríos, humor y sentimientos solidarios para montar pequeños conciertos de canciones y danzas para los soldados siberianos que de vez en cuando paraban en el pueblo antes de partir al combate. En este capítulo encontraban la ayuda de uno de sus profesores, Diego Perona, personaje irrepetible, último alcalde republicano de Castellón de la Plana a quien, cuando intentó volver a España, en 1957, prohibieron su desembarco las autoridades franquistas enteradas del recibimiento que la población le preparaba. Tuvo que volver a Rusia sin pisar la tierra natal. Murió en Yugoslavia, donde pasó sus últimos años al lado de su mujer Wanda, antigua brigadista yugoslava de nuestra guerra civil.

Volviendo a la historia de los niños españoles de Kukus hay que decir que un grupo de ellos terminó allí la enseñanza media y entró en el Instituto Técnico de Carreteras y Caminos de la ciudad de Saratov, donde estudió hasta que, en vísperas del final de la guerra pudo regresar a Moscú. Allí se encontró con que estaban ocupadas todas las plazas de estudio y residencia del “tecnicum” de carreteras y caminos. Los niños españoles ingresaron entonces en el Instituto Técnico de la Industria Textil. Allí fue donde me incorporé a su colectivo y sus afanes. No era un simple grupo de niños y niñas, se trataba de jóvenes de más de 20 años la que más y el que menos; predominaba el género femenino, había 29 doncellas y 7 varones y vivían en distintas residencias.

Algunas de las chicas tenían novio, pero eran castas como la Susana bíblica. Hacían por lo común una vida de estudios un tanto retirada, aunque no perdían la ocasión los fines de semana

para bailar hasta el agotamiento, frecuentar cines y teatros y divertirse cuanto podían. Chicos y chicas terminaron bien los exámenes y defendieron con éxito el diploma de técnicos de la industria textil. Pero antes me ocurrieron dos cosas memorables: la primera fue que, terminado mi periplo de educador, la dirección del Partido me ofreció trabajo en Radio España Independiente, que entonces volvía a emitir desde Moscú. La segunda, y más trascendente, fue que me enamoré de una de mis alumnas, Maria Josefa. Fue el 9 de mayo de 1947, celebrando el segundo aniversario de la victoria sobre la Alemania hitleriana; al atardecer salimos todos los del colectivo a pasear por las calles de Moscú. Yo busqué la compañía de Mary y en algún momento del recorrido le di el primer beso. Protestó, me llamo gamberro o algo así, pero sin acritud, suavemente. Fue una tarde maravillosa, en aquel Moscú primaveral. En otoño nos casamos. El nuestro fue un idilio de ciclo corto para un amor de largo aliento. Hace de esto más de medio siglo (¡cincuenta y siete años cuando lo escribo!). Dicen que los enamorados se juran amor eterno y nosotros no fuimos una excepción, pero ¿me creerán si les confieso que algunos cumplimos el juramento? ¿Hará falta confesar también que más que conquistador yo había sido el conquistado? Me sentí atraído desde el primer día por su simpatía, su belleza y su cordialidad: realmente contribuyó a hacer más fácil mi trabajo en el “tecnicum”. Maria Josefa que, como yo, es asturiana y gijonesa para más señas, había sido evacuada a la URSS junto con su hermano Ángel y su hermana Asunción, en 1937. Ángel vino a vernos un día; estaba preocupado por nuestro noviazgo. Era el hermano mayor y se consideraba responsable de lo que le pasara a sus hermanas. Andando el tiempo me uniría a él una amistad fraternal, aunque aquel día me soltó la fraterna: vino a decirme que Mary era muy joven para mí y tenía poca experiencia de la vida. Y que, si a despecho de todo siguiésemos con nuestras relaciones, esperaba que no fuesen una simple frivolidad y que yo no le hiciera daño. Le convencí de que lo nuestro iba en serio y, desde luego, que la diferencia de edades no era tanta; cuando, en 1939 arribé a la Unión Soviética tenía 26 años y Mary sólo 13.

Ella era una de las niñas de la guerra. Pero cuando nos conocimos en 1947 tenía yo 33 años y ella 20. Vivíamos los dos

la primavera de la vida. Y, sobre todo, nos queríamos y estábamos decididos a casarnos. Así que no se habló más del problema. Si alguna preocupación me asaltaba era la de que Mary pudiera quedarse sola a poco tardar, porque hacía tiempo que yo había comunicado al Partido el deseo de incorporarme al movimiento guerrillero de España. No le oculté a Mary este compromiso, y ella no quiso poner objeciones a algo que yo había acordado antes incluso de conocernos.

Así las cosas, en septiembre fuimos al registro civil de Moscú para casarnos, pero se malogró la boda por mi despiste: resultó que mi pasaporte había caducado y teníamos que aplazar los esponsales hasta su renovación. A la siguiente fue la vencida: el 28 de octubre de aquel año nos casamos con todas las de la ley.

No crean, sin embargo, que aquella noche se consumó el vínculo matrimonial. A aquellas alturas aún no teníamos un hogar común. Éramos enamorados pobres, muy pobres. Mary seguía viviendo en la residencia estudiantil; yo había conseguido una habitación, que compartía con otro español, en el célebre Hotel Lux, destinado a los comunistas extranjeros; y ya habíamos llegado a sus puertas, donde debíamos pasar la primera noche connubial, cuando Mary declaró que se iba a su residencia para trabajar en el diploma. De nada sirvieron mis ruegos ni mis disquisiciones filosóficas sobre el diploma y la luna de miel. Sólo al día siguiente reapareció, consintió en entrar en mi habitación y estuvo hasta la madrugada trabajando en su dichoso diploma: rendida al fin por el sueño y el cansancio nos acostamos. Pasado el tiempo me confesó que no era el diploma la causa de sus desvelos, sino el miedo a dormir por primera vez con un hombre.

XXI. El trabajo en REI. Viraje táctico del PCE.

Como he recordado antes, por aquel tiempo yo había empezado a trabajar en Radio España Independiente, la emisora fundada en 1941. Se trataba de llevar a los españoles la noticia de lo que acontecía en el mundo, de la marcha de la guerra mundial, de las ideas y las luchas de avanzada contra el fascismo. Irene Falcón, la secretaria y amiga de Dolores Ibárruri, hablaba

en sus memorias de su origen: parece que en una reunión convocada por Dimitrov se discutió el papel de la Internacional comunista en la situación que creaba la segunda guerra mundial, a la vista de que la “coordinación internacional de los partidos comunistas era difícil porque las comunicaciones estaban rotas”. “Dimitrov lanzó la idea de reconvertir la IC en una emisora internacional de radiodifusión”, idea –dice Irene– que fue acogida con entusiasmo. Y de la idea se pasó a su realización: el 22 de julio de 1941 nació Radio España Independiente. A su frente estaba Dolores y allí permaneció hasta que en 1945 tuvo que trasladarse a París. La llamada “Pirenaica” lanzó primero sus ondas desde Moscú, luego desde Ufá, la capital de Bachkiria, otra vez desde Moscú, al acabar la guerra, y finalmente desde Bucarest.

Cuando yo entré a formar parte del equipo de la radio, dirigía la emisora Julio Mateu; Pedro Felipe, Josefina López y Emilio Vilaseca eran locutores y redactores, Julia Pericacho y María Luisa Moreno se turnaban en la escucha y colaboraban en otras tareas de la redacción. Poco después, Julio Mateu fue sustituido por Jacinto Barrios. A mí me encomendaron las escuchas nocturnas; por aquel entonces nuestras fuentes informativas desde España eran escasas y lentas, no disponíamos de las fuentes informativas de las grandes agencias internacionales y combatíamos la sequía informativa con la escucha de la BBC, de France Presse, de Radio París, Radio Londres y otras emisoras, incluida la mismísima Radio Nacional de España. Muy pronto, sin embargo, pasé a trabajar como redactor y locutor. Algo más tarde, cuando Jacinto Barrios cayó en una grave depresión que le obligó a abandonar la radio, temporalmente me tocó a mí hacer frente a la situación de acefalía que se había creado y asumir la responsabilidad de Radio España Independiente. Fue a petición de Claudín, dirigente entonces del PCE en Moscú, previo acuerdo con Pasionaria: una de esas papeletas que uno tiene que aceptar por disciplina aunque sea con temblores, dada mi inexperiencia en semejantes lides.

A todo esto, seguía pendiente de mi traslado a España para sumarme a las guerrillas: un día cualquiera podía recibir la señal de partida. Hoy puede parecer un desatino –y en realidad lo era– marchar a engancharme a una partida guerrillera, pero

entonces respondía a la lógica –mi lógica de antiguo partisano– de la lucha armada para reconquistar la democracia. No ocultaré sin embargo que era consciente de que mi matrimonio había introducido una dimensión nueva en el problema. Mentiría si dijera que no me preocupaba la suerte que pudiera correr Mary y nuestra futura descendencia.

Cierto que ella se enfrentaba con valentía espartana a la contingencia: me decía que quería tener un hijo –o una hija–. “Si no volvieses, siempre me quedaría ese recuerdo viviente”. Pero no ocultaré que esos problemas de índole sentimental me llevaron a hacerme preguntas políticas sobre la pertinencia de la lucha guerrillera. ¿No era hora de liberarse de métodos que no cuadraban con las nuevas condiciones históricas? A pesar del heroísmo de los guerrilleros ¿no era quimérico pensar que aquel movimiento conduciría a la derrota del régimen franquista? Tan quimérico como pensar que las democracias occidentales nos ayudarían a reconquistar la democracia. Volver a España para luchar por un cambio sí, pero de otro modo; había que encontrar nuevos métodos de lucha.

Reflexiones de este estilo no eran, de todas formas, lo bastante sólidas como para exponerlas abiertamente, rompiendo el compromiso adquirido. Quiero decir que si en aquel momento me hubiese llegado la orden de marchar, la hubiese cumplido sin objeciones. Pero aquí se cruzó lo que la historia define como “el viraje táctico del PCE”.

En octubre de 1948 Stalin invitó a la dirección del partido a una entrevista. Asistieron Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo y Francisco Antón. Dolores lo recuerda en sus “Memorias”: “Stalin –dice– nos pidió que le aclarásemos las razones por las que los comunistas españoles no trabajábamos dentro de las organizaciones de masas franquistas, en el frente sindical fundamentalmente... Le hablamos de la hostilidad que sentían los trabajadores hacia los sindicatos verticales. Le hablamos también de la heroica lucha guerrillera”¹.

¹ Dolores Ibárruri. *Memorias de Pasionaria*. Editorial Planeta, pág. 127. Hay que recordar que en 1955 la ONU, con el voto de la Unión Soviética, aceptaba la candidatura de España dentro del ingreso colectivo de 15 estados, “en el que estaban interesados tanto Moscú como Washington”, como un paso hacia la universalización de la ONU y la contribución a un clima de paz.

Stalin les hizo ver que el combate sería largo y que había que estar preparados para ello. También les habló de la experiencia del partido bolchevique, pero no logró convencerles. “Stalin nos llama izquierdistas y orgullosos”, recuerda Dolores. Pero cuenta que al despedirse les estrechó las manos y afa-blemente les recomendó “terpenie”, es decir, paciencia. “Ah, –añadió– y si necesitáis ayuda para las guerrillas os la daremos, porque los españoles sois muy orgullosos”.

Es natural que aquellos juicios críticos aunque amistosos de Stalin no pasaran inadvertidos. En medio de un apasionado debate se celebró en Francia una reunión de dirigentes y cuadros comunistas españoles, en la que se acordó abandonar la guerrilla y trabajar en los sindicatos verticales, donde estaban todos los obreros a la fuerza.

“Si la lucha se presentaba larga, si había que proseguirla con paciencia, forzoso era plantearse ir disminuyendo las guerrillas y retirar del monte a los camaradas más amenazados”¹.

En diciembre de 1948, después de aquella reunión, Fernando Claudín me comunicó que mi traslado a España para incorporarme a la guerrilla se suspendía sine die. Aquel mismo mes nació mi hija Elena.

XXII. Sospechas y procesos estalinistas

He apuntado antes que conocí a Fernando Claudín en Teruel durante la guerra civil, pero nuestra amistad se estrechó en realidad a través de la colaboración en Radio España Independiente. Él la visitaba con frecuencia, asistía a algunas de sus reuniones y leía y comentaba con nosotros los trabajos –artículos, editoriales, etc.– de la emisora.

Tenía una larga experiencia política y periodística, nos ayudaba con sus consejos; personalmente reconozco que me animó a intervenir activamente en la vida política del partido y a participar en sus órganos de dirección. Recibí además una prueba

¹ Dolores Ibaruri. Memorias de Pasionaria Editorial Planeta, pág. 127. Ante esta perspectiva adquirirían todo su significado las advertencias de Stalin a los comunistas españoles en 1948 de que el combate sería largo y que había que armarse de paciencia.

de su amistad en un asunto espinoso. Llevaba dos años trabajando en la radio como redactor y locutor, la tarea me apasionaba, pero ganaba una miseria. Aunque Mari trabajaba y ganaba más que yo, lo pasábamos regular, tirando a mal. Aquello no era normal y lo comenté con Claudín, que para algo era el responsable del partido. Me prometió interesarse y a los pocos días me comunicó de manera confidencial que en mi expediente constaba una mención desfavorable: según la NKVD (el comisariado del pueblo para asuntos internos) yo visitaba con frecuencia sospechosa la embajada de Francia y maliciaban que estuviese al servicio de los franceses. “Debes ver la forma de aclarar esto, estoy dispuesto a ayudarte en lo que haga falta” – me dijo Claudín.

No fue necesaria su intervención. Acudí al departamento de registro de extranjeros y pedí hablar con el responsable. Éste delegó en un capitán el esclarecimiento del asunto, un hombre joven, enfermo del corazón, excepcionalmente amable y que sabía escuchar atentamente. Resultaba que alguien había informado de que un español moreno como yo, de mi estatura, de pelo negro rizado, etc. visitaba mucho la embajada gala. Algún funcionario aventuró que el visitante era yo y así me colgaron el sambenito.

—¿Y sabe Vd. –le dije al capitán de la NKVD– que hay varios españoles que están gestionando el regreso a España donde les esperan sus padres? ¿Saben que esos trámites los hacen a través de la Embajada de Francia porque España no tiene Embajada en Moscú?

Hubo, de todos modos, una visita de inspección de gente de la NKVD a Radio España Independiente: creo que leyeron todo lo que yo había escrito en busca de pruebas acusatorias. No las había. Se dio carpetazo al asunto, fui rehabilitado y empecé a cobrar según mi trabajo, como reza uno de los principios del socialismo.

Por cierto, el capitán que investigó mi caso se interesó también por el expediente de mi amiga Irene Falcón, la secretaria y colaboradora de Dolores Ibaruri. En Praga se había celebrado no hacía mucho el proceso contra Rudolf Slansky, secretario general del partido comunista checoslovaco, y otros diez diri-

gentes entre los que figuraba Geminder, que había sido años antes compañero sentimental de Irene; luego sus caminos habían ido por distintos sitios como escribe ella en sus memorias¹. Pero no por ello quedó libre de sospechas. Slansky y sus camaradas, excepto Artur London, fueron ejecutados y esparcidos sus cenizas. Fue uno de los procesos más abominables montados por Beria. Irene fue apartada de la emisora y del trabajo con Dolores (pese a las protestas de ésta), sometida a un clima de sospechas y acriminada por no se sabe qué maldades. Como decía antes, el capitán de la NKVD que me había interrogado insistió una y otra vez sobre su personalidad, algún indicio de complicidad con los procesados de Checoslovaquia; yo le repetí que la acusación contra Irene tenía el aire de una invención malvada.

Esto sucedía en unos tiempos en que los comunistas empezábamos a desconfiar seriamente de la veracidad de las acusaciones que pesaban sobre los camaradas incriminados en los procesos estalinistas. Cada vez con más fuerza, nos mordía la duda: pese a las tremendas autoinculpaciones de algunos de estos compañeros seguíamos creyendo en su leal entrega a la causa y en su honestidad². Por lo demás había en este caso un dato que me producía especial malestar: Irene era de origen hebreo, como lo eran, que yo sepa, muchos de los acusados en el proceso checo. A la luz de este dato, toda aquella operación represiva de Beria adquiriría el siniestro fulgor de una persecución antisemita. Afortunadamente, nada pudieron las acusaciones contra ella: Irene fue rehabilitada, gracias en buena parte a Dolores.

1 Irene Falcón, *Asalto a los cielos*, Ediciones Temas de Hoy, 1996, pág. 298.

2 Esas dudas no siempre se manifestaban abiertamente: creo que eso es lo que ocurrió en la reunión del equipo de Radio Pirenaica donde se discutió el “caso de Irene”. Según le confesó a ésta Barrios “todos la criticaron menos uno. El único que se enfrentó fue José Sandoval... Sandoval dijo en la reunión que todavía nadie le había explicado de qué se acusaba a Irene”. *Ibidem*.

XXIII. Contra el culto a Stalin

En 1951 tomó el relevo en la dirección de Radio España Independiente Ramón Mendezona, que se había forjado como locutor y redactor en las emisiones de Radio Moscú en español. Poseía una sólida cultura, una voz y una dicción perfectas, además de una empeñada voluntad de convertir la “Pirenaica” en un instrumento fuerte del combate político e ideológico contra la dictadura.

Durante ocho años fuimos compañeros inseparables de trabajo; luego yo tuve que dejar Radio España Independiente y él prosiguió a su frente dieciocho años más, hasta el cierre definitivo de la “Pirenaica” el 14 de julio de 1977. Quiero recordar aquí la última vez que le vi, la última vez que nos vimos: despedíamos a Valentina la que había sido su compañera. Después de aquella triste ceremonia, Mendezona habló de nuestra añosa amistad, en voz alta, dirigiéndose a todos: “Sandoval y yo hemos sido auténticos hermanos”. Esta declaración dicha como sin venir a cuento, como si necesitara dejar aquello bien sentado, me conmovió. Y no la olvidaré nunca porque fue dicha la última vez que vi a mi camarada Ramón Mendezona.

El trabajo de la radio era apasionante, anónimo y clandestino. Pocos podían imaginar que la “Pirenaica” estuviera en Ufá, en Moscú o en Bucarest, ni sabían quiénes formábamos el pequeño grupo que trabajaba en ella. Por lo demás intentábamos hacer –o aparentar– una vida dentro de lo normal. Participábamos en las reuniones y actividades culturales, algunos estudiábamos después del trabajo, imaginando que era una buena manera de despistar y aún mejor ocasión de completar lecturas y estudios que cada cual iba acumulando al compás que acumulaba años. Yo, sin ir más lejos, cursé tres años en la Escuela Superior Leninista, pero mis estudios terminaron cuando a fines de 1954 la radio se trasladó a Bucarest.

De todos modos, antes de instalar la radio en la capital rumana, el partido celebró su Quinto Congreso. No creo que sean muchos los que recuerden que el anterior congreso del PCE, el cuarto, se había reunido en marzo de 1932 en Sevilla. El quinto debía haberse celebrado en 1936, pero el estallido de la sublevación militar lo impidió.

Pudimos por fin llevarlo a cabo en 1954, lo que puede dar una idea de las convulsiones sociales y políticas que vivió España, y por ella el partido, en aquellos tiempos. Así y todo se dio la noticia de su celebración tres meses más tarde, cambiando incluso la fecha en que había tenido lugar, para mejor protección de los delegados que habían llegado de España y mayor despiste de los sabuesos franquistas.

El congreso, que se reunió en la región de los Sudetes, a orillas del lago Májowo, hizo balance de la actividad de los comunistas en los veinte años transcurridos desde el congreso de Sevilla; discutió y aprobó el nuevo programa, que exponía las propuestas en orden a la lucha por el restablecimiento de la democracia; se elaboraron también nuevos estatutos y se renovó la dirección del partido. Para mí fue un honor ser elegido para formar parte del nuevo Comité Central por un congreso en el que participaron delegados del partido de toda España, del PSUC –Partido Socialista Unificado de Cataluña–, de las organizaciones de Euskadi y Galicia, de los antiguos guerrilleros, de los nuevos líderes sindicales, de las organizaciones de comunistas españoles exiliados en Francia, en Méjico, en la URSS y en otros países; de personalidades destacadas como los escritores Wenceslao Roces, Jesús Izcaray y Juan Rejano; pintores como Renau y Pepe Ortega; arquitectos como Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa; jefes del ejército republicano como Líster, Modesto, Cerdón, Hidalgo de Cisneros...

Radio España Independiente se trasladó de Moscú a Bucarest sin interrumpir sus programas. Abrimos la marcha Mendezona, Pedro Felipe, Vilaseca, Julia Pericacho y yo. Más tarde llegaron los familiares: Mary con nuestras hijas Elena y Natalia, la familia de Mendezona y los demás compañeros; luego se irían incorporando a la redacción José Antonio Uribes, Luis Galán, Federico Melchor, Josefina López, Gregorio Aparicio, Baudelio Sánchez, Esperanza González, Santi Álvarez, Jordi Solé Tura y otros camaradas que yo no alcancé a conocer.

Trabajé cinco años en Bucarest. Allí la emisora era una atalaya desde la cual se avistaba España y un altavoz que intentaba llevar hasta el pueblo antifranquista la noticia de lo que pasaba en el mundo en una época marcada por acontecimientos tan señalados como la muerte de Stalin y la reunión, tres años des-

pués, del XX Congreso del partido comunista de la URSS, que abrió el proceso crítico al culto de Stalin.

Como es sabido, quien impulsó la denuncia de los desmanes y crímenes cometidos por la policía bajo el mandato de Stalin fue Nikita Jruschov, desde su puesto de secretario del Comité Central. Hizo falta un duro forcejeo con otros miembros de la dirección suprema del PCUS para alcanzar un acuerdo por el cual Jruschov presentaría el llamado “Informe secreto sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias”. El informe hubiese sido en verdad secreto de no ser por la filtración de su contenido íntegro. En Radio España Independiente lo conocimos, aunque con retraso, gracias al diario “Le Monde” que publicó el texto explicando que lo había adquirido “en un mercado de Varsovia”. Creo que todo el mundo adivinó que tras aquella mención un tanto embozada había una forma de aludir a la verdad eludiéndola. Sea como fuere, de esta suerte llegó a conocimiento de la opinión pública y, por tanto, de los comunistas, entre los cuales causó una verdadera conmoción: era como si, de pronto, se hubiese proyectado luz sobre el pozo de desconocidas atrocidades escondidas tras el culto a la personalidad de Stalin, el glorificado y deificado dirigente con cuyo nombre por bandera habían luchado y habían muerto miles de hombres y mujeres en Rusia y fuera de ella. En verdad, aquella revelación estalló como un trueno en el mundo y abrió una crisis política y moral en cada marxista y en cada partido comunista, ante quienes planteó el dilema de qué hacer con el dicho informe secreto: ¿publicarlo?, ¿silenciarlo?

Eran muchos los partidarios de darlo a conocer tal cual, “caiga quien caiga”, pero creo que eran más los que matizaban o intentaban matizar su opinión, arguyendo tanto razones políticas formales como teóricas, de fondo. La primera cuestión formal: dar a conocer ¿qué? ¿un texto adquirido por un diario no comunista en un mercado polaco, texto que no había sido reconocido oficialmente por los dirigentes del PCUS?

La mayoría de los altos dirigentes de aquel entonces, exceptuando a Jruschov, eran contrarios a su difusión y hubo algún intento de calificar al ucraniano de “enemigo del pueblo”; y aunque esta infamia no prosperó, después del XXII congreso fue apartado de la dirección, y ya en el informe presentado por

Breznev al XXIII tanto el nombre de Jruschov como las menciones al histórico XX congreso habían desaparecido como por encanto: el encanto de los corruptos, de los burócratas, de quienes encubrían a los violadores de la legalidad.

En los partidos comunistas del resto del mundo se encendió también la lucha de opiniones, y también allí muchos de los secretarios generales de los partidos más importantes eran partidarios de pasar por alto el informe secreto; sin embargo, prevaleció la idea jruschoviana de combatir sin cuartel el culto a la personalidad y la violación de los derechos humanos. Y aquí entraba la segunda razón que movía a reclamar del informe secreto una profundización sobre el cómo y el por qué de todo lo acontecido. ¿Se acababa con el problema achacándolo todo –todo el bien y todo el mal– a las singulares cualidades de un solo hombre, en este caso Stalin?

El dirigente italiano Togliatti puso el dedo en la llaga cuando dijo que lo ocurrido con los desvaríos de Stalin fue “la gradual superposición de un poder personal a unas instancias colectivas de origen y naturaleza democráticas”, debido a la “acumulación de fenómenos de burocratización, de violación de la legalidad, de estancamiento y también, parcialmente, de degeneración, en diferentes puntos, del organismo social”¹.

Al mismo tiempo, es de justicia señalar que Stalin tenía una fuerte personalidad; fue un tirano responsable de gravísimos crímenes, pero le pertenece el mérito de haber dirigido la guerra que llevó a la Unión Soviética a la victoria sobre la maquinaria bélica de Hitler. Y también la conversión de la Rusia zarista, atrasada y semibárbara, en una gran potencia mundial.

En 1959, cuando ya el mundo conocía la denuncia contra el culto a la personalidad de Stalin, Winston Churchill intervenía en la Cámara de los Comunes para rendir homenaje a Stalin con estas palabras: “Fue una gran suerte para Rusia, en los años de las pruebas más terribles, que el país estuviera encabezado por el genio y la firmeza de un caudillo como Stalin”.²

1 Artículo de Palmiro Togliatti aparecido en la revista *Nuovi Argomenti*.

2 Tomo la cita del libro *Stalin* del escritor ruso Edward Radinsky: *Obras Completas*, tomo 2º, pág.10, ed. Vagrius, 1998, Moscú.

Ni Edward Radinsky, autor del libro del que extraigo esta cita, ni Winston Churchill, autor de la frase, eran lo que se pudieran llamar amigos del georgiano. Más bien todo lo contrario. Pero eso es lo que confiere a esas palabras todo su valor sin que tenga lugar la sospecha de caer en la hagiología.

Naturalmente, todo esto ya es historia, pero historia de la grande. Fuera ya del lugar que Stalin ocupe en ella, habrá que admitir que hablamos del más formidable intento de edificar una sociedad socialista. El primer intento, la Comuna de París, duró unos días. La tentativa de los comunistas soviéticos se prolongó setenta y cinco años...

Y una cosa más: mal que les pese a sus censores, el XX congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética seguirá apareciendo como uno de los grandes acontecimientos de la historia de la edificación del país de los soviets. Y sobrevivirá con él el coraje político de Jruschov, que nos transmitió esta lección de honradez y humanismo: hay cosas que no se pueden callar ni ocultar. El comunismo es el más noble proyecto social imaginado por el hombre, pero sus partidarios deben establecer una neta línea divisoria entre la doctrina y la ruta que conduzca a su realización. En esa ruta hay que implantar un servicio de atalayeros capaz de atajar y denunciar cualquier clase de depravaciones o desviaciones del camino al socialismo.

XXIV. La crisis húngara. Adiós Bucarest.

La crisis que abrieron en el movimiento comunista las denuncias del XX congreso del PCUS espoleó la insurrección de Hungría, ocurrida en octubre de aquel mismo año. El equipo de Radio España Independiente vivió de cerca la evolución de aquel movimiento: estábamos en Rumanía, es decir en un país vecino, fronterizo, a donde nos llegaban día a día y hora tras hora las noticias y las imágenes del terror blanco de los insurgentes, los ecos del asalto a las fábricas de armas, del encuadramiento cuasi militar de los grupos armados, del asalto a los locales del Partido Húngaro de los Trabajadores y el linchamiento de muchos de sus militantes y de simples soldados de las fuerzas de seguridad. Los trabajadores de la “pirenaica” tuvimos el triste privi-

legio de recibir las fotos de los jóvenes ahorcados, colgados de los árboles y las farolas de Budapest.

Dejando aparte los efectos del XX congreso del PCUS, actuaron como desencadenante de la sublevación las formas secretarias del propio Matias Rakosi, el secretario general del partido, especialmente en lo referente al culto a la personalidad, a sus errores en la política de alianzas con fuerzas potencialmente amigas y también al planteamiento de objetivos económicos no fundamentales ni fundamentados, que se traducían en descenso del nivel de vida y provocaban el descontento popular.

Estos y otros errores no fueron corregidos a tiempo, lo que contribuyó a desatar la oposición, circunstancia que aprovecharon las fuerzas reaccionarias para saltar a la escena. Aparecieron entonces dos personajes de larga historia: el almirante Horthy y el cardenal Mindszenty. Horthy había aplastado, recién nacida, la República Húngara de los Consejos, allá por agosto de 1919, erigiéndose de tal modo en jefe de la contrarrevolución; en la Segunda Guerra Mundial se había alineado con Hitler. Por su parte, el cardenal Mindszenty, arzobispo de Esztergom, ya en febrero de 1949 había organizado un complot para reinstaurar la monarquía, lo que le llevó a un proceso en el que fue condenado a cadena perpetua. Estos dos señores se hicieron con la dirección del movimiento insurreccional. Fue así como un movimiento que empezó siendo una revolución nacional democrática desembocó en una contrarrevolución antisocialista y antidemocrática. Por el camino habían fracasado sucesivamente los gobiernos de Rakosi, de Erno Gerë y de Ymre Nagy. Al final se creó el Gobierno Revolucionario Obrero y Campesino de Janos Kadar, cuya primera providencia fue pedir ayuda a la Unión Soviética para sofocar la sublevación. Dudó Jruschov antes de aceptar aquel órdago; se entrevistó con los gobernantes de Rumanía, Bulgaria, Polonia y Yugoslavia: todos entendieron que había que ayudar al gobierno de Yanos Kadar a vencer la contrarrevolución, opinión que habían repetido también los dirigentes de la República Popular China.

El equipo de Radio España Independiente siguió enfebrecidamente todos estos acontecimientos de la república de los magyares y se colocó del lado de los defensores del

socialismo: es decir, reconoció el derecho de la revolución a defenderse.

Creo que la serie de acuerdos y mudanzas que intervienen en la política y la organización del partido en el periodo que va de 1949 a 1960 conforman un decenio abierto a cambios tácticos tendentes a superar los restos del espíritu de guerra civil que aún arrastrábamos en España tanto rojos como azules; a combatir el subjetivismo y el dogmatismo que todavía impregnaban –¡cómo no!– nuestros análisis; a superar también el llamado culto a la personalidad de Stalin en particular y de los líderes en general; y, en fin, a terminar con la práctica de constreñir la democracia interna del partido, práctica que no siempre se veía justificada por las duras condiciones de persecución y clandestinidad en las que se desarrollaba nuestra lucha.

Aunque no esté libre de contradicciones, hay en esa década un puñado de hechos que justificarían un juicio elogioso:

-En 1949 el partido abandona la lucha armada de la guerrilla para centrarse en la acción política.

-En 1956, al cumplirse veinte años del comienzo de la guerra civil, el partido lanzó al vuelo las campanas de la reconciliación nacional. “La contradicción principal de la sociedad española –decía en su declaración– ya no pasa por las trincheras de la guerra civil y la división en rojos y azules, sino que se sitúa entre la oligarquía monopolista apoyada por la dictadura de Franco y el resto del país. Lo que España necesita es la paz civil, la reconciliación entre sus hijos, la libertad.”

-En 1955, después de un fuerte debate en el buró político que hubo de reunirse repetidamente en Bucarest para solventar discrepancias, el partido adoptó el acuerdo de apoyar la entrada de España en la ONU. Sucedió que Carrillo, respaldado por Claudín y Semprún, había escrito un artículo abogando por el ingreso, mientras Dolores, Uribe, Líster, Mije y Delicado habían redactado una declaración opuesta a la entrada. Sin embargo, respaldando la propuesta de ingreso de España en la ONU, ingreso simultáneo al de otros catorce estados, estaba la Unión Soviética que presentaba la iniciativa como un paso necesario hacia la mundialización real de la ONU.

No es sorprendente que estallara la polémica: si era lógico que la oposición del partido al ingreso de España en la ONU no sería comprendida por las nuevas generaciones antifranquistas, también lo era que el ingreso fortalecería a Franco, que vería cómo se le abrían las puertas de la ONU después de diez años de exclusión.

Vino a terciar en el debate Vittorio Codovila, viejo amigo de España, que conocía de antiguo como delegado que fue de la Internacional Comunista: visitó a Dolores en Bucarest y le aconsejó aceptar la propuesta de ingreso. Lo mismo le aconsejó Semprún. Esto influyó en el ánimo de Pasionaria, que reconoció noblemente el acierto de Carrillo: “Yo no estaba de acuerdo con el artículo de Carrillo. Él tenía razón y yo no...”

Parece indudable que estos episodios afianzaron la autoridad del grupo dirigente de París. Dolores, que había estado en la capital francesa desde 1945 a 1949 desarrollando una intensa actividad como secretaria general del partido, tuvo que regresar a Moscú para operarse. Volvió a París en 1957, pero la ilegalidad impuesta al PCE por el gobierno francés la forzó a vivir recluida en su casa para no ser reconocida: su imagen era demasiado popular en todas partes. Tampoco podía recibir a otras camaradas en su vivienda clandestina ni asistir a reuniones. En realidad estaba invalidada para atender a sus responsabilidades de secretaria general. A mediados de 1958 decidió poner fin a aquella situación: abandonó su encierro parisino y regresó a Moscú consciente de que con este paso tendría que seguir a distancia la actividad política y la dirección del partido. La crisis se produjo aquel mismo año: la dirección de París había propuesto al PSOE y a otros colectivos antifranquistas la celebración de una “huelga nacional pacífica” sin tiempo para consultar con Dolores, que comprendió entonces la distancia que la separaba de la dirección de París y la magnitud de su aislamiento. Así las cosas, en el verano de 1959 llegó a Uspiénskoe, un poblado de las cercanías de Moscú donde descansaba Dolores, una delegación del buró político para informarla de los resultados de la convocatoria de la mentada “huelga nacional pacífica”. Naturalmente, encabezaba la delegación Carrillo y formaban parte de ella Líster, Semprún, Santiago Álvarez y Tomás García. Pero el problema que Dolores puso sobre la mesa nada

más empezar la reunión fue otro: su dimisión como secretaria general. Todos pidieron a Pasionaria que reconsiderase su decisión; todos reconocieron también que le sobraban razones para hablar de las dificultades reales, físicas, psicológicas y políticas que le impedían atender sus responsabilidades como secretaria general. Finalmente, a la vista de su inamovible postura, alguien propuso que se convirtiese en la presidenta del partido. Ella sugirió que en el siguiente congreso se propusiera a Santiago Carrillo para sucederla en la secretaría general. Resumiendo, aquella crisis de la dirección del partido se resolvió pacíficamente y de mutuo acuerdo gracias a la cordura de Dolores y a la templanza de todos. Según lo decidido, los cambios se formalizaron en el Sexto Congreso celebrado en 1960. Estos marcaron sin duda un notable relevo generacional en la dirección, pero sería inapropiado calificarlo de “batalla entre viejos y jóvenes”. En realidad, en el punto de mira de los jóvenes sólo estaba Vicente Uribe, que tanto por algunas de sus concepciones políticas como por sus métodos de dirección se había convertido en un freno para hacer frente a los nuevos problemas. Por eso, mientras él era apartado de la dirección, los otros “dirigentes históricos” empezando por Mije y Delicado, que como Uribe podían blasonar de un historial revolucionario bien dilatado, continuaron en el buró político.

No hace falta decir que Pasionaria era capítulo aparte; Santiago Carrillo no perdía ocasión de ensalzar su talento político. Ésta, por su parte, defendió a Santiago y a la nueva dirección sin tibiezas desde su autoridad de presidenta del partido.

Lamentablemente, el núcleo de dirigentes jóvenes en el que destacaban Carrillo, Claudín y Semprún no tardaría en romperse a causa de sus divergencias.

XXV. En Moscú con Dolores. La comisión de historia.

A finales de 1958 abandoné Bucarest. Allí dejamos, con los comunistas y con la gente rumana, un trozo de nuestra vida. Cómo olvidar a Lidia Lazarescu, militante de primera hora, encargada del enlace de la Pirenaica con la dirección del partido rumano.

Era un placer trabajar con ella, tan ajena a la burocracia, tan operativa para solucionar los problemas por la vía rápida, la “vía guerrillera”. Otra mujer extraordinaria era Guizela, del Comité Central del partido rumano. Y el admirable Gheorghe Gheorghiu-Dej, primer secretario del partido, a quien visitamos acompañando a Dolores. Antiguo obrero ferroviario de la estirpe de los dirigentes comunistas que arriesgan su libertad en la lucha contra el fascismo, había padecido un largo cautiverio en el penal de Doftana.

Adiós a tantos amigos y camaradas rumanos. Tenía que incorporarme a una comisión del Comité Central cuya finalidad era escribir la historia de nuestro partido.

Presidía la comisión Dolores Ibarruri y formábamos parte de ella Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y yo. Los compañeros del partido soviético nos facilitaron el acceso al Instituto Marx-Engels, donde se guardaban los archivos de la Internacional Comunista; pudimos así consultar documentos relativos a la actividad de nuestro partido a lo largo de los cuarenta años de su existencia transcurridos hasta entonces. Cierto que quedamos con la impresión de que faltaba algún papel, tal vez porque alguna mano pecadora, entre tantas por las que habrán pasado aquellos escritos, hubiera olvidado devolverlo. Entramos a fondo en aquel bosque de nuestra historia, y cuando llevábamos varios meses entregados a tan apasionante labor nos llegó la petición de que modificásemos el destino de tanto esfuerzo: había que escribir un pequeño libro con motivo del 40 aniversario de la fundación del PCE, para divulgar entre las nuevas generaciones las etapas más relevantes de la ya larga, y sin embargo desconocida para los jóvenes, marcha del partido en la lucha por la democracia y el socialismo.

Y a escribir nos pusimos con más urgencias que sosiego; y escrito quedó a su debido tiempo, es decir, de modo que pudiese editarse el 20 de abril de 1960, fecha del aniversario. Pero nuestra sorpresa saltó cuando tuvimos noticia de que la dirección de París había puesto el libro en la calle con el título de “Breve Historia del PCE”. Era un título excesivo. La verdad es que a lo más que habíamos aspirado era a redactar un opúsculo de divulgación de la historia, pero no la Historia. Pecaba además el libro, ya lo sabíamos, de falta de espíritu autocrítico;

aducíamos en nuestra defensa que en un tiempo en el que la dictadura, sobre encarcelar, torturar y fusilar a los comunistas, difamaba su historia sin tino ni vergüenza, nadie debería sorprenderse de que estos aprovecharan el cuadragésimo aniversario del nacimiento de su partido para lanzar su mensaje sobre el verdadero semblante de los comunistas españoles.

Esta misma comisión emprendió después la redacción de la historia de nuestra guerra civil, que se editó con el título de “Guerra y Revolución en España”. Una historia que contempla la guerra desde el mirador de la España republicana, de los enfrentamientos con los sublevados tanto en los campos de batalla como en la arena internacional. Tuvimos que consultar centenares de libros y documentos extraídos de los archivos de los países democráticos y de los fondos documentales de los nazis, abiertos a la investigación después de su derrota. Contamos también con el asesoramiento de muchos jefes militares republicanos. No creo que me deje llevar por la pasión si afirmo que “Guerra y Revolución en España” es una de las más serias e interesantes historias escritas sobre aquel acontecimiento.

Cuando más entregado estaba al trabajo en aquella comisión, tuve que abandonarlo para incorporarme a la actividad clandestina en Madrid. Algo más tarde también Azcárate y Cerdón tuvieron que dejarlo. No hay elogios bastantes para premiar el trabajo de Eloina Rapp y de mi viejo amigo Alberto González que nos sustituyeron y colaboraron con Dolores Ibarruri e Irene Falcón en la redacción de los tomos tercero y cuarto.

Ya queda dicho que el partido me propuso incorporarme al trabajo clandestino en España. Lo acepté a sabiendas que aquello suponía un terremoto en mi vida y en mi familia, aunque teníamos asumido que estábamos en el exilio y vivíamos, por consiguiente, expuestos a frecuentes mudanzas de país en país que introducían una atmósfera de permanente inestabilidad en nuestra existencia y que sin duda afectaba de modo singular a Mary, mi mujer, y a nuestras hijas Elenita y Natalia. Para mí cada cambio significaba despedirme del trabajo y de los compañeros, abandonar otra vez libros, documentos y anotaciones que uno va acumulando (y cuánto me habría ayudado su conservación, de haber sido posible, a redactar ahora estos lejanos

recuerdos). Pero estaba siempre dispuesto a asumir los riesgos que conllevaba la militancia en el partido.

Tengo que reconocer, sin embargo, que sobre Mary recaía la parte más dura del traslado: tenía que clausurar una casa en un país al que ya nos habíamos habituado y montar otro hogar en un país desconocido, atender a las hijas, resolverles el problema del colegio y la forma de hacer que su vida discurriese de la manera más parecida a la normalidad, cosa nada fácil; es lo que les esperaba esta vez: cambiar de país, de idioma, de casa, de colegio, de amigos, de todo. Elenita (14 años a la sazón) lo tenía más fácil, dominaba el español y el ruso, era intuitiva y enérgica; su problema consistía en que debía ingresar en un instituto de París sin saber el francés.

Más tortuoso fue el camino que hubo de recorrer Natalia: es verdad que siempre tuvo el español como idioma base, lengua casera para hablar con papá y mamá y algo con su hermana. Tenía poco más de un año cuando fuimos a Rumanía; allí aprendió el rumano de los niños de la calle, pero cuando a los seis años regresamos a Moscú le tocó ingresar en su primera escuela, que enseñaba en ruso y en inglés, ninguno de los cuales conocía, y cuando ya podía desenvolverse en ruso, tuvo que trasladarse a París. No sabía el francés, pero lo asimiló rápidamente, porque los niños se empapan de los idiomas como las esponjas del agua. Sin embargo, cuando ya hablaba el francés como una parisina, le llegó la hora de marchar a Madrid. En cada una de esas etapas se fue dejando las plumas, porque tenía que empezar a partir de cero, siempre en la primera clase, mientras aprendía el idioma de turno. Terminó aborreciendo los colegios, los idiomas y los traslados. Pero todo esto era parte del precio que pagábamos por el largo exilio y la que parecía interminable dictadura franquista.

Esta vez, como iba diciendo, nos despedíamos de Moscú, donde habíamos vivido unos pocos años ricos en amistades con españoles a los que es imposible olvidar.

Estaba entre ellos el genial escultor Alberto Sánchez, el escritor César Arconada, director entonces de la edición en español de la revista “Literatura Soviética”, el arquitecto Luis Lacasa, hombre de una fabulosa cultura artística y literaria, colaborador

de Sánchez Arcas en los primeros proyectos de la Ciudad Universitaria de Madrid, y por supuesto, sus mujeres que hacían más grata su vida en el exilio: Clara Sancha, mujer de Alberto, su hermana Soledad, mujer de Lacasa, María Cánovas, mujer de Arconada. Por cierto que un día también a nosotros nos trajeron aromas de España: fueron el alma de una caracolada, decían que al estilo de Madrid; un manjar insólito en aquellas tierras donde abundaban los caracoles, pero que podían sacar sus cuernos al sol sin temor a terminar en una cazuela. No se comían.

Nos despedimos de Virgilio Llanos, el viejo líder ugetista que fuese en nuestra guerra el comisario político del XII cuerpo de Ejército. Le había conocido durante aquella contienda en tierras de Cataluña, y coincidimos después en Moscú viviendo en el mismo barrio, lo que propició la frecuencia de nuestros encuentros. Era un espíritu aventurero, indómito, que manifestaba sus desacuerdos con explosiones verbales incendiarias, pero que escondían, sin embargo, a una gran persona y a un camarada leal y solidario.

Le dimos el adiós a Antonio Cerdón, a Rosita, su mujer, a Terín, su hija. Una familia con la que nos unía una gran amistad, remachada por la vecindad: vivíamos en distintos pisos de la misma casa, lo cual nos permitía reunirnos a diario en el apartamento del uno o del otro para tomar café y hablar de lo divino y lo humano.

Cerdón fue uno de los militares profesionales que se pusieron al lado de la República. Oficial de artillería, había sido separado del ejército por Primo de Rivera, aunque acogido después por Azaña. Entretanto había trabajado como ingeniero unas veces, como profesor de matemáticas o de literatura otras. En la guerra civil dirigió brillantemente la recuperación del Santuario de la Virgen de la Cabeza y desempeñó el cargo de Subsecretario del Ministerio de Defensa. Fue ascendido a general por Negrín.

Abrazamos a Jesús Saiz, camarada entregado a la solución de los eternos problemas cotidianos del colectivo de españoles en Rusia; dijimos adiós a Luis Balaguer, del grupo de los elegidos por Pasionaria para redactar la historia del PCE, y a su mujer, Julita.

Me despedí de Azcárate y de Esther, su mujer. Habíamos trabajado con un grupo de jóvenes españoles, profesores universitarios con quienes formamos un equipo dedicado al estudio de la estructura económica de España. Además logramos que Mansilla, un joven vasco de los más competentes profesores de la Universidad Lomonosov, guiara nuestros estudios sobre el primer tomo de “El Capital”. De todo y de todos estos tuve que despedirme, pero no quiero cerrar este capítulo de los adioses sin hablar de un desconocido que un día apareció por el instituto donde trabajábamos.

Era un español alto y de complexión fuerte, que aparentaba cuarenta y tantos años y lucía en la solapa el distintivo de la condecoración “Héroe de la Unión Soviética”. Nos visitaba con cierta asiduidad, que nos permitió entablar con él una relación abierta, aunque yo continuaba sin idea de quién era, sólo sabía que se llamaba Ramón. Al fin un día se sinceró:

—¿Sabes ya quién soy?

Le dije la verdad: —No tengo ni la menor noción. Nadie me lo ha dicho, tampoco he preguntado.

Me contó su historia brevemente. Se llamaba Ramón Mercader y había matado a Trotsky. Había ido a México con ese propósito, se había ganado la confianza del revolucionario desterrado, aunque él mismo empezaba a sustituir en su fuero interno el odio por la simpatía o lo que fuere hacia aquel hombre; al menos eso parecía traslucirse de su relato: aplazaba día tras día, con distintos pretextos, la perpetración de aquella atrocidad, pero era un prisionero de la palabra empeñada, no tenía escape. De aquello hacía veinte años.

—No sabes lo que me costó. Pero muerto el perro se acabó la rabia.

No pude callarme: —No, Ramón. Ni Trotsky era un perro rabioso, ni la muerte acabó con sus ideas. Puede gustarnos o no, pero el trotskismo sigue siendo una corriente del movimiento obrero revolucionario.

No respondió una sola palabra. Después de aquel choque quedé muy impresionado por su revelación. Ramón era una persona culta, afable, nada que se pareciese a un matón. Provenía de una familia burguesa catalana, había aprendido de niño

el francés y el inglés, idiomas que manejaba perfectamente. A pesar de todo, su madre, Caridad Mercader, era una apasionada de la Unión Soviética y forjó a su hijo en ese mismo fuego. Durante nuestra guerra Ramón luchó en el ejército republicano. No sé si fue entonces cuando conoció a quien le convencería para embarcarse en la ominosa aventura de México. ¿Por qué lo aceptó? ¿Era a tal punto un fanático? ¿Fue simplemente una víctima de la ciega obediencia al líder? Reflexionando sobre su historia me inclino por lo último. Los que habíamos aplaudido la denuncia jruschoviana del culto a la personalidad de Stalin por el peligro que encerraba de abuso de su poder personal, nos encontrábamos con el ejemplo viviente de una víctima de ese culto, con alguien que estuvo incluso dispuesto a matar si se lo pedían en nombre de Stalin. Tal vez les parezca inconciliable tratar de víctima también al asesino. Pero lo fue. Pagó caro su crimen. Cuando lo conocí ya había sufrido dos infartos. Tenía roto el corazón y los nervios desvariados: se despertaba cada noche aterrorizado a las cuatro en punto de la madrugada. Era la hora de los carceleros, la hora de los interrogatorios y de las torturas.

Veinte años estuvo en la cárcel, a partir del día en que mató a Trotsky no volvió a vivir en paz consigo mismo. Esa es al menos la conclusión a la que llegué después de conocerle y tratarle durante algún tiempo. Pero creo también que era una contradicción viviente: estaba horrorizado de lo que había hecho, pero intentaba convencerse de que tenía una razón que justificaba el crimen cometido: la eliminación de un traidor a la causa del socialismo. Falleció en Cuba en 1978.

XXVI. Madrid, la actividad clandestina

Fue en París donde supe cuál era la misión que me reservaba la dirección del partido: debía de suceder a Jorge Semprún (Federico Sánchez en la clandestinidad) en su trabajo de coordinador de la actividad del PCE entre los intelectuales y los estudiantes de Madrid. Al mismo tiempo tenía que incorporarme al núcleo que con mi llegada se convertiría en una “troika” encargada de coordinar la acción del partido allí, y que quedaría

formada por Romero Marín, Luis Antonio Gil y yo mismo que entonces me hacía llamar Luis Costa. Alrededor de esta “troika” se movían otros camaradas entregados a la lucha, cuadros dirigentes del mundo cultural, como el escritor Armando López Salinas, del sector obrero, como Víctor Díaz Cardiel, o de áreas de la gente del campo o de las mujeres.

Cuando me explicó que mi misión era relevar a Federico Sánchez en Madrid, Carrillo me dio a entender que temía por su seguridad: llevaba muchos tiempo en el trabajo clandestino y la policía andaba tras sus pasos. Me pareció razonable que se tomasen medidas de salvaguarda antes de que fuese demasiado tarde, y supuse que su relevo había contado con su asentimiento. Mientras esperaba el momento de entrar en España mantuve con Federico una relación cordial y asidua: me recibió en su casa y me expuso pacientemente la situación de los intelectuales y estudiantes madrileños; una vez en Madrid me dedicó algunos días para presentarme a varios amigos. En ningún momento creí que este relevo pudiera dar motivo a la desavenencia entre nosotros, y si la hubo obedeció, sin duda, a divergencias políticas posteriores, que las hubo, aunque tampoco tan hondas como para desbaratar una relación que debiera ser amigable. Por lo demás es lo cierto que, cuando todo esto ocurría, España empezaba a entrar en una etapa sensiblemente distinta. El movimiento obrero cobraba fuerza con los mineros asturianos al frente. En abril de 1962 abrían estos una huelga en el pozo Nicolasa de Mieres; en agosto, otra, y a partir de estas dos huelgas no paró la oleada huelguística minera: en julio y septiembre de 1963, en abril de 1964, en julio de 1965, en marzo de 1966...

Entretanto aparecían las comisiones obreras, se extendía la oposición al régimen entre universitarios. Como alguien ha escrito, “se sentía crecer la hierba”. Es verdad que crecía al mismo tiempo la lucha ideológica dentro del partido. En la Universidad, de modo especial, penetraba una filtración maoísta, por una parte, y frente a ella aparecía un sector de coloración moderada, que enseguida se identificaría con las posiciones de Claudín y Federico. Claro que la guadaña represiva intentaba segar la hierba: en 1962 Franco proclamó el Estado de excepción en Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa, desterró por aquellas

fechas a 162 mineros, ya estaban en la cárcel entonces Simón Sánchez Montero, Lucio Lobato, Jaime Ballesteros, Antoni Gutiérrez y otros muchos comunistas. Además había sido apresado Julián Grimau muy pocos días antes de mi llegada a Madrid, y eran detenidos por alzar la voz en su defensa el filósofo Manuel Sacristán y el poeta Carlos Álvarez. Y sin embargo, estallaban nuevas huelgas, ciento dos intelectuales hacían llegar a Fraga, entonces ministro de Información y Turismo, una carta encabezada por el escritor José Bergamín contra la brutal represión de la que se hacía víctimas a los mineros. Se estaban superando los tiempos del silencio del plomo y del miedo, la situación ganaba en complejidad y no parecía que fuese un vivir en otro mundo el confiar en el robustecimiento de la oposición a la dictadura. Aunque es verdad que errábamos al juzgar más próximo su fin. Y más contundente.

Quinto Cuaderno: La clandestinidad y la cárcel

XXVII. Intelectuales en lucha. Muerte de Grimau

En aquel otoño de 1962 pasé clandestinamente a España para incorporarme a la dirección del partido en Madrid: recuerdo como si fuera hoy aquella mañana de noviembre cuando acudí a la cita con Semprún ante el Museo del Prado: era la emoción del regreso al Madrid de mis amores después de tantos años de ausencia. Había llegado allí la tarde anterior y abierto con mis propias llaves la puerta de la casa donde viviría hasta mi detención, año y medio después. Pero entre tanto no perdimos el tiempo, Jorge me presentó a los intelectuales y a algunos de los universitarios que participaban de manera más directa en la dirección del partido. Así conocí, en las reuniones y encuentros que celebramos juntos, a Armando López Salinas, a Javier Pradera, a Ignacio Romero, a José Ruibal y a otros camaradas de aquel entonces como Alfonso Sastre y Eva, su mujer, a Domingo Dominguín, a García Hortelano y a los poetas Ángel González, Gabriel Celaya y Blas de Otero, con quien ya había trabado amistad años antes en el sanatorio de Moscú donde había sido tratado de alguna dolencia.

Tengo que insistir en algo que no por haberlo dicho mil veces no deba ser repetido: en aquellos años difíciles y arriesgados los intelectuales participaron abiertamente en la lucha política, denunciando la brutalidad represiva de la dictadura.

En abril de 1963 el gran filólogo Menéndez Pidal, a la sazón director de la Academia Española, presidió una delegación, en la que estaba asimismo Aranguren, para pedir la libertad de Grimau, condenado a muerte. Franco no quiso dar la cara, se negó a recibirles, aunque de ella formaba parte también monseñor Montini. Meses más tarde, cien intelectuales –ciento uno para ser exactos– denunciaron la violencia represiva de la dictadura

contra los mineros asturianos en lucha, y ante la respuesta infame de Fraga redactaron una nueva carta de protesta, esta vez con ciento ochenta firmantes.

Encabezaba la protesta el escritor católico José Bergamín, a quien visité en compañía de Domingo Dominguín en su casa de Madrid, cerca de la plaza de toros de las Ventas, si la memoria no me traiciona. Queríamos agradecerle su intervención en defensa de los mineros, entre los cuales había muchos comunistas, testimoniarme nuestro apoyo moral y darle ánimos, aunque ánimos le sobraban. Sin embargo, nos confesó que su situación en España era ya insostenible. Y en verdad lo era: aquel mismo otoño hubo de emprender un nuevo exilio.

Aquel año me tocó también bregar duro por la unidad del partido puesta a prueba por la aparición, en la universidad madrileña, de un grupo de militantes que atendían a la inspiración maoísta, criatura de la áspera confrontación que en aquel entonces se libraba entre la República Popular China y la Unión Soviética. Nuestros esfuerzos para evitar una secesión no fueron pocos, pero sí baldíos: en el mes de diciembre salió a la calle el “Mundo Obrero rojo”, órgano de la fracción prochina, o albanesa, o maoísta o simplemente izquierdista; lo único claro era que la escisión quedaba abierta y cantada.

A todo esto hay que añadir el impacto de las divergencias que se estaban debatiendo entonces en el Comité Ejecutivo del partido. No creo que sea equivocado afirmar que éstas encontraban el máximo eco en la universidad; y cuando Ignacio Romero dejó el equipo dirigente se produjo cierto vacío que pudimos llenar gracias a la entrega digna de alabanza de muchos militantes. La situación se estabilizó finalmente en una reunión de cuadros destacados donde, después de comprobar lo difícil que resultaba encontrar a alguien dispuesto a asumir la dirección de la agrupación comunista universitaria, dio un paso al frente Juan Francisco Pla: —¡Yo lo estoy!

El resto de los camaradas reunidos aplaudieron su decisión y se cerró de este modo la crisis de la dirección que se venía arrastrando.

El sábado 20 de abril de 1963, a las cinco y media de la mañana, nuestro camarada Julián Grimau fue fusilado en el

campo de tiro de Carabanchel. Antes había atravesado un calvario: los policías de la Brigada Político Social se ensañaron con él a tal punto que al final fue defenestrado, creyendo que así se borrarían las huellas del terrible suplicio al que había sido sometido. Cuando, año y medio más tarde, los policías me interrogaron a mí en la misma habitación en que lo habían hecho a Julián, trataron de convencerme de que Grimau se había arrojado a la calle en un impulso repentino a través de los cristales de un ventanuco cerrado. La explicación era tan increíble que sólo dejaba claro el afán del sayón en borrar las huellas de aquella fechoría.

Supe después que habían contado la misma historia a mi amigo y gran poeta Carlos Álvarez, detenido por una valiente carta en defensa de Grimau. Interrogaron a Carlos en el mismo cuartucho del ventanuco por donde porfiaban que se había arrojado Grimau y el comentario del poeta no les gustó a los policías. Uno de ellos le amenazó: “Desde luego si fueses hijo mío te tiraba por el balcón”.

—“Caray, qué afición tienen ustedes a tirar a la gente por el balcón”, replicó Carlos.

El policía se llevó la mano a la pistola; su compañero, el célebre Delso, le hizo señas para que dejara las amenazas. Se lucieron.

El defensor de Grimau era el abogado Amandino Rodríguez Armada, que removi6 Roma con Santiago para salvar a Julián de la pena de muerte, pero los abogados civiles no podían ejercer la defensa en los consejos de guerra, por lo que tuvo que hacerla un defensor militar, el capitán Alejandro Álvarez Amandi, y lo hizo brillantemente. Pese a todo, al caer la noche ya se corrió la noticia de que el consejo había condenado a nuestro camarada a la última pena, sentencia que sería confirmada a continuación por el teniente general García Valiño. Sólo quedaba Franco, sólo él podía cambiar la sentencia. El partido comunista, Amandino y otros muchos abogados, corresponsales de prensa extranjera, líderes socialistas como Yules Moch, Harold Wilson, Hans Otto Kraf, Pietro Nenni, Willy Brandt y una infinidad de personalidades políticas e intelectuales condenaron la represión política reinante en el Estado franquista y apelaron a la solidaridad con Grimau. Pero sus exhortaciones se estrella-

ron contra aquel muro de impiedad. El viernes 19 de abril se reunió el consejo de ministros presidido por Franco. Romero Marín, Armando López Salinas, el doctor Jesús Armando Caldas y yo pasamos aquella noche en vela, en la clínica de Caldas; esperábamos, cierto que con los más sombríos presentimientos, la llamada de un amigo que había prometido que nos comunicaría puntualmente el acuerdo del consejo de ministros. A eso de las cuatro de la madrugada sonó el teléfono; era el mensaje esperado: Franco no quiso hacer uso de su derecho de gracia. Grimau sería fusilado aquella misma mañana.

Con el paso del tiempo se ha sabido que Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, se opuso al fusilamiento, el general Muñoz Grandes tuvo reparos, pero acabó alineándose con Alonso Vega y Martín Alonso, que apostaron por la sentencia de muerte. Franco la confirmó.

Juan José del Águila Torres, magistrado de la sala Segunda de la Audiencia de Sevilla y autor de un importante libro sobre el Tribunal de Orden Público (el TOP), puntualiza que Carrero Blanco se encargó de falsear el acta del consejo de ministros para que no quedara constancia de que el proyecto de creación del TOP había sido aprobado para primeros de abril, lo cual habría supuesto la inmediata paralización del consejo de guerra contra Grimau, celebrado el 18 de dicho mes. Por el contrario, ofreció la visión de que la creación del TOP habría sido aprobada en mayo. Esta trampa la descubrió Juan José del Águila en una fuente insospechada: cuenta Fraga Iribarne en sus memorias que el 3 de abril cenó con Mel Ferrer y Audrey Hepburn, y que dos días después se aprobaba “al fin el decreto de ley creando el Tribunal de Orden Público, que descargó de la mayoría de los asuntos a la Jurisdicción militar”. Fraga estaba en lo cierto: el acuerdo de crear el TOP no era para mayo, sino para abril.

Franco congeló su tramitación para someter a Grimau a un consejo de guerra y poder así condenarle a muerte. Con aquella trampa se intentó tapar un crimen de Estado y lanzar, además, la advertencia dirigida a los comunistas de que Franco seguiría matando; también era un aviso para los liberales, reunidos escasos días antes en Munich, para que se alejaran de los comunistas. La dictadura quería acobardar a la oposición; la propia condena de muerte formaba parte de la política del miedo. Por

aquellos días había hablado yo con algunos estudiantes para saber si les parecía posible hacer algo a favor de Grimau, pero comprendí enseguida que aún no había madurado ni el grado de organización ni tal vez el estado de espíritu en los medios estudiantiles para pedir la libertad de Julián.

En un viaje a París le conté a Angelita Grimau la serena entereza con la cual se había enfrentado su compañero al trágico final de tantos años de riesgos y luchas. ¡Qué gran corazón el de Angelita! No quise contarle el remate de aquella atribulada noche de vela a la espera de la sentencia. Tampoco la tarde del domingo, el día siguiente de la muerte de Grimau. De la plaza de toros de Carabanchel llegaba hasta mi ventana la algarabía y el clamoreo vociferante de los olés. Era tarde de toros. Pero acababan de fusilar a Grimau, allí mismo, en Carabanchel ¿no lo sabían?... El mundo entero condenaba el nuevo crimen de Franco. Hacía veintitantos años que había terminado la guerra civil, pero los culpables de aquella cruzada cainita seguían perpetrando condenas de muerte. La gente ¿no quería enterarse? Sentí vergüenza ajena. Aquel fue uno de los días más tristes que yo recuerde.

XXVIII. Discrepancias y coincidencias

El partido organizó en agosto de aquel año de 1963 una reunión en Arrás, la capital del departamento del Pas-de-Calais, naturalmente gracias a la solidaridad del partido comunista de Francia, reunión a la que asistimos militantes de casi toda España y que tenía como objeto abrir una reflexión sobre los problemas políticos imperantes en aquel momento. Creo que fue allí donde salieron a la luz los primeros síntomas anunciantes de divergencias en el Comité Ejecutivo. A la reunión asistió Claudín, que desarrolló toda una conferencia sobre los fundamentos del materialismo histórico; no concurrí, en cambio, Jorge Semprún, supuse que por razones de trabajo, aunque enseguida comprendí que el motivo había que buscarlo en otra parte, y precisamente en las divergencias, dentro del ejecutivo.

Posteriormente no pude seguir el desarrollo de aquel debate, primero porque estaba la mayor parte del tiempo en Madrid;

segundo, porque no era miembro del Comité Ejecutivo en cuyo seno se debatían las discrepancias. Cierto que había asistido a las primeras –o algunas de las primeras– reuniones en las que se empezaron a comentar aquellas desavenencias, pero de esto hablaré enseguida.

Han quedado abundantes testimonios acerca de la reunión que, a finales de marzo de 1964, tuvo lugar en el “antiguo castillo de los reyes de Bohemia”, cerca de Praga. Allí, el Comité ejecutivo del PCE discutió sobre el llamado “informe de marzo” de Fernando Claudín, discusión que condujo a la exclusión de este y de Jorge Semprún del Comité ejecutivo, aunque continuarían formando parte del Comité central. En otoño de aquel mismo año Claudín redactó y sometió al partido un nuevo texto, al que respondió el Comité ejecutivo en enero de 1965 por medio de las “Notas críticas de Nuestra Bandera al documento plataforma fraccional de Fernando Claudín”. En abril, el órgano del PCE “Mundo Obrero” informaba de que Claudín y Semprún habían sido expulsados del partido. Para entonces hacía más de un año que yo estaba en la cárcel, donde las únicas noticias que de vez en cuando nos llegaban sobre aquella polémica aludían a que los discrepantes se habían deslizado por la pendiente del trabajo fraccional, cosa que me parecía absolutamente censurable. Por eso, cuando por entonces recibí clandestinamente una carta de Santiago Carrillo en la que decía que, según Claudín, yo compartía sus opiniones, contesté rechazando aquella afirmación. Lo que sí era verdad es que compartía con Claudín la opinión de que el partido pecaba de subjetivismo a la hora de evaluar el grado de preparación de las masas para la lucha.

También coincidía en que, dado el mísero nivel de los salarios en España, el capital monopolista podía satisfacer algunas de las exigencias de los asalariados¹.

¹ En el libro “Documento de una divergencia comunista”, Editorial El viejo Topo, 1978, decía Fernando Claudín:

“El capital monopolista tiene la posibilidad de dar cierta satisfacción a la lucha de la principal fuerza social y política del país: la clase obrera industrial y el proletariado agrícola. Y en esto coincidía enteramente conmigo el camarada C.” Es decir, Sandoval, puesto que “C” correspondía a mi nombre supuesto, Costa (véase la nota 23 de la página 216 del libro citado).

Pero discrepaba de Claudín y Semprún en otros temas. Recuerdo que en una de las reuniones antes mencionadas choqué frontalmente con Semprún (o Semprún chocó conmigo) en un tema tan simple y aparentemente claro como el del supuesto apoliticismo –o la despolitización– de las masas trabajadoras. A mí me parecía erróneo e injusto acusar de apoliticismo a los trabajadores, creía que no había que dejarse engañar por las apariencias, que muchas de las zonas de fingido apoliticismo eran en realidad reductos de ocultación de una politización soterrada. Esta era mi sincera opinión, que Semprún rebatió con desusada vehemencia.

Conservo el recuerdo o la impresión de que Claudín hilaba más fino, era más sutil en sus análisis. En su informe de marzo explicaba que cuando existía la reglamentación estatal de los salarios, toda lucha se enfrentaba objetivamente con el Estado y exigía, para encontrar solución, una decisión política. Hoy se resuelve, en la generalidad de los casos, a través del sistema de convenios colectivos, en lucha directa de obreros y patronos en el marco de cada empresa o rama. “Esto es –dice Claudín– lo que yo llamo despolitización”. Y aun agrega: “esto no quiere decir que estas luchas económicas no sean ya un factor político y no puedan serlo muy importante...”

No es fácil poner pegas a este razonamiento, pero eso no pasaba de ser un tema colateral; los asuntos centrales eran los del subjetivismo que impregnaba los análisis de la realidad social; la cuestión de los cambios acontecidos en la estructura socioeconómica del país y, por encima de todos ellos, como se ha dicho cien veces, el qué hacer, el papel que debería desempeñar el partido: conducir a las masas a la lucha por un cambio de régimen o esperar que el cambio ocurriera por sí y ante sí como sugería el gran capital y como parecía deducirse de los planteamientos de Claudín y Semprún. Este era el quid de la cuestión.

Sea como fuera me dolió la expulsión de mi amigo Fernando Claudín y de Jorge Semprún, pero no tengo respuesta para estas preguntas: ¿Pudo evitarse la expulsión? ¿Por qué se llegó tan lejos? ¿Acaso no hubo un momento en que parecía abrirse la posibilidad de un acuerdo? Aunque se tratara de una “coincidencia parcial”, ya he apuntado que Claudín matizaba el proble-

ma de la “despolitización”; agregaría lo que Carrillo apuntaba sobre la posibilidad de que “bajo la presión de la lucha de masas la oligarquía se viese obligada a consentir ciertos cambios, incluso la retirada de Franco o su paso a un lugar secundario; de que durante un periodo, la oligarquía consiguiese conservar el poder bajo unas formas u otras”¹.

Pero de esto hace tanto tiempo... han pasado tantas cosas desde entonces que bien vale la pena escuchar lo que ha dicho, en fin de cuentas, la lucha y la historia sobre aquel trance.

Después de más de diez años de separación –la cárcel, los conflictos políticos–, volvimos a vernos Claudín y yo en junio de 1975. Hacía un año que yo había salido de la cárcel. Él acababa de volver a España. Me contó que lo había hecho en un arranque muy de su estilo: pasó la frontera clandestinamente y una vez en Madrid solicitó un documento nacional de identidad en la comisaría del barrio, diciendo que había perdido el suyo. Se lo dieron. Eran los tiempos de la mal llamada dictablanda. Nos vimos varias veces y prometimos mantener aquellos contactos. Por desgracia no pude dedicarles el tiempo que se merecían, pero trabajamos con cierta sintonía gracias a que él era director de la Fundación Pablo Iglesias y yo el presidente de la FIM. Entre otras cosas organizamos de común acuerdo un importante encuentro internacional de socialistas, comunistas y otras fuerzas partidarias de la paz.

Nos vimos por última vez en Dubrovnik, en una conferencia convocada por la Liga comunista de Yugoslavia. Y otra vez nos enfrentamos. En mi intervención fui bastante crítico con el nuevo rumbo de los partidos socialistas del sur de Europa –Italia, Grecia, desde luego España, etc.– que habían virado hacia la derecha, abandonaban el marxismo y se confundían cada vez más con los partidos neoliberales.

Claudín tomó la palabra para refutar mi posición, contesté en el mismo tono y, terminada aquella sesión matinal, sentimos la necesidad de hacer las paces. Comimos juntos sentados bajo un parral donde decidimos olvidar el rifirrafe y afirmar una amistad que estaba por encima de las diferencias políticas;

¹ Fernando Claudín. “Documentos de una divergencia comunista”, El viejo Topo, Pág. 236

aunque, ay, ¡cuántas amistades mueren en los estertores de las polémicas políticas!

XXIX. *La caída*

El lunes 26 de abril de 1964, año y medio después de empezar a trabajar en la clandestinidad madrileña, me detuvieron. Acababa de salir de casa cuando tuve la sensación de que alguien me seguía. No quise volver la cabeza. Tampoco hizo falta: dos policías me pusieron sus pistolas en la espalda; no había nadie en la calle, inundada de sol. Me esposaron.

—¿Qué pasa, qué hacen?

—Que nos va a acompañar a la Dirección General de Seguridad.

Aquí se acabó la conversación, tenían el coche a dos pasos. Por el camino me hice la primera pregunta: ¿dónde cometí un error? Había sido extremadamente cauto en mis movimientos por Madrid, nunca aparecía en una cita sin antes haber adquirido la certeza —siempre relativa, de todos modos— de que nadie me seguía; y sin embargo me siguieron, lo que quería decir que la policía disponía de un servicio moderno y eficiente de seguimiento. La segunda pregunta era: ¿desde cuándo me seguían? No era un secreto que los comunistas proponíamos y preparábamos concentraciones pacíficas en la Casa de Campo para el 1 de mayo, fiesta de los trabajadores, lo cual se había traducido en un ajetreo de distribución de pasquines y periódicos.

Mi primera sospecha iba por ahí. Pensaba que la policía había dado con una de nuestras redes de distribución de propaganda y, a partir de ella descubriría, eslabón a eslabón, una cadena de contactos entre los cuales había caído yo. Pero esto, pensé, sólo lo averiguaría cuando supiese quiénes habían caído conmigo, cuándo y cómo. El caso era que no había advertido atisbos de asechanza. Aunque después, dando vueltas a la memoria recordé, de pronto, un percance no tan lejano: semanas antes de mi detención nos habíamos reunido la “Troica” en una habitación de la casa donde se albergaba uno de los camaradas, concretamente Luis Antonio. Mediada la reunión sonó el timbre

de la puerta de entrada. La dueña nos pidió silencio mientras iba a ver quién llamaba. Cuando volvió nos dijo que había sido un policía municipal; había preguntado si tenía huéspedes y si estaban empadronados. Ese día despachamos el suceso con cuatro frases tontas y no porque se nos escapase su alcance, sino para no dar pábulo al nerviosismo, pese a lo cual multiplicamos desde entonces las medidas de vigilancia y seguridad.

En la Dirección General de Seguridad me aplicaron el trato vejatorio habitual en semejantes circunstancias y en tal institución. Me obligaron a flexionar las piernas y me esposaron los brazos detrás de las corvas. En esa forma disimulada de tortura me tuvieron diez horas. Estando así maniatado, en cucullas, irrumpió en la habitación, como una tromba, un policía alto y ceñudo:

—Conque, ¿jugando a la actividad clandestina, eh?

No pude contenerme:

—Estamos en la actividad clandestina porque ustedes han prohibido la actividad legal de los partidos.

La tromba pegó un bufido y desapareció. No sé quién era ni cómo se llamaba.

No le vi más por allí.

Por la noche me llevaron a dormir a una celda inmunda, en los sótanos de las DGS. Conducido a la mañana siguiente ante la policía me preguntaron algo que ya esperaba:

—Tu documento de identidad no nos sirve: ni te llamas José Suárez, ni vives en Valencia ni nada: lo hemos comprobado a fondo.

—Si me traen un papel y pluma haré una declaración por escrito.

Me lo trajeron. Lo que escribí fue breve y claro, lo reproduzco de memoria: “Me llamo José Sandoval Morís. Soy miembro del Comité central del PCE y he venido a España para trabajar por la política de reconciliación nacional y por la restauración de la democracia.”

Los policías festejaron esta declaración, comunicaron a todos los de su equipo que habían tenido una suerte loca, que habían detenido a un dirigente; por lo que deduje de sus comen-

tarios cobrarían una paga extra. Mientras ellos lo celebraban yo pensaba en el trabajo bien hecho de mi camarada Domingo Malagón, el artífice de nuestros documentos falsos, que resistían las pruebas más severas de los policías más macizos.

No me dijeron que el documento de identidad fuese falso, sino que eran falsos los datos inscritos en él sobre mí. Un policía que parecía el jefe inmediato de aquel equipo me anunció que no era yo el único detenido y añadió:

—Qué le vas a hacer, José, has jugado y has perdido.

No quise dejarle sin respuesta:

—No estaba jugando, no soy un jugador ni un aventurero, luchaba, como hacen otros muchos españoles, para acabar con la dictadura y traer la democracia a este país.

Al cabo de tres días ingresamos en la cárcel de Carabanchel ocho camaradas del mismo expediente. Pudimos entonces comprobar quiénes habíamos sido detenidos.

Había caído Luis Antonio Gil López, joven santanderino de larga y eficaz militancia, miembro como yo de la “Troika” dirigente. Se les había escapado de las manos, en cambio, Francisco Romero Marín, que había entrado aquella mañana de la batida policíaca en la tienda de electrodomésticos regentada por José Aníbal Mier —otro de los detenidos— en cuyo sótano teníamos la imprenta clandestina; una vez dentro se dio cuenta de que la tienda estaba ocupada por gente rara. Compró una bombilla, dio un empujón al que quiso impedirle la salida y cruzó a la carrera el solar vecino perseguido por las balas del policía. Otro de los detenidos era Justo López de la Fuente, veterano miembro del partido, comandante de la 36 Brigada Mixta durante la guerra civil; cuando le detienen es el encargado del aparato de propaganda a cuyo frente había estado anteriormente Antonio Montoya, también detenido. Justo López de la Fuente muere de un cáncer durante su cautiverio. Fueron detenidos, además, Jesús Martínez Velasco, José Ajenjo Bielsa, Antonio Ávila, Silvano Morcillo Jarabo; y aún hay que recordar a Enrique Sarrió y Francisca Pinilla, detenidos por habernos brindado hospedaje a Luis Antonio Gil y a mí. Finalmente, uno de los camaradas de nuestro expediente cuya detención fue más sonada sería José Daniel Lacalle Sousa, joven ingeniero aeronáutico,

hijo del entonces Ministro del Aire y notable teórico de la estructura de clases de las sociedades contemporáneas y del pensamiento marxista.

La caída alcanzó a doce camaradas, entre ellos a dos miembros de la “Troika”; quedó fuera de juego una de las imprentas y parte de la red de distribución de la propaganda porque, como ya he apuntado, algunos de los detenidos se relacionaban con el sector de la impresión y reparto de materiales. Cayeron algunos cuadros del sector obrero –cuatro–, pero con la bandera en alto de no haber comprometido a nadie. Fuera de esto, el golpe no afectó a otros sectores: quedó inmune la organización de las mujeres, no alcanzó a la del campo, ni a los intelectuales, ni a los universitarios: la afirmación de Semprún de que mi caída había provocado la detención de varios universitarios no se confirmó: resultó ser una información equivocada: ni un sólo universitario fue detenido a consecuencia de mi arresto. Gracias a todo esto la organización del partido pudo reponerse inmediatamente. Continuó la oleada de huelgas en Asturias y se corrió a otras regiones; en mayo, arreciaron las huelgas en Vizcaya; en julio hubo huelga en Guipúzcoa, en septiembre nacieron las Comisiones Obreras en Madrid y Barcelona y se declaró huelga en Pegaso.

XXX. En la cárcel de Carabanchel

Como acabo de decir, cumplido el plazo de retención policial fuimos trasladados a la cárcel de Carabanchel; empezaba así un encarcelamiento que en mi caso se prolongaría diez años. Diez años rodando por prisiones y penales. En Carabanchel nos encontramos con los mineros asturianos de las huelgas del 62 y del 63. En el año 62 la lucha empezó con un paro en el pozo de Nicolasa, de Mieres, que no tardaría en extenderse a otras minas y a varias fábricas del metal. Las autoridades franquistas empezaron a mostrar síntomas de nerviosismo: declararon el estado de excepción en Asturias, anunciaron detenciones de obreros comunistas y desterraron a 126 huelguistas.

A despecho de la represión estalló una nueva huelga en agosto, mientras se registraba un encierro masivo en el pozo Baltasara.

En mayo del 63 tuvo lugar en Oviedo otro juicio: llevaron a los tribunales a varios trabajadores comunistas, lo que encendió la protesta de un grupo de mujeres que simpatizaban con los procesados. Ciertamente que existían distintos niveles de combatividad en las diversas regiones de España: los mineros asturianos eran entonces la vanguardia de la lucha.

En la cárcel se unió a nosotros al cabo de muy poco tiempo el poeta Carlos Álvarez, preso por sus escritos en defensa de Julián Grimau, sobre el que pesaba entonces la amenaza de muerte. Había también un grupo de jóvenes vascos que soñaban con una Euskadi libre y socialista. Finalmente, no tardó en aparecer en la cárcel un grupo de trabajadores alicantinos, casi todos de empresas textiles, encabezados por el veterano luchador comunista Timoteo Ruiz.

A nadie le extrañará que un colectivo de gente como la descrita, avezada a la lucha, presentara muy pronto un cuadro de reivindicaciones: la primera, la de recibir la prensa que circulaba en la calle, ya que a la cárcel sólo nos llegaba el periódico Redención editado por la dirección de prisiones.

Costó meses lograrlo, solicitudes al director, conversaciones con el jefe de servicios, con el maestro, con el capellán. Al principio parecían sorprendidos de que reclamásemos el acceso a la prensa, trataban de imbuirnos la idea de que los presos no teníamos derecho a hacerlo. Nosotros, con la ayuda de nuestros abogados, acabamos convenciéndoles de que los presos teníamos todos los derechos excepto aquellos especialmente señalados en la sentencia.

La segunda demanda consistía en que dispensaran a los no creyentes de asistir a la misa dominical. Tampoco fue fácil lograrlo, pero después de meses de resistencia transigieron a cambio de que los domingos, durante el tiempo de la misa, acudiéramos nosotros a lecturas de “formación moral”, como pudieran ser El Criterio de Balmes y otros libros piadosos que nos leyeron semana tras semana de cabo a rabo.

De aquel primer año de cárcel fue memorable la Nochebuena. El director había dispuesto, como todos los años al parecer, que se retrasara el toque de silencio para que los reclusos pudieran festejarla. Es lo que hicimos nosotros paseando arriba y

abajo por la galería, charlando y cantando, primero canciones populares, luego todo el repertorio genial de Quique Ferlosio, empezando por aquel villancico que decía:

*San José republicano
y la virgen socialista
y el niño que está en la cuna
del partido comunista.*

Y aquel cantar de los gallos:

*Gallo negro, gallo negro
gallo negro te lo advierto
no se rinde gallo rojo
más que cuando ya está muerto.*

Y ya puestos y contentos por lo bien que sonaba y por el silencio que se iba apoderando de la cárcel, se oyó en todas las galerías el retumbo de la internacional cantada a voz en grito por los locos gallos rojos de la sexta galería: ¡Arriba parias de la tierra!

Naturalmente aquella expansión coral tuvo su precio¹. Durante varias jornadas nos tuvieron en celdas noche y día; luego nos trasladaron a otra galería, aislada de todas las demás. Luis Antonio Gil fue bastante crítico con aquel esparcimiento de Nochebuena: vino a decirme que nos habíamos pasado y que aquello podía costarnos caro. Yo sabía que tenía razón, pero me defendí como pude: le dije que había sido una movida espontánea, que alguien había iniciado la Internacional y que no iba a ser yo quien la silenciara, que era muy razonable lo que decía, pero no podía de ningún modo arrepentirme, que al fin y al cabo éramos reclusos preventivos, no penados ni sometidos a disciplina penitenciaria.

1. Incluyendo en este precio una muerte. La dirección de la cárcel encerró durante más de un mes en las celdas de castigo, verdaderas cámaras de tortura existentes en el sótano de la prisión, a unos jóvenes maoistas a los que responsabilizó del incidente. Uno de ellos, José Delgado Guerrero, contrajo allí una enfermedad que le costó la vida: lo sacaron dos días antes de morir para evitar su fallecimiento en prisión y murió en su casa a los 24 años. Este mártir desconocido de la lucha del pueblo español contra el fascismo está enterrado en el cementerio de La Almudena, cuartel 312, manzana 51-B.

De todas formas nos quedaba poco tiempo para ser sentenciados y convertidos en penados. En febrero de 1966 se reunió el Tribunal de Orden Público para juzgarnos.

Los abogados que asumieron nuestra defensa (excepto uno del que no me apetece hablar) fueron un castillo de torres y almenas con las banderas de la justicia izadas.

Había entre ellos simpatizantes de los socialistas, de los comunistas, de los democristianos... Y personalidades como don Joaquín Ruiz Jiménez, que defendió a Luis Antonio Gil, pagando de este modo, como él mismo proclamaba, una antigua deuda solidaria, porque familiares de Luis Antonio habían hecho posible la excarcelación de don Joaquín durante la guerra civil.

A lo largo de mi encarcelamiento me atendió con asiduidad y energía María Luisa Suárez Roldán, que defendía también a Carlos Álvarez; sería Tierno Galván quien se haría cargo de mi defensa en el juicio: el “viejo profesor”, catedrático de Derecho Político, que sería más tarde uno de los alcaldes de Madrid que gozase de mayor popularidad. Estaba convencido de que mi mejor defensa sería presentarme como un convencido pacifista y me pidió que no hiciera o dijese nada que pudiera contradecir esta tesis. Prometí no decepcionarle y cuando en el juicio me preguntó sobre mis afanes pacifistas sólo se me ocurrió repetir una expresión trivial aunque recordada, para mi sorpresa, años después por el abogado Alfredo Flórez en una conversación con mi mujer: “No se me olvidará lo que dijo al tribunal tu marido: “Más que pacifista me considero un luchador por la paz, que también por la paz hay que luchar”. Evoco con respeto y admiración a todos los abogados que batallaron en nuestra defensa: Amandino Rodríguez, Antonio Rato, Mariano Robles Romero-Robledo, Alfredo Flórez Plaza, Diego Carrasco y otros cuyos nombres no logro recordar. Pero no olvidaré a Cristina Almeida y Manuela Carmena, que nos asistieron en momentos críticos de nuestra prisión.

Nuestros abogados supieron aprovechar las menguadas posibilidades que había abierto el cambio del tribunal militar del coronel Eimar por el tribunal de Orden Público para reducir la cuantía de las penas que el fiscal había solicitado; en mi caso

se redujo en más de la mitad. El fiscal había pedido para mí 33 años y 3 meses de prisión. Gracias a la inteligente labor de nuestros letrados fui condenado a quince años y tres meses de prisión. Tal fue la sentencia dictada el 8 de febrero de 1966.

XXXI. Empiezan las sanciones. Nuestras heroínas.

Con esto dejábamos de ser presos preventivos; éramos penados con todas las consecuencias y fue la primera que nos enviaran a cumplir la pena a la prisión de Cáceres, un penal que dejaba ver en sus muros, todavía agujereados por los impactos de las balas, las siniestras señales de los fusilamientos de republicanos durante la guerra civil.

Es hora de decir que de los integrantes de nuestro expediente sólo cuatro fuimos a parar a Cáceres: Luis Antonio Gil, Antonio Montoya, Jesús Martínez Velasco y yo. El resto de camaradas había salido ya a la calle o no tardaría en hacerlo, pero nos encontramos allí con otros comunistas: dos muy jóvenes obreros vascos –Luis Tamayo y otro cuyo nombre no consigo recordar–, un metalúrgico de Mieres, Genaro, y dos compañeros, Victoriano y Amador, militantes de un desconocido “partido comunista” formado en Suiza, a donde habían emigrado en busca de trabajo. El resto de los presos eran gentes de aquellos pueblos cacereños, a excepción de un zagal portugués que había violado a una extremeña de setenta y tantos años. Había algún gitano encarcelado por peleas tribales a punta de navaja y muchos peones sin trabajo, acusados de recoger aceitunas en olivares ajenos; y entre toda una muchedumbre de campesinos sin tierra ni hacienda conocí a un pastor de ovejas que en sus largas caminatas y en la soledad de sus noches, ya apriscado el rebaño trashumante, oía la Pirenaica y reconoció mi voz:

—Usted es el que hablaba a los campesinos...

¡Al cabo de los años!

El director de la cárcel, don Fernando Bravo y Bravo, era una persona culta y fue de agradecer que poco después de nuestra llegada tuviese interés en conocernos y en cambiar con nosotros unas palabras. Hablamos de cosas superficiales y nos

dijo no sin orgullo, que era miembro correspondiente de la Academia de Bellas Artes. Pero no tardamos en enfrentarnos. Sucedió que José Martínez, después de un viaje de 300 km para ver a su hermano Jesús, encarcelado con nosotros, se encontró con la negativa del jefe de servicios a autorizar su entrevista, alegando que el visitante “había bebido”. Era una sanción preventiva, anterior a cualquier motivo. Nosotros conocíamos bien a José: era un hombre todo corazón, una persona tranquila, cuya única flaqueza, como acontece a tantos obreros que trabajan duramente con cierzo y escarcha o con sol abrasador, era entornarse con algo que pudiera suplir la falta en su menú de carne y de alimentos sólidos. De nada sirvieron nuestros ruegos para que el funcionario modificase aquella prohibición injusta e injustificable: se cerró en banda y sólo nos dejó como salida la exteriorización de nuestro disgusto: era la hora de comer y nos negamos a hacerlo; la respuesta fue meternos en celdas de castigo, que estaban situadas en el piso más alto de la prisión y tenían como techo una lamina que lejos de atenuar multiplicaba la fuerza de aquel inclemente sol de julio. Al señor director, que respaldó con su autoridad aquella especie de escarmiento le había salido por debajo de sus meritos académicos el instinto del represor. Nos condenaron a un mes de celdas de castigo y a la pérdida de la redención de la pena por el trabajo.

Admitamos, sin embargo, que no todo serían calamidades en nuestra existencia de presidiarios; después de cuatro años sin ver a mi mujer y a mis niñas reaparecieron de pronto en mi vida. Fue en febrero de 1967 y venían desde Paris para visitarme en la cárcel, acompañadas también por Argentina, Choni y Mariti, madre, hermana y sobrina respectivamente de Mary: era la familia gijonesa de mi mujer. Ya se imaginarán mi júbilo al ver toda aquella cuadrilla ante mi reja.

Por unos días me convertí en un preso privilegiado, junto con mis compañeros, gracias a los desvelos de aquellas hadas madrinas venidas de otro mundo y dedicadas a lavar, guisar y coser para nosotros, y no hablemos ya de la carga de alegría y optimismo que nos transmitieron. Supimos después de haberse ido que habían gastado todo el dinero que tenían en darnos de comer: para nosotros fue una fiesta, para ellas un viaje de privaciones y trabajo.

Mis tres gracias, como las llamaba mi padre, estuvieron en Cáceres once días y tuvieron que regresar a Francia al duodécimo, porque no daba para más el permiso recibido. Por fin, en agosto de aquel mismo año Mary consiguió una autorización para volver a verme, al cabo de una larga batalla personal y de los abogados María Luisa Suárez, Tierno Galván, Mariano Romero Robledo, Alfredo Flores, Diego Carrasco y tantos amigos, entre los que no quisiera olvidar al entonces cónsul de España en París.

Cuando ya este nuevo permiso expiraba, Mary se decidió a jugar un envite. Se presentó en la DGS, para decir que no se iba de España. La atendió Comín Colomer que era entonces uno de los ideólogos de la policía política. En la calle, a la espera, habían quedado mi padre y el abogado Diego Carrasco para acudir en ayuda de Mary en caso de necesidad. Pero no hizo falta. Comín Colomer, conocido por sus diatribas contra el comunismo, trató a mi mujer con la mayor cortesía, recordándole que también él había escrito una historia del PCE, pero “desde el otro lado”. En efecto, era un intento de rebatir la historia escrita por nuestra comisión.

—Mire Ud. —le dijo mi mujer— a los once años fui enviada por mis padres a la U.R.S.S para librarme de la guerra. A esa edad no sabía nada de política. Llevo veinte años casada con Sandoval, tenemos dos hijas y quiero vivir en España con ellas, porque España es mi patria, y porque quiero estar cerca de mi marido encarcelado.

El señor Colomer no tuvo nada que oponer. Aquel mismo día Mary recibió autorización para quedarse en España, con nuestras hijas y con todos los documentos de rigor. Y también con la advertencia de que recibiría las visitas de la policía. Mary no volvió a Francia por temor a que surgieran nuevos impedimentos para su retorno, de modo que se afincó en Madrid, y fue Elena la encargada de traer las pocas cosas que teníamos en París. Con esta decisión Mary daba el paso, tan soñado por ella, de retornar a su país después de treinta años de expatriación. Pero lo hacía en una situación durísima, pues si yo permanecía entre rejas ella estaba sometida a visitas y registros policiales, al agobio de cuidar una casa y atender los estudios de las hijas y, no haría falta repetirlo, las mil necesidades y

demandas del marido y la lucha sin tregua por la libertad de los presos. No se olvide: si hay que hablar de heroísmo en esta lucha hablemos de estas mujeres. Fueron las más castigadas víctimas de la represión franquista, pero también las que batallaron con más ardor y valentía. Ningún tribunal las condenó y sin embargo tuvieron que padecer las penas más dolorosas y más injustas.

Pero nada ni nadie las arredró. Hablemos de ellas, de Dulcinea Belloso, Vicenta y Josefina Camacho, Pilar Ariza, Carmen Díaz Cardiel, Manolita Rivas, Lolita Montoya, Micaela Ruiz y Mary Sandoval y tantas otras como África, que iba las manifestaciones y a los encierros con sus dos hijos porque no tenía con quien dejarlos. Estas mujeres se encerraban noches y días en las iglesias para pedir la amnistía: en la de los Jesuitas en la calle Serrano, en la de San José de la Calle de Alcalá, en la de San Roque de Carabanchel; cada vez que se reunía la conferencia episcopal, allí iban las mujeres de los presos antifranquistas demandando ayuda para liberar a los suyos, y así consiguieron arrancar unas palabras a Monseñor Morcillo; con motivo del año Jacobeo recorrieron el país Vasco, y fueron a Santiago de Compostela solicitando la amnistía, y se la pidieron a Monseñor Tarancón en las escalinatas de la catedral; a veces recibían una mirada o un temblor de compunción, pero era más frecuente la frase huidiza y la media vuelta: “no podemos hacer nada”. Prelados huyendo, ministros sordomudos: Oriol y Urquijo, Fraga Iribarne... Un subsecretario dijo a las mujeres: “—“Más les valía dedicarse a llorar que a pedir la amnistía.” Le replicó África, la de los dos niños: —“Usted no entiende nada, le sacuden un poco y caen bellotas”.

Frente a la frialdad culpable de los franquistas se respiraba en España el calor de la solidaridad popular y también el de la solidaridad internacional. Nuestras mujeres visitaron el Vaticano para entregar una carta a Pablo VI, hablaron con el nuncio pidiendo ayuda de la iglesia a los presos antifranquistas y participaron directamente en las grandes campañas de Italia y Francia por la amnistía.

Y en Roma fueron recibidas en el parlamento por Sandro Pertinni y el presidente del Senado. En Livorno escucharon emocionadas el saludo de los portuarios; en Ferrara, Ravena y

muchas otras ciudades recibieron el admirado homenaje de miles de italianos; y otro tanto pudiera decirse de las movilizaciones en las ciudades y barrios populares de Francia: en alguno sitios –ocurrió en Milán y en algunas ciudades francesas– la policía intentó arrebatarles los pasaportes y detenerlas, pero su brava oposición, unida a la protesta de la gente que acudía a sus mítines, obligaba a la policía a liberarlas sin dilaciones. Además estos mini-episodios no quedaban inéditos: las mujeres hacían llegar a la prensa –a Pueblo, ABC, Informaciones, Arriba– y también a Radio España Independiente todas las cartas entregadas a ministros, obispos y demás autoridades, así como las informaciones de las dificultades que encontraban para defender a sus maridos encarcelados. Tampoco ellas se libraban de los zarpazos represivos. En la manifestación que tuvo lugar en Madrid el 26 diciembre de 1970 para pedir la libertad de los vascos a punto de ser condenados en el llamado “juicio de Burgos”. Mary vio cómo un policía se llevaba a Elena pistola en mano y acudió a rescatarla, lo que no dejaba de ser una pretensión exagerada. A punto estuvo de ser detenida ella también. Al final de aquella jornada se llevaron a Elena, que sería encarcelada en Alcalá de Henares. Y ahí tenéis a Mary con una hija en la cárcel, por si fuera poco lo del marido. Y sus amigas y compañeras de lucha, espejo de entereza y valentía. No se ha valorado en su exacta medida su abnegado y difícil combate ni su importancia en la lucha contra la represión franquista.

XXXII. Por el estatuto del preso político. Nueve días de ayuno

El mismo día en que Mary y nuestras hijas regresaban a Francia después de su visita a Cáceres los presos políticos de aquel presidio éramos trasladados a la recién estrenada cárcel de Soria.

Llegamos allí después de un incómodo viaje de 40 horas para salvar los 225 kilómetros que la separaban de Madrid. Es verdad que fuimos a través de Carabanchel y de Calatayud en cuya entonces pintoresca cárcel pasamos un día y una noche.

La prisión de Soria era nueva y limpia, más pequeña que la de Cáceres pero más... prisión. En Cáceres tuvimos el raro privilegio de disfrutar de un ventanal desde el cual podíamos pasear nuestra mirada por un paisaje de pequeñas colinas, olivares y campos de avena, sobre los que planeaban a cualquier hora del día las cigüeñas. En cuanto a las golondrinas, tan románticas en las rimas de Bécquer, no sólo se dedicaban a colgar de nuestro tejado sus nidos, sino también a cagarnos el patio y la ropa que tendíamos al sol. Soria era, en cambio, para nosotros un cielo no siempre azul y unos muros blancos. Ahí salimos perdiendo. Pero ganamos en algo capital: la calidad humana de los dirigentes del establecimiento. El director escuchó nuestras peticiones con lo que nos pareció una buena disposición a ahorrarnos inútiles rigormos; ordenó instalar una sala de lectura donde pudiésemos estudiar con alguna comodidad y a mí me prometió un lugar tranquilo para pintar. También el capellán de la prisión además de su afabilidad tenía la virtud de oponerse a los convencionalismos superfluos y de hacer un esfuerzo para entender nuestra manera de ser y de pensar.

Con todo, resultó muy triste el 1º de mayo de 1967 en Soria; allí, en “la muy fría, la muy dura, la muy pura” como reza la leyenda de su escudo, nevaba al anochecer mientras dejaba de latir el corazón de nuestro camarada Justo López de la Fuente. Nos lo anunció un telegrama desde Madrid. Moría a los tres años casi día por día de su detención. Nunca entendí la brutal negativa del gobierno franquista a conceder a este hijo ejemplar de la clase obrera española la gracia única y última de expirar al lado de su esposa, de sus hijas, de los suyos.

Empezábamos así una nueva etapa de nuestra vida. Poco a poco aumentaba la familia carcelaria. Llegaron varios dirigentes obreros destacados, entre ellos Marcelino Camacho, gran luchador y organizador de Comisiones Obreras; el líder sindical asturiano Otones, el madrileño Víctor Díaz Cardiel, Timoteo Ruiz, a la cabeza de un grupo de trabajadores del textil alicantino, varios mineros asturianos y dos jóvenes vascos de Comisiones Obreras, entre ellos el hermano del gran pintor, escultor y artista Agustín Ibarrola; tampoco tardó en hacernos compañía un nutrido grupo de camaradas canarios a cuyo frente figuraba el escultor Toni Gallardo y su hermano José Luis: estaban en una

reunión en las Palmas cuando fueron atacados a tiro limpio por no sé qué autoridad que perdió la cabeza y el tino. Sería larga la lista de nuevos reclusos: señal de que crecía la lucha.

Fuera de la cárcel se desplegaba la sorprendente primavera del 68. Los estudiantes se incorporaban a la batalla. Ya no eran sólo los mineros y los metalúrgicos, también ellos estaban pasando en la universidad el examen más importante: el de la ciudadanía. Sorprendente mayo francés, agitaciones estudiantiles en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Estados Unidos. Pero aquel mismo año se producía también la primavera de Praga, que no tardaría en convertirse en invierno. En la cárcel aposté a que no habría intervención soviética en Praga. Perdí la apuesta y algo más que una apuesta: mi confianza en lo que creía que eran principios intangibles y dirigentes cabales. Esto fue en agosto de 1968. En septiembre el Partido Comunista de España condenaba la intervención de las tropas del pacto de Varsovia en Checoslovaquia. ¡Eureka!

Insensiblemente, de rejas adentro nuestro mundo interior parecía encogerse hasta reducirse a una celda, un patio, una repetición de días iguales, lentos como las campanadas de los viejos relojes de pared; pero debajo de esa aparente inmovilidad se fraguaba una batalla: nada menos que un acto reivindicativo de nuestra naturaleza de presos políticos. La dictadura franquista hizo cuanto pudo para negar la existencia de presos políticos. “En España no los hay, todos son presos comunes” –decían y repetían.

Había que romper aquella falacia con una cadena de huelgas de hambre. En Soria no la llamamos huelga de hambre, sino que anunciamos que “nos abstendríamos de ingerir alimentos” desde el 23 de diciembre del 68 hasta el 1 de enero del 69. Dado el comportamiento del director subrayamos que nuestra acción se limitaría a no ingerir alimentos, sin que ello afectase al orden interno de la prisión. Naturalmente, para nadie era un secreto que detrás de este pacífico ayuno yacía una demanda de gran calado: pedíamos el Estatuto del Preso Político. Por si hubiese duda, cursé una petición Director General de Establecimientos penitenciarios con el siguiente texto:

“Solidarizándome actitud de presos político-sociales de Carabanchel recabo suspensión sanciones y solución justas demandas”.

En varios escritos insistimos en que el régimen que se nos aplicaba no correspondía al que tradicionalmente se asignaba a detenidos y procesados por delitos políticosociales. La tipificación de los delitos políticos no ofrecía duda alguna, puesto que en nuestro derecho positivo lo establecía la ley de 15 de febrero de 1873. Nuestra condición de tales presos políticos lleva aparejada la imposibilidad material y moral de aplicar ningún régimen correccional, puesto que la “corrección” del preso político sólo puede concebirse como corrección de sus ideas y ello sería un atentado incalificable a la libre conciencia humana.

De tal suerte, el régimen aplicable al preso político ha de ser únicamente de custodia, de respeto de sus ideas en materia religiosa y de libre expresión de sus opiniones políticas, de derecho a informarse libremente y a gozar de libertad y secreto en materia de correspondencia, etc. Todo esto debería recogerse en el Estatuto del Preso Político, así como el derecho a la libertad condicional, que prácticamente había sido anulada para nosotros, y el derecho a los benéficos de la llamada “redención de penas por el trabajo”, que se nos negaba una y otra vez con el pretexto de que no había transcurrido el plazo reglamentario para la rehabilitación de la conducta. Había una manifiesta decisión de agravar al máximo las sanciones que nos eran impuestas para prolongar nuestra reclusión en la cárcel.

En vísperas del comienzo de abstinencia nos visitaron nuestras mujeres y también nuestros abogados. Recuerdo la entrevista con Cristina Almeida y Manuela Carmena, sus exhortaciones para disuadirnos de iniciar aquel largo ayuno. Pero los presos habíamos debatido el problema largo y tendido, con calma y serenidad y decidido unánimemente cómo y cuándo hacerlo. Era imposible no ya dar marcha atrás, sino cambiar el detalle de su despliegue, que había sido preparado no sólo por los presos comunistas, sino por los de todos los azimut políticos allí presentes. Por la misma razón no pude tampoco, esta vez, coincidir con Marcelino Camacho, que propuso, cuando ya llevábamos

siete días de ayuno, prolongar tres días más de los nueve acordados.

En realidad no pretendíamos ninguna inmolación, sino despertar el interés de la gente hacía la situación de los presos de la dictadura con aquella campanada del ayuno.

Y tampoco queríamos agravar el estado de algunos compañeros, que no en vano tuvimos que hospitalizar a dos de los veinte ayunadores: Timoteo Ruiz y un camarada canario.

Mientras los presos aguantábamos el ayuno, también nuestras mujeres se recluían en las iglesias para pedir amnistía. Pasaron la Nochevieja en una iglesia donde se celebraba la misa del Gallo, con la presencia de multitud de vecinos de Soria; luego viajaron a Madrid para enclaustrarse en la iglesia de los jesuitas de la calle Serrano.

Gracias a las batallas de los presos, al sacrificio de nuestras valientes mujeres y a la gran labor de los abogados salió a la luz lo que el franquismo escondía: el embuste que encasillaba como delincuentes comunes a hombres y mujeres encarcelados por sus ideales. Durante un tiempo, la prensa no abandonó el tema y después de una Junta Extraordinaria del Colegio de Abogados hasta el Ministro de Justicia, Sr. Oriol, tuvo que dar la cara.

Después del aldabonazo del ayuno prolongado de aquellos veinte presos políticos –precedido de otras huelgas de hambre– nuestra estancia en Soria estaba destinada a su término. Un domingo del mes de febrero tuvimos que despedir al director de la cárcel, don Víctor Griñón. Sentimos su marcha sinceramente, que achacábamos a una represalia por la actitud –comprensiva– que había mantenido frente a nuestra singular huelga de hambre. Tres meses después también nosotros, los presos políticos, tuvimos que abandonar la prisión de Soria.

XXXIII. La última y la peor de mis prisiones

El 19 de mayo de 1969, de manera súbita, fuimos trasladados a un edificio semidesmantelado de Segovia denominado Centro Penitenciario de Cumplimiento; no se anduvieron con miramientos. Más de la mitad de los veinticinco presos de esta

expedición eran enfermos sometidos en la prisión de Soria a algún tipo de régimen médico, pero llegados a Segovia les fue suprimida la medicación e interrumpida la dieta que requerían.

Separados en tres galerías incomunicadas entre sí, aislados además en cada una de ellas en celdas alternas, sin obtener respuesta alguna a las reclamaciones y protestas, la situación presentaba todas las trazas de una operación de castigo dentro de un régimen de severo aislamiento. El resultado trágico de semejante experimento fue la muerte de nuestro compañero Mario Diego Capote. En la prisión de Soria le trataban de una úlcera sangrante. En la de Segovia murió desangrado. Sufrió una hemorragia que no se pudo cortar en las condiciones descritas y murió al día siguiente, el 21 de mayo de 1969. En realidad le habían enviado al hospital a morir, ya exangüe. Tres días bastaron para descubrir la brutalidad del trato que se dispensó a los presos políticos, el letal desenlace al que condujo aquella malvada operación represiva.

Yo y algún otro camarada a título individual, dirigimos una denuncia al Juzgado de Instrucción de guardia de Segovia, en la que se decía que “en esta prisión central y durante varios días” había sido sometido Mario Diego Capote a medidas de rigor innecesario que, dado su estado de salud, le habían ocasionado la muerte. “Habida cuenta de las circunstancias, la muerte de Mario Diego Capote ha sido, en mi opinión, un homicidio del cual derivan graves responsabilidades para el director de esta prisión”.

El escrito terminaba suplicando a dicho juzgado que tuviese a bien poner esta denuncia a trámite en averiguación de los hechos a fin de establecer las responsabilidades que de ellos pudieran derivarse. Conservo el acuse de recibo de este documento, con el sello del Centro Penitenciario de Cumplimiento de Segovia, pero esperé en vano una respuesta del Juzgado.

El régimen carcelario de la prisión de Segovia representaba un retroceso comparado con el de la prisión de Soria. Nos impusieron un sistema de aislamiento interno de tal índole que, en cierta ocasión, por cruzar unas palabras con compañeros de otra galería me impusieron una sanción equivalente a medio año más de cárcel. Esta parcelación de pequeños grupos encarcela-

dos en pequeños espacios sometía a los presos a fuertes tensiones psíquicas, morales y físicas. Los ocho moradores del primer islote –la galería nº 1– éramos Luis Antonio, Jesús Martínez, los hermanos Toni y José Luis Gallardo, Paulino García, José María Gutiérrez, Antonio Montoya y yo. Hacíamos vida de cartujos y nuestra galería tenía fama de ser la más severa: había quien la llamaba “El jardín de los cipreses”. Nuestra existencia consistía en levantarnos a las 8, adecantar el espacio que ocupábamos, dar unas vueltas por el patio, leer algo, hablar de nuestros problemas y acostarnos a las 10, a seguir leyendo hasta que apagaban la luz: doce de la noche. Entonces intentabas calmar tus nervios, alejar los pensamientos tristes, dormir, y en esas te sorprendía a veces el recuento de la madrugada –las tres y media– sin que lo hubieses conseguido. Y acababas tomando un somnífero, si lo tenías. Así pasaban los días y los meses, así rodaban los años como ruedan las aguas sobre los guijarros del río, sin dejar huellas ni recuerdo.

Aún habría que insistir sobre algo ya señalado anteriormente, que era la práctica anulación para nosotros de los beneficios de la libertad condicional.

Cuando en 1970 Luis Antonio, Montoya y Jesús cumplieron las tres cuartas partes de su condena, deberían haber accedido al cuarto período de la misma, que habría de cumplirse en libertad condicional; pero no se les concedió. Había una manifiesta voluntad de agravar al máximo las condiciones de cumplimiento de nuestra condena para prolongar de esta manera nuestra reclusión. Las cartas estaban ya boca arriba.

Otro tanto ocurría con la redención de penas por el trabajo; el patronato de la Merced nos denegaba sus beneficios una y otra vez con el pretexto de que no había transcurrido el plazo reglamentario para la rehabilitación de conducta. En aquel mismo año se nos denegó el derecho de redención a Edo, un compañero anarquista estimado por todos, a Paulino García Moya, dirigente de una partido maoísta, a Luis Antonio Gil y a mí. Es difícil sustraerse a la idea de que esta prolongación del castigo obedecía antes a criterios políticos selectivos que a normativas legales.

No crean que éramos náufragos abandonados a su suerte. Había mucha gente que nos quería y ayudaba. Nos ayudaban de

mil maneras nuestros camaradas desde la calle, nos ayudaba el partido, nuestras familias, nuestros abogados y cientos de amigos de España y de fuera de España. No sé cómo se las ingenió para que le autorizasen a visitarme a la cárcel, pero un día me anunciaron que tenía una comunicación: me dio un salto de alegría el corazón. Era Gonzalo, el más antiguo de los amigos que aún conservaba. Creo que fue el primer amigo de verdad que tuve en Madrid siendo todavía un colegial. Fue como si con este encuentro estuviésemos echando un puente sobre una amistad de cuarenta y cinco años.

Más sorprendentes eran las relaciones matrimoniales; algunas parejas repitieron en la prisión sus bodas como para remachar los sellos que unían sus vidas hacía ya no se sabe cuántos años. Es lo que hicieron Timoteo Ruiz y Micaela, dos admirables cuadros del partido con muchos años de pelea y de cárcel sobre sus espaldas, que decidieron “recasarse”. Pero si esta fue la “reboda “ de dos “recasados”, algo más tarde hubo otra boda memorable por la juventud de los contrayentes. Él se llamaba Iñaki, era de Ondárroa y se casó en la cárcel con una chiquita que acababa de cumplir 21 años cargados de ilusiones y de un romanticismo conmovedor. Iñaki, por su parte, tenía 23 años de edad y 25 de condena. No sé cual fue el destino de esta pareja, pero guardo su recuerdo como prueba de que las mujeres españolas están fundidas del metal de Agustina de Aragón y Santa Teresa. Hay que estar amasadas con una aleación de heroínas y santas para casarse (¡y para no divorciarse!) en semejantes trances. Es muy hermosa la antigua divisa de Lisístrata, aquello de haz el amor y no la guerra, pero a muchos de mi generación la vida nos obligó a hacer la guerra sin dejarnos siquiera un hueco para el amor.

No quisiera pasar de largo sin recalar con mi lancha de recuerdos en la visita que nos giró por aquel entonces el señor obispo de Segovia. Fue la gran novedad del otoño del año 70. Estuvo toda la mañana con nosotros recorriendo las tres galerías en compañía del director y de algunos presos. Escuchó con atención nuestras explicaciones que hicieron hincapié no en el lado legalista de los problemas, sino en su dimensión humana. Acaso fuera esta la primera vez que un obispo español visitaba a los presos políticos para conocer de cerca sus problemas. Se

lo agradecemos muy de veras. Le regalamos un pequeño bodegón que pinté para él: la jarra, el vaso y el plato de zinc, el menaje del preso. Naturalmente, ahí acabó todo. Yo recordaba, de mis antiguas lecturas, que cuando aún tronaban los cañones de la guerra carlista de 1833-1839, el marqués de Miraflores sugería la concesión de la amnistía para los vencidos. Luego, terminada la guerra civil del siglo XX y mientras se sostuvo la dictadura de Franco, hemos esperado y desesperado la aparición de un marqués de Miraflores capaz de proponer una amnistía. Resulta paradigmático que fuese el partido comunista quien postulara la reconciliación nacional, que llevaba implícita la amnistía para los españoles de ambos bandos. La Iglesia ni entonces ni ahora ha sentido la necesidad moral de adentrarse por los senderos de la reconciliación. Recordemos que en 1973 se produjo el pronunciamiento de muchos sacerdotes en una asamblea conjunta de curas y obispos, donde demandaron una “Iglesia reconciliadora que lavase los pecados de la Iglesia de la cruzada”.

Y acordémonos de que esta humanísima sugerencia se estrelló contra la cerrazón de un grupo ultra. Desesperados por la obstrucción, los sacerdotes partidarios de la reconciliación declararon una huelga de hambre que duró doce días y condujo a la hospitalización de muchos de ellos. Para colmo, medio centenar de sacerdotes fueron encarcelados. Franco, con la acquiescencia de la Iglesia, abrió en Zamora una cárcel para curas, en la que dieron con sus huesos, según se dice, cientos de sacerdotes.

Volvamos, sin embargo, a las historias de la prisión segoviana. Una noche de enero de 1973, a la hora del toque de silencio, los presos permanecimos unos minutos –diez minutos, puntualiza el parte de la Junta del Régimen– a la espera de que se aplicasen las recomendaciones del médico de la prisión, Sr. Gaona Morell, según el cual el preso que la noche anterior había sufrido un cólico nefrítico debía permanecer en condiciones de ser socorrido si los cólicos se repitiesen. Nuestra intranquilidad era legítima. Apenas pisamos la cárcel de Segovia habíamos sido testigos de la muerte de uno de nuestros compañeros, víctima de la incuria y el rigor homicida de los carceleros de turno. Conversando aquel día con uno de los guardianes le dije: –Por negligencia de ustedes ya ha muerto aquí un compañero nues-

tro, Mario Diego Capote. ¡Sería terrible que se nos muriese otro en esta cárcel!

Pero la Junta de Régimen calificó nuestro desvelo de falta muy grave y nos sancionó con reclusión en celdas de castigo durante cuarenta días: “Falta muy grave” –decía en su resolución– “agravada en este caso por ir unida a la amenaza de no subir a celdas”.

Yo interpusé un recurso de alzada contra el acuerdo de la Junta. En el escrito dirigido al Patronato de Ntra. Sra. de la Merced aclaré que “no hubo ni desobediencia a subir a celdas ni amenaza o insinuación alguna de que tal haría, ni petición de ninguna clase”. Nuestra intervención en aquellos hechos –esclarecíamos– se redujo a esperar unos minutos en las proximidades del centro los resultados de la gestión que aquella tarde se realizaba cerca del jefe de servicios en el sentido de que tomasen en consideración los consejos del médico de la cárcel.

La sanción era tan desmesurada que hasta la Dirección General de Prisiones hubo de intervenir aconsejando atenuar su severidad, “habida cuenta de las circunstancias del hecho y el comportamiento de los inculpados”. Al final la Junta de Régimen hubo de recoger velas, limitando el castigo en celdas a veinte días. Pero mantuvo la calificación de falta muy grave, que no porque le salga de vez en cuando una flor azul deja el cardo de ser cardo.

Como quiera que fuese, también en la prisión de Segovia se produjeron cambios.

Un día era trasladado a la prisión de Jaén, considerada como un paso hacia la libertad condicional, nuestro camarada José Luis López de Lacalle, luchador sin desmayo por el socialismo y la libertad de Euskadi y de España. Era un vasco orgulloso de serlo y de parecerlo. “Hasta por la cara me sacan que soy vasco” me dijo un día riéndose. José Luis López de Lacalle. Quién nos iba a decir que este vasco de pro caería un día abatido por los disparos de ETA.

Sí, poco a poco también en este viejo presidio de Segovia se producían cambios.

Salieron en libertad un día Paulino Moya y Antonio Abad; Sánchez Marín a quien llamábamos “el malagueño de Sabadell”,

Víctor Díaz Cardiel y Antonio Montoya. Se concedió prisión atenuada a nuestro admirado “paisano”, Horacio Fernández Inguanzo.

Lástima que no era noticia alegre ni generosa ya que fue concedida a la vista de la gravedad de su estado de salud.

Por aquellas fechas salieron también en libertad el sevillano Mellado, el asturiano Quintero y mi camarada de expediente Jesús Martínez Velasco. Creo que fue así mismo por entonces cuando abandonó la prisión de Segovia Julián Ariza, otro de los líderes destacados de Comisiones Obreras que durante un tiempo compartió prisión con nosotros. Y no podría olvidar la salida de Pere Ardiaca, uno de los fundadores, en su tiempo, del Partido Comunista de Cataluña y un camarada de encarcelamiento, que tuvo la santa paciencia de dirigir las clases de italiano que un grupo de voluntarios le propusimos.

Los huecos dejados por todos estos compañeros que en buena hora recobraban la libertad o cambiaban de cárcel eran cubiertos enseguida por otros: algunos eran vascos, cuyo número seguía aumentando, otros eran militantes comunistas o de Comisiones Obreras como Gabriel, el campesino de Torre don Jimeno que fue condenado a la atrocidad de ocho años y medio de cárcel por un presunto delito de asociación ilícita.

Y así llegamos al 9 de mayo de 1973, último día de cárcel para Luis Antonio Gil. Después de la marcha de Montoya y de Martínez Velasco, había sido Luis el último compañero de expediente que quedaba conmigo. Su salida me produjo una sana satisfacción porque significaba el fin de una larga condena, pero sentí también un vacío insalvable. Era la historia de nueve años de confraternidad en la fortuna y en la adversidad lo que con estos camaradas de expediente se había ido. Era como si me hubiera quedado solo.

Esto no deja de ser la expresión de un estado anímico, porque lo cierto era que allí quedaban otros camaradas de prisión, gentes de una calidad humana admirable; entre ellos estaba Abuin, un inteligente y enérgico obrero gallego que ya para entonces había pasado por la emigración y la cárcel resuelto, al parecer, a defender su dignidad cumplidamente, lo mismo en una fábrica de Suiza que en una prisión franquista. Por desdicha para mí, fue trasladado al cabo de poco tiempo a otra cárcel, de

modo que otra vez quedé como el más antiguo de los presos de Segovia.

En una carta que todavía conservo, mi admirable padre me aconsejaba que no me metiese en problemas.

“Cuando se está a punto de cumplir una larga condena –escribía– pienso que debe pisarse con pies de plomo y ahogar con dolor los gritos de la conciencia; también sufren los que esperan fuera, en la calle”.

Intuyo que cuando escribía esto mi padre pensaba en lo que sufrían mi mujer y mis hijas con mi encarcelamiento y tal vez temía que me dejara arrastrar a cualquier conflicto que me costase sanciones y correctivos que retrasaran mi salida de la cárcel.

Quizás temía que cayese en cierto quijotismo. Pero además matizaba el viejo dilema de si los presos políticos debíamos considerar la cárcel como continuación de la lucha o como espacio de tregua.

Con la mano en el corazón confieso que para mí nada había tan importante como la suerte de mi familia, de mis seres queridos, que sufrían inmerecidamente las penas impuestas al marido o padre preso. Decía Camus que si hay algo tan absurdo como el crimen ello es el castigo mismo. Y qué decir cuando hay castigo sin crimen, cuando nuestros presuntos crímenes bajo la dictadura de Franco serían derechos inviolables en un régimen de democracia.

De ahí nacía nuestra rebeldía, nuestra negativa a aceptar los atropellos de aquel régimen. Y la idea de que había que enfrentarse con la vida de modo que mereciese la pena vivirla: como un reto permanente frente a la injusticia, como una lucha por la dignidad humana. Esta era la única forma que tenía de luchar también con dignidad por el porvenir de los demás: de mi familia, de mi partido, de mi pueblo.

Salvé aquella etapa, la última de mi encarcelamiento, sumergido en toda clase de trabajos y actividades. La familia de Luis Tamayo me había enviado desde Bilbao pinturas y lienzos, igual que hizo Agustín Ibarrola a través de su hermano, preso también con nosotros en Segovia, y gracias a ellos pinté alguna cosa y algún retrato. Ya había hecho el de Antonio Montoya, el

de Luis Lara, el de Txomin Ziluaga y alguno más. Después me pidieron otros amigos que se lo hiciera para tener un recuerdo. Pero aparte la pintura, celebrábamos frecuentes reuniones de estudio y organizábamos conferencias que duraban una tarde o una mañana enteras. En realidad apenas teníamos tiempo para atender a todo. El tiempo de la cárcel es contradictorio, nos faltaba y nos sobraba, volaba y se nos antojaba siempre quieto, era intangible y a la vez podía adquirir la consistencia material de la piedra de los muros y del hierro de las rejas y cerrojos. Y en esa contradicción vivíamos y, apresado en sus redes, aguardaba yo a que el barbiluengo Cronos golpeará diez veces la campana del tiempo para que pudiera cobrar por fin la libertad.

El primer día del año nuevo de 1974 recibí en la prisión de Segovia la noticia de que mi padre había sufrido una recaída y estaba muy grave. Pedí autorización para verle, cosa que comportaba mi traslado a Madrid. Agradecí sinceramente que me la dieran sin circunloquios ni dilaciones. Dos días después, fuertemente escoltado por la policía que, para sorpresa de la vecindad, había tomado un buen tramo de la calle Lope de Rueda donde vivían mis padres y, por añadidura, había puesto la casa bajo su bota, pude volver a pisar el suelo, después de treinta y tantos años de ausencia, de lo que había sido también mi hogar. Por lo demás, dejando a un lado la desorbitada exhibición de fuerza policial, aquella visita me permitió besar a mis padres y hermanos, hablar con todos sin rejas de por medio; creo que todo esto contribuyó a levantar la moral y las ganas de vivir de mi padre que pudo superar aquella grave crisis, muy preocupante en un hombre que había tomado ya el tren de los noventa años.

Viví los últimos meses de encarcelamiento en la prisión de Carabanchel, en la galería entonces ocupada por afiliados de Comisiones Obreras y algunos de sus dirigentes más destacados –Camacho, Sartorius, Saborido, García-Salve– y otros de los encartados en el proceso 1001, que no tardarían en recobrar la libertad. Yo la recibía antes, el 4 de febrero. De este modo uno de los más viejos partícipes o, más exactamente de las víctimas de los dramas contra la República, de la guerra civil subsecuente y de la represión de la dictadura tras la derrota republicana, abandonó tras diez años de cárcel aquel escenario y fue como

si cayese el telón y llegase la hora de recapitular sobre lo acaecido. Pero aún faltaban tres años para que España legalizara los partidos políticos y particularmente al Partido Comunista y se pusiera fin a la etapa clandestina y al régimen dictatorial (la etapa más negra de la reciente historia de España).

Sexto Cuaderno: La conquista de la legalidad

XXXIV. De la Junta a la "platajunta"

Estaba en la calle. Quedaban atrás diez años de encarcelamiento, vivía al fin con los míos, podía abrazar a mi mujer, a mis hijas, a mi gente. Esto era ya una parcela de felicidad, pero la excarcelación no era la libertad. Tuve que hacer una vida semiclandestina y extremar las precauciones para relacionarme con mis amigos; frente a mi casa, en la otra acera, habían abierto una tienda donde sólo entraba algún cliente por equivocación. Era un puesto de vigilancia, desde allí espiaban mis salidas y entradas y me seguían sin embozo con la intención, supongo, de coartar mis movimientos.

Aquel mismo año 1974 Rafael Calvo Serer y Santiago Carrillo anunciaron en París la creación de la Junta Democrática de España. Tras la experiencia de las mesas democráticas, el partido invitó a crear juntas democráticas por todo el país.

Recuerdo que en compañía de Enrique Curiel, celebramos a comienzos de aquel proceso una serie de reuniones para poner en marcha mesas democráticas en algunas barriadas de Madrid. No crean que se trataba de sembrar los gérmenes de un doble poder como en Rusia con los consejos o soviets de las revoluciones de 1905 o 1917; nuestro esfuerzo sólo perseguía unir las fuerzas políticas antifranquistas para llevar a cabo una operación de ruptura democrática que pusiera fin a una dictadura que duraba ya cuarenta años aunque estaba tan acabada políticamente como el propio dictador. Pronto se integraron en la Junta, al lado del PCE, el PSP dirigido por Tierno Galván, el PTE, representado por Nazario Aguado, el Partido Carlista de Carlos Hugo de Borbón-Parma, que no tardó en abandonar la Junta aunque algunos de sus jóvenes dirigentes hacían gala de llamarle el "PC número 2", y en fin personalidades independientes

como el ya citado Rafael Calvo Serer, o bien como Antonio García Trevijano o José Vidal Beneyto. Comisiones Obreras, representada por Marcelino Camacho, apoyaba también a la Junta.

La aparición de la Junta Democrática fue acompañada de un amplio despliegue de iniciativas y de activismo político. En la Segunda Conferencia del partido, celebrada en junio de 1975, se abordaron los temas de las sociedades socialistas y de su posible diversidad de formas y modelos, y la cuestión del socialismo y la democracia, cuestión ésta que se llevó un año más tarde a la conferencia de partidos comunistas celebrada en Berlín y de la que cabe retener este planteamiento: en el ámbito europeo sólo podrá triunfar y consolidarse una sociedad socialista fundada en el pleno desarrollo de la democracia. Había nacido lo que empezó a llamarse, con mayor o menor acierto, el “eurocomunismo”.

Por aquellas fechas me entrevisté varias veces con el Sr. Areilza. Estaba muy interesado en conocer los proyectos del partido para el futuro inmediato; creo que figuraba entre quienes creían que si el partido fuese legalizado recibiría un fuerte apoyo popular en caso de elecciones y temía que intentásemos aprovecharlo para seguir ensanchando la ruptura. Yo intenté explicarle que la “ruptura democrática” significaba la anulación de las instituciones y las leyes franquistas y su sustitución por instituciones y leyes democráticas aprobadas por las Cortes, como proclamaba y repetía la dirección del partido. En cuanto a la magnitud del apoyo público que recibiésemos en caso de elecciones, yo era –lo confieso– optimista, pero al Sr. Areilza, que yo recuerde, vine a decirle que era pronto para hacer pronósticos. Y es que, a veces, los comunistas teníamos que corregir a la baja los pronósticos de sectores franquistas que anunciaban una victoria electoral del PCE para advertir a continuación que ello despertaría la reacción del ejército. Y es lo cierto que también algunos amigos e incluso camaradas nuestros sostenían la misma opinión. Discutí, sin éxito, con un grupo de simpatizantes que anunciaron su decisión de votar a los socialistas en las primeras elecciones que se convocaran después de Franco, para impedir, decían, que un triunfo del PCE provocase la respuesta violenta de los milites. No hubo forma de conven-

cerles de que con ello hacían el juego a quienes trataban de asustar a los timoratos y animar a quienes empujaban al gobierno a negar la legalización del PCE.

Como antes dejé apuntado, participé en una reunión de la comisión de los Diez. Se celebró en casa del Sr. Satrústegui y creo recordar que entre los asistentes estaban el Sr. Pío Cabanillas y, desde luego, el Sr. Pujol, quien tuvo la atención de interesarse, en un aparte, por mis opiniones sobre algunos de los problemas debatidos.

En junio de 1975 los socialistas crearon la llamada Plataforma de Convergencia Democrática. Simón Sánchez Montero y yo fuimos designados para asistir a una reunión solicitada por los compañeros socialistas. Asistieron Alfonso Guerra y otros miembros de la dirección del PSOE. En esencia venían a plantear la posibilidad de un acuerdo “a dos” entre ambos partidos, prescindiendo de otros miembros de la Junta Democrática, sin entrar en precisiones del cómo y el por qué.

Por otra parte sabíamos que no estaban de acuerdo con la “ruptura democrática” que nosotros preconizábamos. No era fácil un acuerdo. Nosotros seguíamos defendiendo la vía de la “ruptura democrática” y aun argüíamos que no podíamos dar con la puerta en las narices a otros amigos de la Junta con quienes habíamos concertado un compromiso unitario; de modo que dejamos abierta la posibilidad de un acuerdo con los compañeros socialistas para una ocasión más propicia. Insistimos además en que los comunistas éramos sinceros partidarios de la unidad.

La invitación socialista a celebrar aquella reunión y su propuesta de unificar nuestras fuerzas no dejaba de ser una grata sorpresa y a pesar de que aquel primer encuentro no acabó bien, en marzo de aquel mismo año la Plataforma socialista y la Junta comunista se fundieron en un organismo unitario, la llamada Coordinación Democrática, enseguida bautizada por los madrileños como la “platajunta”.

XXXV. Centros de investigación: CEISSA y la FIM

Las detenciones que amenazaban con frecuencia a Simón Sánchez Montero me obligaron a sustituirle en reuniones de la Junta primero, de la platajunta después, en la mesa que reunía a García Trevijano, Rojas Marcos, Nazario Aguado y otros compañeros; y lo saco a colación porque una tarde, cuando me disponía a asistir al encuentro convocado en el despacho de Trevijano, reparé en la presencia de unos coches mal aparcados ante su casa y de dos individuos que trascendían a policías de la social. Ellos entraron en el portal, yo, naturalmente, renuncié a hacerlo, pasé de largo, y sólo cuando estuve a una distancia prudencial volví la cabeza para seguir observando. Me cercioré de que continuaba un movimiento sospechoso en torno al domicilio de Trevijano y decidí poner tierra de por medio.

Acerté. Por una de estas piruetas de la casualidad escapé a una segura detención. Pasado el tiempo supe que aquel día (3 de abril de 1976) Fraga había advertido a Ruiz-Giménez que no fuese al bufete de Trevijano porque la policía iba a detener a todos los asistentes a la reunión de Coordinación Democrática. Y eso hicieron. He leído que Javier Solana y Raúl Morodo fueron puestos en libertad antes de llegar a la Dirección General de Seguridad; los demás –Marcelino Camacho, Antonio García Trevijano, Javier Dorronsoro y Nazario Aguado– fueron enviados a Carabanchel, pero saldrían muy pronto en libertad.

Por aquellas fechas, cuando la mayor parte de las fuerzas políticas antifranquistas seguían en la ilegalidad, pusimos en marcha el Círculo de Estudios e Investigaciones Sociales, SA del que fueron fundadores Ramón Tamames, Jaime Ballesteros, Antonio Elorza, Daniel Lacalle, Juan Trias, Jaime Sartorius, María Luisa Suárez Roldán, Armando López Salinas, Juanjo del Águila y otros camaradas de quienes, si bien conservo nítidamente su imagen, se me ha perdido su nombre en el pozo del tiempo. CEISSA desarrolló una interesante labor de estudio e investigación en los campos de la economía política, la sociología y el Estado, el arte y la cultura, la historia y la ciencia. Encontró su primer hogar en la calle de Peligros; en el partido siempre se bromeó con los nombres que el azar ponía a las calles donde los comunistas encontrábamos aposento: la inquie-

tante calle de Peligros –en realidad era “Virgen de los Peligros”– o, más tarde, la de Santísima Trinidad. Pero debo añadir que en aquella peligrosa calle de santo nombre no sólo encontró CEISSA su sede, sino que brindamos a la dirección del PCE, todavía clandestina, una zona de libertad para convocar conferencias y reuniones incluso a los más altos niveles, como la Comisión de los Diez que celebró allí una de sus sesiones.

A finales de 1978, cuando ya el partido había recobrado la legalidad y estaba presente con su grupo parlamentario en el Congreso de los Diputados, los fundadores de CEISSA reunidos en asamblea decidimos convertir la sociedad anónima CEISSA en Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM). No descubro ningún secreto si digo que el partido estaba en el centro de esas mudanzas, si bien transfería a los directivos de esas entidades la iniciativa y la autoridad para desarrollar sus programas de trabajo. A mí me tocó presidir sucesivamente tanto CEISSA como la FIM; María Josefa Álvarez, Mary, contribuyó activamente a poner en marcha su actividad, fue una inteligente administradora y una infatigable organizadora, que supo ganarse, con su entrega para resolver los problemas de los demás, el merecido sobrenombre de “alma de la FIM”.

XXXVI. Carta del Rey, reunión en un molino y otros episodios

A poco de la muerte de Franco, Santiago Carrillo recibió una carta de quien era ya desde el 22 de noviembre de 1975 el nuevo Rey de España. Se trataba de un mensaje en el que Juan Carlos de Borbón garantizaba al entonces Secretario General del PCE la restauración de la democracia y la legalización del partido, pero advirtiendo que era imprescindible “que el propio PCE no acosara a la monarquía y sobre todo no la cuestionara”¹.

La celeridad con la que intervino el rey parecía indicar que necesitaba ganar tiempo para frenar la posible ruptura democrática y consolidar la monarquía, cuyo porvenir parecía entonces

¹ Morán, Gregorio: “Misericordia y grandeza del PCE”. Editorial Planeta, Barcelona, pág. 514.

muy incierto. Carrillo mantuvo un silencio hermético sobre el mensaje real, pero en algún sitio se produjo una filtración y tuvo que reconocer que lo había recibido, pero añadiendo que no compartía las sugerencias del Rey. Y esto cuadraba con la estrategia del PCE en aquel momento, cuando estaba llamando a la ruptura democrática, que preveía una huelga general, la formación de un gobierno provisional, la elaboración de una constitución democrática y el libre pronunciamiento de la nación sobre la forma del Estado: Monarquía o República.

A pesar de tanto desvelo no supimos o no pudimos convencer a los grupos democristianos, a los liberales y al propio partido socialista de la necesidad de impulsar la estrategia de la ruptura democrática y, al quedar ésta descartada, dejó a la derecha reformista el campo libre. El gobierno se hizo con la iniciativa y convocó un referéndum de la reforma política. La oposición democrática tuvo que cambiar de rumbo. En nuestro tablero de juego apareció una nueva fórmula: la ruptura pactada.

No se trataba de una simple argucia para disimular el paso al campo de la reforma: era la expresión de la voluntad de actuar en el campo de la reforma con el espíritu de la ruptura, de luchar duramente por cada demanda social, por cada derecho conculcado, por cada pulgada de libertad “hasta obtener el máximo de concesiones posibles”. Pero era también un paso atrás.

Los cambios que la nueva situación imponía a la política del partido fueron analizados en una reunión del comité ejecutivo, celebrada el 23 de noviembre de 1976, en un molino alcarreño propiedad de nuestro amigo Carlos Forasteros. Se produjo allí un debate vivo y no exento de enfrentamientos dialécticos. Armando López Salinas, Ramón Tamames, Simón Sánchez Montero y otros camaradas mantuvieron la opinión de que había que “presionar desde la calle”, apoyándose en los trabajadores, estudiantes, las mujeres y la gente del pueblo en general; admitían que la Junta democrática no tenía fuerza para imponer la ruptura pero alegaban, en contraposición, que tampoco a los adversarios de la democracia les iba a resultar fácil acallar el clamor de la calle. Con unos u otros matices se situó también en el terreno de la abstención dura y pura Manuel Azcárate.

Después de largas discusiones y de barajar argumentos para todos los gustos, intervino Santiago Carrillo para puntualizar cuál era la situación con la que nos enfrentábamos.

Primero, el gobierno de Suárez había arrebatado la iniciativa a la oposición y disponía de capacidad suficiente para aplicar su plan de referéndum; segundo, no podíamos negar que la reforma que sometía a referéndum representaba un cierto principio de ruptura con el franquismo; Carlos Alonso Zaldívar, Pilar Bravo y la mayoría de los asistentes apoyaron las posiciones apuntadas por Santiago en su intervención. Yo... que queréis que os diga: confieso que no me gustaba nada el referéndum de Suárez y sus amigos, rey incluido, como diría López Salinas. Me tentaba el “no” redondo, la abstención cerrada, mandando al diablo aquel juego en el que habíamos recibido todas las cartas para perder la partida.

Y, sin embargo, comprendí aquella tarde de cavilaciones en el viejo molino de Guadalajara que el partido necesitaba un alto en el camino, una tregua después de treinta y muchos años de brega. Había pues que seguir: Santiago había apuntado una salida del laberinto:

“Si el gobierno concediera previamente libertades a todos los partidos para hacer una campaña activa, los comunistas podríamos votar “sí” a la celebración del referéndum. En caso contrario llamaríamos a la abstención”.

Y así se hizo. Al final ocurrió lo que estaba cantado: no hubo ninguna concesión de libertad. La oposición democrática despidió el referéndum con la repulsa abstencionista, lo que no impidió su triunfo. Fue un éxito indiscutible de Adolfo Suárez.

Siete días más tarde la policía detenía a Santiago Carrillo y a otros miembros de la dirección del partido. Hacía meses que vivía en España clandestinamente, pero fue aquel 22 de diciembre cuando la policía recibió la orden de detenerlo aprovechando su asistencia a una reunión del ejecutivo.

La noticia corrió como un reguero de pólvora y provocó una marcha multitudinaria hacia la Puerta del Sol, porque la gente se imaginaba que estaría detenido en la Dirección general de Seguridad; y allá fue para exigir su libertad. Y la policía detrás,

intentando dispersar aquel gentío con aluviones de proyectiles de goma.

Con Jaime Ballesteros y Romero Marín me sumergí yo también en la refriega, por entre la densa nube de disparos policiales, que apenas permitía ver lo que pasaba a cuatro pasos. El zafarrancho se extendió a las calles adyacentes y continuó hasta medianoche. Esta movilización espontánea de masas no pasó inadvertida y vino a sumarse a los documentos de los intelectuales, personalidades como José María Gil Robles, Fernández Ordóñez, Joaquín Garrigues Walker, Mújica, Pujol y tantos otros. El día 30 Santiago y sus camaradas fueron puestos en libertad. En lo sucesivo podría moverse libremente por Madrid y guardar en el arcón de los recuerdos su célebre peluca.

Tuvimos, por cierto, que recaudar dinero para pagar las fianzas de la libertad provisional. Después de limpiar los fondos de la caja del partido, los bolsillos propios y los de nuestros amigos, nos faltaban cincuenta mil pesetas para la última fianza. Y aquí saltó la sorpresa: un señor desconocido que había advertido nuestro desconsuelo se acercó a la ventanilla donde Mary y el abogado Diego Carrasco gestionaban la solución de aquel lío y les entregó cincuenta mil pesetas contantes y sonantes. Mary le dio las gracias, el benefactor dijo que no las merecía y se marchó. Un inesperado gesto de solidaridad anónima. Así se cerró el año 1976.

XXXVII. La matanza de los abogados. La legalidad del partido.

El nuevo año se abrió, en cambio, marcado por el odio. Cinco abogados laboristas de Comisiones Obreras fueron asesinados en su despacho de la calle de Atocha. Fue un asesinato múltiple y horrendo con todos los agravantes de provocación calculada para impedir el proceso de normalización hacia una democracia todavía nonata. Pero la serena reacción del partido comunista, la severa respuesta del Colegio de Abogados y de su decano Antonio Pedrol Rius, la impresionante manifestación de dolor y de protesta del pueblo madrileño, que acompañó los féretros levantando claveles y puños hasta el mismo cementerio

y, en fin, la borrasca reprobatoria que se desató en España contra aquella masacre infame no sólo metieron freno a los pistoleros franquistas, sino que impusieron la necesidad de dar una solución acelerada al problema de la legalización del PCE.

El gobierno y las fuerzas reformistas de derecha tenían que contemplar como ineludible horizonte inmediato la convocatoria de unas elecciones libres.

Comprendieron por fin que no había vuelta de hoja ni elecciones posibles o creíbles con un partido comunista condenado a la ilegalidad. A partir de ahí el jefe de gobierno, Adolfo Suárez, inició negociaciones con el secretario general del partido, Santiago Carrillo. Era el momento de la ruptura pactada; la hora también de las negociaciones en serio.

De la misma suerte que la legalización del PCE había provocado momentos muy tensos en el campo del franquismo, la reunión del Comité Central del partido, celebrada pocos días después, aprobó decisiones rematadamente conflictivas: la adopción de la bandera roja y gualda y el reconocimiento de la monarquía. Estas medidas produjeron una honda turbación entre los militantes. ¿Fue acaso imprescindible hacerse cargo en aquel momento de estos símbolos agudamente conflictivos y un tanto provocadores? En todo caso hubo tensiones en algunos sectores de la militancia que lamentaban la escasez de información y debate.

Carrillo en persona había advertido a todos los miembros del Comité Ejecutivo de que la propia naturaleza de las negociaciones imponía límites informativos muy severos y de obligado cumplimiento. “Solo informaré de lo que crea que puedo contar”. Hubo pues tirantez, pero también una demostración ejemplar de compenetración y confianza entre la dirección y la base del partido.

No pasó inadvertido a los comunistas que también el gobierno tuvo que replegarse e incluso enfrentarse con altas esferas del ejército, para legalizar el PCE.

Incluso accedió a la reunión en Madrid de los secretarios generales de los tres partidos comunistas más importantes de Europa Occidental: el italiano, el francés y el propio partido español, a pesar de estar todavía en la clandestinidad. ¿Y qué

decir de la réplica de Suárez a la declaración del Tribunal Supremo, según la cual la legalización del PCE no era de su incumbencia? Sólo el gobierno es competente para hacerlo, agregaba el tribunal. Y lo hizo: el 9 de abril, aquel Sábado Santo de 1977, legalizó al Partido Comunista de España, mal que les cuadrara a algunos magistrados y a ciertos militares. Protestaron los más ofuscados. El Ministro de marina, Pita da Veiga, dimitió pensando que con ello provocaría una crisis de gobierno; pero no obstante las discusiones borrascosas en los cuartos de banderas, se impuso el sentido común en el ejército y en el gobierno: algunos altos jefes que le apoyaron comprendieron que en aquel punto la legalización de los comunistas se había convertido en el ser o no ser de la reforma democrática.

Quisiera cerrar esta pequeña serie de recuerdos de juntas, platajuntas y comisiones varias diciendo que cada nuevo peldaño que ascendíamos por aquella escalera de caracol íbamos en pos de la solución concertada de los problemas de España. El PCE se batió primero, largamente, por la ruptura democrática; luchó luego por la ruptura pactada, y tuvo que librar, por fin, su combate decisivo por la legalización del PCE, que resultó ser el combate político central de aquella coyuntura.

Hasta aquí he llegado con mis recuerdos, rememorando el día en que se restituyó al Partido Comunista de España su derecho a la actividad política libre, porque esta reposición legítima también mi propia historia, una historia de guerras, exilios y prisiones que se han ido entrecruzando a lo largo de treinta y ocho años de mi vida.

La legalización fue, como tantas veces se ha dicho, el cruce del Rubicón del cambio democrático. Desde entonces no ha cesado la lucha política para asentar la nueva democracia y yo arrimé el hombro donde pude ser más útil, en la FIM y en la comisión de cultura, en la revista teórica “Nuestra Bandera” y en el órgano de prensa del partido “Mundo Obrero”.

Pero ahora mismo sigue el esfuerzo y el trabajo de los nuevos militantes porque, no haría falta recordarlo, la sed de justicia social de los humanos es inagotable y queda aún lejos la creación de una sociedad socialista rectamente entendida en un

mundo sin explotación y sin guerras, de mujeres y hombres libres, iguales y solidarios.

No obstante a mí se me ha hecho tarde para verlo y para contarlo.

Madrid, abril de 2005.

Índice general de nombres

- Abad, Antonio: 154
ABC, diario: 144
Abisinia, 32
Abuin, obrero gallego: 155
Academia de Bellas Artes: 142
Academia Española: 126
Adam, hermanos: 20
África: 28, 33
África, familiar de preso político: 144
Agrupación Guerrillera de Levante: 69
Aguado, Nazario: 160, 162
Aguila Torres, Juan José del: 129, 162
Agustina de Aragón: 152
Ajenjo Bielsa, José: 136
Akt, jefe de comando eslovaco: 93, 94, 95
Al mudena, La, cementerio: 139
Albarracín, sierra de: 51
Alberche: 38, 73
Alcalá de Henares, prisión: 145
Alcalá, calle de: 18
Alcalde, Vicente: 73
Alcañiz: 52
Alemania: 15, 25, 26, 32, 43, 67, 68, 69, 94, 102, 147
Alexandra, véase Shura
Alfambra, ciudad: 50
Alfredo, tío del autor: 17
Alfredo, véase Togliatti
Algeciras: 27
Alicante: 42, 64
Almeida, Cristina: 140, 148,
Alonso Vega, Camilo: 129
Alonso Zaldívar, Carlos: 165
Alto de León: 35, 37, 43
Álvarez Amandi, Alejandro: 128
Álvarez, Ángel: 55
Álvarez, Carlos: 125, 127, 138, 140,
Álvarez, Santiago: 45, 47, 52, 55, 110, 116
Amador, militante comunista: 141
Amalia, nieta del autor: 7
Amposta: 54
Andalucía: 37
Ángel, cuñado del autor: 102
Anton, Francisco: 105
Aparicio, Gregorio: 110
Aragón: 49
Aral, mar de: 70
Aranguren, Luis: 126
Arconada, César: 120
Ardiaca, Pere: 155
Areilza: 160
Arellano, Juan: 20
Arganda: 26
Argelés, campo de concentración: 62
Argentina, madre de Mary: 142
Arges, pueblo: 46
Ariza, Julián: 155
Ariza, Pilar: 144
Armando, hermano del autor: 16, 25, 31, 42, 48, 63-65, 69, 73-75
Armavir, ciudad: 72
Armia Krajowa: 80
Arnedo: 23
Arras: 130
Arriba, diario: 145
Arte Moderno, museo de: 20
Aspe, ciudad: 48
Asturias: 25, 28, 124, 137
Asunción, cuñada del autor: 102
Austria: 69, 77
Ávila, Antonio: 136
Azaña: 32, 121
Azcárate, Manuel: 51, 118, 119, 122, 164,

Bachkiria: 100, 104
 Bakú: 70
 Balaguer, Luis: 121
 Balaguer, Ramón: 118
 Balanguera, canción catalana: 24
 Ballesteros, Jaime: 162, 166,
 Balmes, Jaime: 138
 Baltasara, pozo minero: 137
 Banska-Bystrica: 84, 85, 93
 Barcarés, campo de concentración: 62
 Barcelona: 59, 60, 137,
 Barrios, Jacinto: 104, 108
 Batallón de Cazadores Serrallo nº 8: 27
 Batallón de la Victoria: 36, 37, 44
 Batallón de Octubre: 73
 BBC: 104
 Bécquer, G. Adolfo: 146
 Belchite, ciudad: 49
 Beloso, Dulcinea: 144
 Benzú: 29
 Bergamín, José: 125, 126
 Beria: 108
 Besarabia: 92
 Besteiro: 11
 Bielorusia: 87
 Bilbao: 45
 Biset: 70
 Blas de Otero: 126
 Bloque Popular: 32
 Bogharí, campo de concentración junto al
 Sahara: 64
 Böll, Heinrich: 9
 Brandt, Willy: 128
 Bratislava: 11, 93, 95
 Bravo y Bravo, Fernando: 141
 Bravo, Pilar: 165
 Breznev: 112
 Briansk: 78
 Brigada Cien: 54
 Brigada Once, véase Once Brigada
 Brigada Político Social: 128
 Brno: 93, 94
 Brunete: 44, 46, 47
 Bucarest: 109, 110, 113, 115-117
 Budapest: 91, 114
 Bulgaria: 69, 114
 Buñol, ciudad: 69

 Cáceres, cárcel de: 11, 141, 143, 145
 Calatayud, cárcel de: 145
 Caldas, Jesús Armando: 129
 Calvo Serer: 159, 160
 Camacho, Josefina: 144
 Camacho, Marcelino: 146, 148, 157, 158,
 160, 162
 Camacho, Vicenta: 144
 Campesino, El: 46
 Camus, Albert: 156
 Canarias: 16
 Cándido Sánchez, casa de muebles: 21, 24
 Cánovas, María: 121
 Carabanchel: 41, 128, 130
 Carabanchel, cárcel de: 11, 136, 137, 145,
 148, 157, 162,
 Cardiel, Víctor: 124
 Carlista, Partido: 160
 Carlos Hugo de Borbón Parma: 160
 Carmen, ópera: 70
 Carmena, Manuela: 140, 148,
 Cárpatos: 84, 85, 86, 96
 Carrasco, Diego: 140, 144, 166
 Carrero Blanco: 129
 Carrillo, Santiago: 51, 105, 115-117, 124,
 131, 133, 159, 163, 164, 165, 167
 Carrillo, Wenceslao: 11
 Casa Cornelio (Sevilla): 23
 Casa de Campo (Madrid): 43, 134
 Casado, coronel: 11, 61, 64
 Casas de Niños: 100
 Casas Viejas: 23
 Caspe, ciudad: 49
 Caspio, mar: 70
 Castellón: 52, 101
 Castellote, ciudad: 49, 58
 Castiella, Fernando: 129
 Castilblanco: 23
 Cataluña: 22, 28, 54, 57, 59, 60, 61, 73, 121
 Cáucaso: 70, 72
 Cavanillas, estudiante de la FUE: 26
 CEDA: 25
 CEISSA (véase Centro de Estudios e Inves-
 tigaciones Sociales)
 Celada, altos de (Teruel): 51
 Celaya, Gabriel: 126
 Centro de Estudios e Investigaciones Mar-
 xistas: 162, 163
 Cercas, Javier: 56
 Cercedilla: 26
 Cerro del Lobo: 36
 Ceuta: 27, 28, 35, 36
 Chamberlain: 58
 Checoslovaquia: 11, 69, 94, 96, 108, 147,
 Cheliabinsk, ciudad: 65, 66, 67, 68, 69, 73
 Cherkisovo, colonia de niños: 100
 China, República Popular: 114, 127
 Chippendale: 20

Choni, hermana de Mary: 142
 Chudovo: 73
 Churchill, Winston: 58, 73, 112, 113
 Cibeles, plaza de: 22
 Cien Brigada (de la Once División): 44
 Cimadevilla: 17
 Círculo de Estudios e Investigaciones Sociales: 162,
 Ciudad Universitaria (Madrid): 43, 121
 Claesz Heda: 20
 Clarita, tía del autor: 15, 16
 Claudín, Fernando: 51, 104, 106, 107, 115, 117, 124, 130-133
 CNT, véase Confederación Nacional del Trabajo.
 Codovila, Vittorio: 116
 Colegio de Abogados: 149, 166
 Comillas, explanada de; 32
 Comín Colomer: 143
 Comisión de historia del PCE: 117
 Comisiones Obreras: 13, 146, 157, 158, 166,
 Compostela, Santiago de: 144
 Comuna de París: 113
 Concul (Teruel): 51, 52
 Confederación Nacional del Trabajo: 35, 49
 Congreso del PCE, quinto: 109
 Congreso del PCE, sexto: 117
 Congreso del PCUS, XX: 111-113
 Consejo de Aragón: 49
 Consejo Nacional Eslovaco: 84
 Convergencia Democrática, Plataforma de 161
 Cerdón, Antonio: 110, 118, 119, 121
 Costa, Luis, seudónimo del autor: 124, 131
 Cuarta Compañía: 69, 70, 71, 75, 96
 Cuartel de la Montaña: 10, 33, 34
 Cuba: 123
 Curriel, Enrique: 159

 Daguestán: 92
 Daladier: 58
 Debrecen: 86, 87, 91, 92
 Delange Luis: 55
 Delgado Guerrero, José: 139
 Delicado, Manuel: 115, 117
 Delso, policía de la BPS: 128
 DGS, véase Dirección General de Seguridad
 Díaz Cardiel, Carmen: 144
 Díaz Cardiel, Víctor: 146, 155,
 Díaz Ramos, José: 41, 70
 Díaz, José, sobrino de José Díaz Ramos: 84
 Dickens: 21
 Diego Capote, Mario, preso político muerto en la cárcel: 150, 154,
 Dimitrov: 33, 104
 Dínamo, club deportivo: 69, 70
 Dirección General de Prisiones: 154
 Dirección General de Seguridad: 134, 135, 143, 165,
 División cuarenta y seis, (mandada por El Campesino): 46
 División sesenta y cuatro: 51
 Dniéper: 76
 Doftana, penal rumano: 118
 Dominguín, Domingo: 126, 127
 Dorronsoro, Javier: 162
 Douglas, avión: 77
 Dubrovnik: 133
 Duklín: 85
 Dusseldorf: 15

 Ebro: 10, 54, 58
 Ebro, ejército del: 57, 58, 60
 Ediciones Temas de Hoy: 108
 Editorial Planeta: 105, 106
 Editorial Vagrius, Moscú: 112
 Edo, anarquista: 151
 Eibar: 22
 Eimar, coronel: 140
 Einstein: 15
 Ejército Rojo: 11
 Ejércitos de la zona Centro-Sur: 73
 El Baluarte, sindicato: 36
 Elena, hija del autor: 7, 106, 110, 119, 120, 145
 Elne: 63
 Engels: 31
 Ercoli, véase Togliatti
 Escalona: 38
 Escorial, El: 48
 Escuela de Guardafronteras: 73
 Escuela Superior Leninista: 109
 Escuela Técnica de la Industria Textil: 100
 Eslovaquia: 11, 83, 93
 España 15, 22, 24
 Espartaco, club deportivo: 69
 Estados Unidos: 22, 59, 147
 Estatuto Preso Político: 147, 148,
 Esther, mujer de Azcárate: 122
 Esztergom: 114
 ETA: 154
 eurocomunismo: 160
 Europa: 68
 Euskadi: 10, 138, 154,

Everard, mister: 20, 21
 Extremadura: 37

 Falange Española: 33
 Falcón, César: 31
 Falcón, Irene: 31, 103, 104, 107, 108, 110
 Fanjul, general: 34
 Felipe, Pedro: 104, 110
 Ferlosio, Quique: 139
 Fernández Inganzo, Horacio: 155
 Fernando, Don, maestro del autor: 18
 Ferrara: 144
 Figueras: 60
 FIM, véase Fundación de Investigaciones Marxistas
 Flórez Plaza, Alfredo: 140, 143
 Forasteros, Carlos: 164
 Fraga Iribarne: 25, 127, 129, 144, 162,
 France Presse: 104
 Francia: 24, 59, 62, 63, 67, 106, 107, 110,
 143, 144,
 Franco, Francisco: 28, 37, 39, 115, 116, 124,
 126-128, 130, 153, 156,
 Frente Popular Antifascista: 32
 FUE: 26
 Fundación de Investigaciones Marxistas: 11,
 133, 162, 163,
 Fusimañá, José: 55

 Gabriel, campesino de Torre don Jimeno: 155
 Galán, Fermín: 22, 26
 Galán, Francisco: 58
 Galan, Luis: 110
 Galia, hija de Shura: 66
 Galicia: 110
 Galitzia: 77
 Gallardo José Luis: 146, 150
 Gallardo, Toni: 146, 150
 Gálvez, pueblo: 46
 Gaona Morell: 153
 García Escobedo, casa de muebles: 21
 García Hernández: 22, 26
 García Hortelano: 126
 García Moya, Paulino: 151, 153
 García Salve: 157, 158
 García Tomás: 116
 García Trevijano: 160, 162,
 García Valiño: 128
 Garrigues Walker, Joaquín: 166,
 Geminder, dirigente comunista checo: 107
 Genaro, metalúrgico de Mieres: 141
 Gerë, Erno: 114

 Gerona: 56
 Gheorghiu-Dej, Gheorghe: 118
 Gijón: 15, 17, 99
 Gil López, Luis Antonio: 124, 134, 135,
 139-141, 151, 155,
 Gil Robles, José María: 166
 Ginebra: 15
 Godesberg, Bad: 10
 González, Alberto: 57, 119
 González, Angel: 126
 González, Cipriano: 65, 68
 González, Esperanza: 110
 Gonzalo, condiscípulo del autor: 18, 152
 Granda Maria, abuela materna del autor: 16
 Grecia: 133
 Gredos, Sierra de: 37
 Grimau, Angelita: 30
 Grimau, Julián: 11, 125-130, 138
 Griñón, Víctor: 149
 Gros, José: 62
 Guadalajara: 44, 45, 165,
 Guadalupe: 54
 Guadamur, pueblo: 46
 Guadarrama: 35, 45, 46, 60
 Guenillous, Monsieur: 21, 24
 Guernica: 26
 Guerra Mundial, primera: 15
 Guerra Mundial, segunda: 11
 Guerra, Alfonso: 161
 Guipúzcoa: 124, 137
 Guizela, del CC del PC rumano: 118
 Gullón, Francisco Ernesto: 65, 66, 68, 73
 Gutiérrez, Antonio: 125
 Gutiérrez, José María: 151
 Hacho, penal del: 28
 Haile Salassie: 32
 Havre, El: 64
 Hepburn, Audrey: 129
 Hernández, Miguel: 9, 51
 Herráiz, casa: 24
 Herrero, Armando: 84
 Hidalgo de Cisneros: 110
 Hitler: 25, 28, 32, 37, 57, 67, 99, 112, 114
 Horacio, Germán: 63
 Horhty, almirante: 114
 Hortaleza, pueblo: 46
 Hosbawn, Erik: 33
 Hotel Lux, hotel moscovita para comunis-
 tas extranjeros: 103
 Howson, Gerald: 59
 Huckleberry Finn: 21
 Huelga nacional pacífica: 116
 Huesca: 46

Hugh Tomas: 42, 56
 Hungría: 69, 83, 85, 86, 113
 Hurtado, maestro: 100

 Ibarrola, Agustín: 146, 156
 Ibarruri, Dolores: 39, 49, 103-108, 115,-119, 121
 Iglesia de los Jesuitas, Madrid: 144, 149,
 Iglesia de San José, Madrid: 144
 Iglesia de San Roque, Carabanchel: 144
 Inda, guerrillero eibarrés: 75, 96
 Independencia, periódico: 60
 Informaciones, diario: 145
 Inglaterra: 21
 Instituto de Idiomas Extranjeros (Moscú): 68
 Instituto Marx-Engels: 118
 Instituto Técnico de Carreteras y Caminos: 101
 Instituto Técnico de la Industria Textil: 100, 101
 Internacional Comunista: 32, 68, 104, 118
 Iñaki de Ondarroa: 152
 Italia: 43, 69, 133, 144, 147
 Izcaray, Jesús: 62, 110

 Jaca: 22, 26
 Jaén, prisión de: 154
 Jarama: 26, 43, 44, 45
 Jarkov: 65, 68, 75, 96
 Jassy: 91, 92
 Játiva: 48
 Jerson: 76, 77
 Jovellanos: 17: 111-114
 JSU, véase Juventudes Socialistas Unificadas
 Juan Antonio, hermano del autor: 19, 35, 42, 48
 Juan Carlos de Borbón: 163
 Julita, mujer de Balaguer: 121
 Junker, avión: 40, 42
 Junta Democrática: 159, 160, 162,
 Juventudes Socialistas Unificadas: 51
 Jvoínaya: 74

 Kadar, Janos: 114
 Kasvek, montañas de: 71
 Kazajstan: 70
 Kerset: 76
 Kiev: 75, 77, 78, 79, 82, 83, 86, 92, 95, 96
 Kleber, general, véase Stern, Manfred
 Kolia, capitán ruso: 84, 90
 Kovaliov: 78, 79, 80, 82

 Kovpak: 78
 Kraf, Hans Otto: 128
 Krasdnovosk, ciudad: 70, 72
 Krasnodar: 72
 Kremlin: 69
 Kuban, río y llanura de: 71, 72
 Kukus: 101
 Kuybishev, ciudad: 70

 Lacalle Sousa, José Daniel: 136, 162
 Lacasa, Luis: 110, 120
 Lara, Luis: 157
 Larache: 37
 Lazarescu, Lidia: 117
 Leipzig: 33
 Lenin: 31, 93
 Leningrado: 64, 73
 Lerroux, Alejandro: 25, 32
 Liga Comunista de Yugoslavia: 133
 Líster: 36, 39, 41, 43, 45- 47, 49, 51- 57, 96, 110, 115, 116
 Livorno: 144
 Llanos, Virgilio: 121
 Llobregat, río: 59
 Lobato, Lucio: 125
 Lomonosov, Universidad, (Moscú): 57
 London, Artur: 108
 Londres: 21, 80
 Lope de Rueda, calle de Madrid: 157
 López de la Fuente, Justo: 136, 146
 López de Lacalle, José Luis: 154
 López Josefina: 104, 110
 López Salinas, Armando: 11, 124, 126, 129, 162, 164
 Lugá: 73
 Lukacs, véase Máté Zalka
 Lvov: 78, 80, 82

 Macià, Francesc: 22
 Madrid: 10, 11, 17, 18, 21, 22, 26, 33, 39, 48, 119, 120, 121, 123-127, 130, 133, 134, 137, 143, 152,
 Madrid, defensa de: 40-43, 69
 Maestrazgo: 52
 Maiakovsky: 31
 Májowo, lago: 110
 Malagón, Domingo: 136
 Mancha, La: 18, 37
 Mangada, columna: 73
 Mansilla, profesor Universidad Lomonosov: 122
 Manzanares, río: 41

MAOC, véase Milicias Antifascistas Obre-
 ras y Campesinas
 Maqueda: 38
 Mar Negro: 76
 María del Mar Bonet: 24
 María Luisa, Parque de, (Sevilla): 23
 Mariano, hermano del autor: 18, 35, 42, 48
 Marina, mamá, madre política del autor: 18,
 19, 35, 42
 Mariti, sobrina de Mary: 142
 Márquez, Manuel: 36, 38, 60
 Martín Alonso: 129
 Martínez Cartón: 51
 Martínez Velasco, Jesús: 136, 141, 151, 155,
 Martínez Velasco, José: 142
 Marx: 31
 Mary, esposa del autor: 7, 102, 103, 105,
 107, 110, 119, 120, 143-145, 163, 166,
 Máté Zalka: 43
 Mateu, Julio: 104
 Mel Ferrer: 129
 Melchor, Federico: 110
 Melitopol: 76
 Mellado, preso político sevillano: 155
 Mendezona, Ramón: 109, 110
 Menéndez Pidal: 126
 Mera: 11
 Mercader, Caridad, madre de Ramón Mer-
 cader: 123
 Mercader, Ramón, asesino de Trotsky: 122,
 123
 Mercedes, Patronato de la: 151, 154,
 Merino, comandante: 52
 Metálicos, montes: 85
 México: 63, 110, 122, 123
 Mier, José Aníbal: 136
 Mieres: 124, 137
 Mije: 115, 117
 Milán: 144
 Milicias Antifascistas Obreras y Campesi-
 nas: 34
 Mindszenty, cardenal: 114
 Miraflores, marqués de: 153
 Miskolts: 87, 90, 91
 Moch, Yules: 128
 Modesto, general: 36, 54, 55, 110
 Moisés Julio: 20
 Mola, general: 28, 35, 37, 39
 Moldavia: 91
 Molnar, enlace de Nogradi: 90
 Monde, Le, diario: 111
 Monóvar: 36
 Montini, cardenal: 126
 Montoya, Antonio: 136, 141, 151, 155, 156,
 Montoya, Lolita: 144
 Mora, pueblo: 46
 Moraima, tía del autor: 17
 Morán, Gregorio: 163
 Morcillo Jarabo, Silvano: 136
 Morcillo, monseñor: 144
 Morella: 54
 Moreno, María Luisa: 104
 Moreno, Segundo, gerrillero: 75, 96
 Morodo, Raúl: 162
 Moscardó, general: 39
 Moscú: 11, 57, 65, 68- 70, 72-74, 96, 100-
 105, 107, 109, 110, 116, 117, 120, 121, 126
 Muletón, cerro, (Teruel): 52
 Mundo Obrero: 131, 168
 Mundo Obrero Rojo: 127
 Munich: 129
 Munich, Conferencia de: 58
 Muñoz Grandes, general: 129
 Muñoz Lizcano: 58
 Mussolini: 8, 32, 37, 57
 Nadiuhska: 78, 80, 82,
 Natalia, nieta del autor: 7
 Natalie, hija del autor: 7, 110, 119, 120
 Navalcarnero, pueblo: 46
 Negrín: 57, 60, 121
 Nenni, Pietro: 128, 124
 Nicolasa, pozo minero: 137
 NKWD: 69, 71, 95, 107, 108
 Nogradi: 3, 85, 87, 89, 90
 Novena Brigada: 44, 51, 52
 Nuestra Bandera: 168
 Nuovi Argumenti, revista: 112
 Nuzzi, Mario: 20
 Odessa: 66
 Once cuerpo de ejército: 58
 Once División: 44, 45, 46, 47, 49, 50, 51,
 52, 54, 56
 ONU: 105, 114, 116
 Orán: 64
 Ordóñez Fernández: 166
 Oriol y Urquijo: 144, 149
 Orlov, coronel: 72
 Ortiz, Antonio: 54
 Ortuño, Felipe: 54
 Osetia: 70, 71
 Otones, líder sindical: 146
 Ourenxe: 38
 Oviedo: 138

Pablo Iglesias, fundación: 133
 Pablo VI: 144
 Pacto de Varsovia: 11, 147
 País Vasco: 28
 Palacio de Comunicaciones, (Madrid): 22
 Palmas, Las, ciudad: 146
 Pamplona: 37
 París: 104, 116, 118, 120, 142, 143,
 Parque de Artillería de Pacífico: 34
 Parra, José: 65, 68, 71
 Partido Comunista de España: 11, 35, 50,
 103-105, 109, 116, 11, 143, 8, 123, 130,
 135, 147, 158, 167, 168,
 Partido Húngaro de los Trabajadores: 113
 Partido Socialista Unificado de Cataluña: 110
 Pas de Calais: 130
 Pasionaria, véase Ibarri, Dolores
 Pastor, Diego: 65, 68, 73
 PCE, véase Partido Comunista de España
 Pedriza de Manzanares: 26
 Pedrol Rius, Antonio: 166
 Pegaso, fábrica: 37
 Peguerinos: 37
 Pelegrin, véase Pérez Galarza
 Perea, coronel: 58
 Pérez Galarza: 69, 71
 Pericacho, Julia: 104, 110
 Perona, Diego: 101
 Perpiñán: 62
 Perthus, Le: 61
 Pertinni, Sandro: 144
 Petersburgo, San: 64
 Piles, río de Gijón: 17
 Pinilla, Francisca: 136
 Pío Cabanillas: 161
 Pirenaica, véase Radio España Independiente
 Pirineos, montes: 58
 Pita da Veiga: 168
 Pla, Juan Francisco: 127
 Planiernaya, escuela comunista: 65, 68, 69,
 73
 Platajunta: 159, 161, 162
 Plaza, profesor: 100
 Polán, pueblo: 46
 Polonia: 69, 77, 96, 114
 Poveda, sembrados de la: 26
 Pradera, Javier: 126
 Prado, museo del: 20, 126
 Praga: 131, 147
 Prestes, Luis Carlos: 32
 Prieto, Indalecio: 49
 Primera Brigada (de la Once División): 45
 Primera Brigada Mixta: 39, 41, 44
 Primera Compañía de Acero: 35, 36
 Primo de Rivera: 22, 121
 Prusia: 77
 PSOE: 116, 161
 PSP: 160
 PSUC, véase Partido Socialista Unificado
 de Cataluña
 PTE: 160
 Pueblo, diario: 145
 Puente de los Franceses (Madrid): 43
 Puigcerdá: 60
 Pujol, Jordi: 161, 166,
 Punta Bermeja: 29
 Queipo de Llano: 28
 Quijorna, pueblo: 46
 Quintanilla, Eleuterio: 6, 17,
 Quintero, preso político asturiano: 155
 Quinto Cuerpo de Ejército: 56
 Quinto Regimiento: 36, 50
 Radinsky, Edward, escritor: 112, 113
 Radio España Independiente: 102-104, 106-
 108, 110, 111, 113, 114, 117, 141, 144
 Radio Londres: 104
 Radio Moscú: 109
 Radio Nacional de España: 104
 Radio París: 104
 Rakoshi, Eva: 84, 90
 Rakoshi, Matías: 84, 114
 Ramírez, comisario: 54
 Rapp Eloina: 19
 Rato, Antonio: 140
 Ravena: 144
 Recoletos, Paseo de: 21, 22
 Redención, periódico: 138
 REI, véase Radio España Independiente
 Reichstag: 33
 Reino Unido: 59, 67
 Rejano, Juan: 110
 Reneau, pintor: 110
 República Autónoma Soviética Alemana: 101
 República Húngara de los Consejos: 114
 Retiro, Casón del Buen: 20
 Reus, ciudad: 57
 Rico, Diego: 45, 46
 Rivas, Manolita: 144
 Rivas, Comandante: 55
 Roatta, general: 44
 Robles Romero-Robledo, Antonio: 140, 143
 Roca, maestro: 100
 Roces, Wenceslao: 110
 Rodríguez Armada, Amandino: 128, 140
 Rodríguez Joaquín: 56

Rojas Marcos: 162
 Rojas, Pepe: 27
 Rojo, Vicente: 53
 Roma: 144
 Romero Marín, Francisco: 11, 154, 124, 129, 136, 166,
 Romero, Ignacio: 126, 127
 Roosevelt: 60
 Rosita, mujer de Antonio Cordón: 121
 Rostov: 72
 Rubens: 20
 Ruibal, Ignacio: 126
 Ruiz Jiménez, Joaquín: 140, 162,
 Ruiz Timoteo: 138, 146, 149, 152
 Ruiz, Micaela: 144, 152,
 Rumanía: 96, 113, 114, 120
 Rusia: 77, 101, 111, 112, 121, 159
 Saborido: 157, 158
 Sacristán, Manuel: 125
 Sahara: 64
 Saint Cyprien: 11, 62, 63, 64
 Saiz, Jesús: 121
 Samara, véase Kuybishev
 Samarcanda: 70, 100
 Samsonenko, Tania: 84, 90, 92
 San Agustín, barco: 66
 San Blas (Teruel): 51, 52
 San Carlos de la Rapita: 54
 Sancha Soledad: 121
 Sancha, Clara: 121
 Sánchez Arcas, Manuel: 110, 121
 Sánchez Marín, "el malagueño de Sabadell": 154
 Sánchez Montero, Simón: 125, 161, 162, 164
 Sánchez, Alberto: 120
 Sánchez, Baudelio: 110
 Sánchez, Federico, alias de Jorge Semprun
 Sandomirsk: 82
 Sandor Nogradi: 83
 Sandoval Moris, José, autor: 9,10, 11, 131, 135, 143
 Sanki, casa de reposo: 64, 65
 Santa Cruz de Tenerife: 16
 Santa Olalla: 38
 Santa Teresa: 152
 Santander: 47
 Saratov: 100, 101
 Sarrió, Enrique: 136
 Sartorius: 157, 158, 162
 Sastre, Alfonso: 126
 Sastre, Eva: 126
 Satrústegui: 161
 Sawyer, Tom: 21
 Segovia, cárcel de: 11, 149, 150, 152, 153, 155,
 Seguridad Social: 23
 Semprún, Jorge: 11, 115-117, 123, 124, 126, 130-132, 137
 Serafimovich: 80
 Seseña, (Toledo): 39, 42
 Sevilla: 23, 109, 110
 Sevilla la Nueva, pueblo: 46
 Shalgotarian: 87
 Shura, amiga soviética del autor: 66, 67, 68
 Siberia: 65, 101
 Side Brahin, arroyo de: 29
 Slansky, Rudolf: 107, 108
 Socorro Rojo Internacional: 32
 Sol Aparicio: 63
 Solana, Javier: 162
 Solé Tura, Jordi: 10
 Soliva Ramón: 54
 Somosierra: 35
 Soria, cárcel de: 11, 18, 145, 146, 147, 149, 150,
 Stalin: 105, 106, 109-113, 115, 123
 Stalingrado: 70, 72, 73, 100, 101
 Stanbrook, barco inglés: 64
 Starinov, coronel: 73
 Stern, Manfred: 43
 Stevenson: 21
 Suárez Roldán, María Luisa: 140, 143, 162,
 Suárez, Adolfo: 165, 167, 168
 Suárez, José (falso nombre del autor en la clandestinidad): 135
 Sudetes: 58, 67, 110
 Suiza: 5, 155
 Tagüeña, comandante: 54, 73
 Tajo, río: 37, 45
 Talavera: 37, 38
 Tamames, Ramón: 162, 164,
 Tamayo, Luis: 141, 156, 157,
 Tarancón (Toledo): 41
 Tarancón, monseñor: 144
 Tashkent: 70, 100
 Tatra, montes: 85
 Tbilis, ciudad: 70
 Teatro Proletario, (Madrid): 31
 Tempe, estado mayor eslovaco: 84, 90
 Ter, río: 56
 Teresa, nieta del autor: 7
 Terín, hija de Antonio Cordón: 121
 Teruel: 49-52, 106
 Thackeray: 21

Thaelman: 32
 Tierno Galván, Enrique: 140, 143,
 Tierra Grande: 79
 Togliatti, Palmiro: 49, 58, 112
 Toledo: 39, 45, 46
 TOP, véase Tribunal de Orden Público
 Tortosa, ciudad: 54
 Transcaucasia: 70
 Trias, Juan: 162
 Tribunal de Orden Público: 11, 129, 140,
 Trotsky: 122, 123
 Tsarítsino, vease Stalingrado
 Turkmenistán: 70
 Twain, Mark: 21
 Ucrania: 64, 74, 77, 83, 87, 96
 Ufá: 100, 104, 109
 Ulianova, María, barco soviético: 64
 Unguén: 92
 Unión Soviética: 11, 39, 60, 62-64, 66- 68,
 79, 96, 99, 105, 110, 112, 114, 115, 123,
 127, 143,
 Urales: 65, 68, 100
 Uribe, Vicente: 115, 117
 Uribes, José Antonio: 97, 110
 URSS, véase Unión Soviética
 Uspiénskoe: 116
 Uzbekistan: 70, 100

 Valdemoro: 40
 Valencia: 42, 43, 48
 Valentina, compañera de Mendezona: 109
 Vallecas: 41
 Varsovia: 111

 Vaticano: 144
 Ventas, plaza de toros: 127
 Victoriano, militante comunista: 141
 Vidal Beneyto, José: 160
 Vidal, Manuel: 51
 Viejo Topo, editorial: 131, 133
 Vilaseca, Emilio: 104, 110
 Villalanda, doctor: 52
 Villanueva de la Cañada: 47
 Villaverde (Madrid): 40
 Vinaroz: 54
 Virgen de la Cabeza, santuario: 121
 Vizcaya: 124, 137
 Vladikavkaz, capital de Osetia: 70
 Vladimirescu: 91
 Volga, río: 70, 72, 101
 Volgogrado, véase Stalingrado
 Voroshilograd: 72

 Wad-Ras, cuartel de: 35
 Walter Scott: 21
 Wanda, brigadista yugoslava: 101
 Washington: 105
 Wehrmacht: 70, 73, 87
 Wilson, Harold: 128

 Ymre Nagy: 114
 Yugoslavia: 69, 101, 114, 133

 Zamora, cárcel de: 153
 Zaporózhie: 76
 Ziluga, Txomin: 157

POLÍTICA Y SOCIEDAD
Otros títulos disponibles

Actualidad

Héctor Ramírez CUBA, UN PUEBLO ESCLAVIZADO
Manfredi, J.L. CHICANOS, LA QUINTA NACIÓN HISPANA

Economía

Ortega, Miquel LA DEUDA ECOLÓGICA ESPAÑOLA. IMPACTOS
ECOLÓGICOS Y SOCIALES DE LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN EL EXTRANJERO

Historia

Ayala Vicente, F. VIOLENCIA POLITICA EN CÁCERES, DURANTE LA II
REPUBLICA
Ayala Vicente, F. LA EDUCACIÓN EN LA PROVINCIA DE CÁCERES DU-
RANTE LA II REPÚBLICA
Calderon, C. COMUNISTAS EXTREMEÑOS. Las detenciones de 1973 en
Don Benito y la Serena
Chaves, Jesús CAÑAVERAL. SEGUNDA REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL
EN UN PUEBLO EXTREMEÑO
Clemente, J.C. BREVIARIO DE HISTORIA DEL CARLISMO
Díaz Ramos, José. TRES AÑOS DE LUCHA
Díez, Antonio BRIGADAS INTERNACIONALES. CARTAS DESDE ESPAÑA
Munis JALONES DE DERROTA, PROMESAS DE VICTORIA. CRÍ
TICA Y TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA
(1931-1939)
Simeón, R. EL PROCESO POLÍTICO CUBANO Y SU RELACIÓN CON
EL EXTERIOR.

Pensamiento político

Clemente, J.C. LA TRANSICIÓN POLÍTICA DEL CARLISMO
Munis REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN RUSIA
Munis TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA REVOLUCIÓN
Colectivo MARXISMO Y SOCIEDAD
Colectivo NACIONALISMO, INTERNACIONALISMO
Pérez Bueno EL ANDALUCISMO
Rubio, A°. ¿TIENE SENTIDO SER MONÁRQUICO?

Narrativa

Ariza, Antonio MILICIANO DE GUARDIA
Geoffroy, Guy EL PAN DEL EXILIO. UN JORNALERO ANDALUZ EN
FRANCIA
Mesa Vega, Fc° ENTRE ENCINAS. VIDA DE UN JORNALERO EXTREMEÑO
(1916-1948)
Mesa Vega, Fc° LA ZAHÚRDA. VIDA DE UN JORNALERO EXTREMEÑO
(1949-1956)

Datos y cifras

E. Soria Medina ANDALUCÍA. ELECCIONES GENERALES 1982.

Antropología

Asenjo, C. LAS CUEVAS, INSOLITO HABITAT DEL SUR
Azzo Ghidinelli 50 AÑOS DE INVESTIGACIÓN EN EL ÁREA MAYA
García-Abásolo ANDALUCES EN ARGENTINA EN LA POSGUERRA CIVIL
ESPAÑOLA
Requena, J. Mª TORO MUNDO. TIENTOS AL RITO DE LA SANGRE Y EL
SOL
Sanchiz, Pilar (c) MUJER ANDALUZA, ¿LA CAÍDA DE UN MITO?

